



## ADICIÓN

Á LAS

# COSAS DE MADRID

### COPLAS Y CANTARES



No trato, amigo lector, de formar una colección de cantos populares, escogiendo entre los muchos de nuestro país, brillantes como el sol que alumbra el purísimo azul de su cielo, hijos naturales de padres desconocidos, filosóficos cual suelen serlo los acentos de un corazón amaestrado en la desgracia, y sean tristes ó alegres, llenos siempre de amor y misterio, revelando á las claras el varonil espíritu y delicado sentimiento que los dictó, bajo las frescas enramadas de Andalucía ó ante los inmensos páramos de Castilla, tan propios al grave razonar de lo providencial é infinito.

Sin faltar á lo resuelto, algunos al azar servirán de muestra:

Qué son celos, pregunta  
una vez un sabio,  
y un rústico responde:  
«Ama y sabráslo.

Que sus efectos  
no es fácil explicarlos  
sin conocerlos.»

—  
Luego que ví tus ojos  
dije á los míos:  
«¡Alerta, que se acercan  
los enemigos!»  
Respondió el alma:  
«Ya han entrado acá dentro  
las avanzadas.»

—  
Es el amor, mi vida,  
como la sombra,  
cuanto más se retira  
más cuerpo toma.  
La ausencia es aire  
que mata el fuego chico  
y aviva el grande.

—  
Me han dicho que no me quieres  
tan sólo porque soy pobre.  
Los arroyos van al mar,  
y ayer se cayó una torre.

—  
A la mar fueron mis ojos  
por agua para llorar,  
y se volvieron sin ella,  
que estaba seca la mar.

—  
No tengo miedo á la muerte  
aunque la encuentre en la calle,  
que sin licencia de Dios  
la muerte no mata á nadie.

¿Dónde hallar conceptos tan bien expresados como en las tres primeras coplas? ¿Dónde tan pintoresca filosofía de la inconstante fortuna como en la redondilla siguiente, ni en-

contrar más acabada figura del colmo de la desventura que después se pinta? ¿Y qué demostración mejor que la última de la tranquilidad del alma cristiana á quien, según en mejores versos se dijo, no mueven la promesa del cielo ni el temor del infierno?

Deténgome aquí, pues temo, si no me voy á la mano, quebrantar el primer propósito, poniéndome á la zaga de tantos ingenios españoles que han tratado el asunto, y de los alemanes que le tratan actualmente, y en verdad, soy viejo para zagal, y debo contentarme con llevar solo y á mi paso la mercancía por el camino que tengo algún tanto conocido.

De coplas y cantares he de tratar, mas únicamente de aquellos relacionados con las costumbres y circunstancias especiales que los dieron origen, sin tocar esos breves poemas de todos tiempos, tan abundantes como son los ecos del alma, así para el deleite y regocijo como para el dolor y la venganza.

Muchos hay de mala composición, otros de lenguaje harto chavacano, algunos obra excelente de poesía; esté seguro el crítico que ningún lunar ni belleza se me ocultó al transcribirlos; pero todos ellos se cantaron, tuvieron fama en sus días, formaron las delicias de la generación respectiva, ó el desahogo político de un partido, y semejantes condiciones y abolengo les basta para salir á luz de nuevo con cierta fruición de los pocos que recuerden determinados ritmos á cuyo compás nacieron sus amores, creció su entusiasmo patriótico, ó el temor al oír otros, anuncio de atropellos para los vencidos.

Se ufanan, con razón, los actuales aficionados por el rico arsenal que les proporciona la música moderna; mas en cuanto á conmover el ánimo de sus oyentes, quedan muy inferiores á los hábiles guitarristas antiguos. En éstos se aplaudía el cantor por su gracia, la letra por su concepto; ahora el arte, y si acaso la ejecución; en suma, ahora aplauden los inteligentes, entonces bastaba el sentimiento. Me refiero sólo á la música popular de zarzuelas y repertorio general, pues la sublime siempre fué considerada de igual manera que hoy, y como hoy, patrimonio de muy pocos.

Seguro es que los primitivos cancioneros de *Atala*, por ejemplo, que, sin saber por qué, ha llegado á considerarse cual símbolo de ridiculez, no hubieran cambiado su buena suerte con el mejor cantante de las coplas de *La Mascota*. Aquélla murió de empacho de popularidad, cual sucedió á otras muchas canciones antiguas, cayendo desfallecidas sobre el lecho de rosas de sus coronas deshojadas, como un discípulo de Epicuro, apurados los goces de una existencia feliz.

No se las juzgue antes de conocer la índole de su tiempo, á que respondieron perfectamente, como es disculpable el entusiasmo con que se admitió cuanto se relacionaba con el poema, algo enfático á fuerza de aparecer sensible, en que magistralmente pintó Chateaubriand los amores de dos salvajes en el desierto, dulce lenitivo después de las sangrientas hecatombes de la primer revolución francesa.

Ni quito ni pongo Rey. Ni censor ni abogado soy de las coplas y canciones antiguas, sino cronista oyente de la mayor parte que cito, cual relativas á las costumbres madrileñas. Diré lo que debe decirse, ocultando muchas de aquéllas en el más escondido rincón de la memoria, de donde nunca han salido ni saldrán, sin que les valga su indisputable donaire erótico, ni que fueron solaz harto frecuente de algunos de nuestros mayores es sus expansiones íntimas.

Justo es añadir, en su desagravio, que por más que en el tono y letra hubiese que reprobar, jamás excedieron las peores del término, en que parten lindes los conceptos libres en demasía con la intención maligna de pervertir al inocente.

Las de carácter político versificadas se hallan la mayor parte tan mal como las anteriores, conviene repetirlo, cuando de la forma prescindo, atento sólo á señalar la boga que alcanzaron, hasta el caso de promover graves trastornos, ya excitando á la sublevación á unos, á otros á la venganza, y en todos ahuyentando la tranquilidad al escucharlas.

De las vulgares todavía prescindiré, así como de los romances ó relaciones no *cantables*—permítaseme la palabra,— que son infinitas, deteniéndome en aquéllas que por sujetas á ritmo, fuera cualquiera el metro, lograron perpetuarse tanto como los acontecimientos que las hicieron famosas.

Trabajo me costó revisar la multitud que logré reunir. ¡Singular capricho; afanarse en tan menguada tarea!—podrá decirse;—también yo lo creí y estuve á punto de abandonarla; pero ¡cosa rara también! vínoseme á las mientes el humilde ejemplo de los cosecheros de azafrán, que por recoger unas cuantas hebras, tanto sudan y se fatigan, y con esto creí disculpable mi capricho, que pudiera ofrecer por resultado algún aumento de color y sabor local en la vida íntima del pueblo madrileño.

Resuelto, pues, si bien indeciso en la elección de testimonios, desechando la mayor parte, mal contento de la memoria que me negaba algunos, tropecé á deshora con un cuadernillo en 4.º, impreso en Zaragoza en 1708, y de venta en Madrid enfrente de las gradas de San Felipe el Real, en casa de Fernández Monje, titulado «*La vida es sueño, y lo que son juicios del cielo. Zarzuela espinosa, historia verdadera representada en el gran coliseo de la Paciencia de Madrid, en los aciagos días del más violento reinado.*»

Redúcese á una descripción burlesca, en prosa y verso, del tránsito por la corte del Archiduque Carlos, pretendiente á la corona de España con el nombre de Carlos III, en la guerra de Sucesión.

Esta zarzuela, parodia, ó llámese como se quiera, contiene algunas partes, que puestas en música, supe, continuando las averiguaciones, que lograron gran predicamento en su tiempo y mucho después entre los guitarristas, pasacalles y sus aplaudidores, que no faltaban en teatros, tertulias y solaces de los madrileños, por lo cual, y su misma rareza y olvido á que han llegado, copiaré algunas, suficientes á indicar, en lo posible, la forma en que la pasión política acentuaba sus sentimientos, proporcionando al curioso medios de comprobar las variantes acaecidas después en las manifestaciones de igual especie, siempre acordes en lo sustancial, como han sido desde un principio los errores del entendimiento, cuando són hijos de la discordia.

A vueltas de referir la solitaria entrada y escasa comitiva del Archiduque, «llegó el acompañamiento procesionalmente, dice, hasta la puerta de Guadalajara, y allí suspendió el

paso á la andante caballería, la repentina visión de una mágica ninfa, que en el mismo traje y tono del Jardín de Falerina (ignoro, en verdad, de qué jardín y señora se trata), cantó de esta manera:

Oh joven cuyo aliento  
nació á más alto fin  
que á caudillo de herejes  
y á ser de catalanes paladín.

¿A dónde vas osado,  
pisando este confín,  
que nunca es menos tuyo  
que cuando entrás en él como adalid?

Tu destino te engaña  
si piensas que el país  
conserva en Manzanares  
la antigua simpatía con el Rhín.

Cesaron los motivos  
de aquella unión civil;  
ya nuestras aguas, sólo  
fecundan floreciente flor de lis.

Tus águilas áugustas,  
con vuelo más feliz,  
busquen un solio, donde  
se baña en Negro mar luna turquí.

¡A tus armas espera  
un desastroso fin!  
Cese, cese el encanto,  
que más bien que á reinar te ha traído á huir.»

Para ser de sus enemigos, no son agresivas las advertencias.

Síguese después poniendo en caricatura las juntas y consejos de los adictos ó aliados del Pretendiente, exceptuando de la sátira sólo al General inglés, Stanhope, de quien se alaban los nobles sentimientos, y por fin, aparece un pregonero ridículo, que alzando la voz con entonación grotesca, canta en jácara parafraseada los tres bandos que efectiva-

mente publicaron las autoridades que á la sazón dominaban en Madrid.

Don Quincoces Hurtado de Mendoza,  
Don Palomares Alarcón, Marqués,  
Don Coronel, Gobernador, Manrique,  
Cada cual, é *insolidum* los tres,  
Usando de aquel alto poderío,  
En frase diagonal, suprema ley;  
Mandan, contramandan,  
Mandan, y atended:

## I

Mandan que todo hombre  
olvide el comer;  
porque el hambre, sólo  
una aprensión es.

Mandan que se diga,  
viva el Rey novel,  
y hasta la memoria  
muera del que fué.

Mandan que las armas  
vayan á almacén,  
para armar la dura  
tiranía infiel.

*Todos*... —Pena de la vida  
una y veintitres.

## II

Mandan los caballos  
presentar también,  
aves y potajes,  
puercos por su pie.

Mandan que hospitales

nadie vaya á ver,  
ni á los companarios  
pueden ascender.

Mandan que las puertas,  
como en peste cruel,  
á todo saliente,  
prohibidas estén.

Mandan que ninguno  
pueda oír ni ver,  
só la excomunion  
de un buleto inglés.

*Todos...*—Estos y otros bandos,  
oh, canalla soez,  
habéis de observar  
sin saber por qué,  
pena de la vida  
una y veinte y tres.

### III

Demás del acuerdo  
de esta trinca fiel,  
con su permisión  
manda el rey también:

Salgan de sagrado  
por pareja ley,  
damas y dineros  
que en conserva estén.

Manda su piedad  
que partan después  
toda plata al campo,  
toda dama á Argel.

La plata sus dueños  
busquen en Darién,  
y en Toledo busquen  
todos su mujer.

*Todos...*—Esta es la justicia  
que se manda hacer.



Concluye la zarzuela con el desfile de los partidarios del Archiduque siguiendo al ejército invasor en su retirada, mientras canta el coro:

Bueno va mi Don Lesmes  
con Doña Guinda,  
volverán media enagua  
con dos golillas.

*Panderilleros.*—¡Qué ligeritos van  
mis cabellitos, madre,  
que de dos en dos  
se los lleva el aire.

*Otros.* . . . —¡Qué buena va la danza,  
señora Mari-Pérez,  
hoy el rabo entre piernas  
los que ayer daban leyes!

*Más á lo lejos.*—Tun, turururun,  
tum, tum.

*Pueblo.* . . . —Andad con Barrabás,  
que os lleve Belcebú.

*Castañetas.*—Chaz, chaz, chaz, chaz.

*Campanas.*—Din, dan. Dilín, din, don.

*Todos.* . . . —Viva Felipe Quinto.

Viva, y reine sin fin,  
y viva nuestra reina,  
y el gran príncipe Luis.

He ahí cómo expresaban sus afecciones políticas nuestros ascendientes á principios del siglo XVII; veamos ahora algunos conceptos con que por los años 1804 y 1807 se criticaban los trajes y costumbres, pues si la composición carece de ingenio y arte, enseña que la vida social, en sus pormenores, daba pretexto á iguales censuras que después se han hecho á las mismas usanzas ó extravíos.

Figurémonos una tertulia de aquel tiempo reunida en ancho salón, severo como un tribunal por su adorno y menaje. Separados ambos sexos con rigurosa etiqueta; las señoras ocupando el frente de la sala ó estrado, un poco más alto que lo

restante del piso; los caballeros sentados en anchos taburetes, alrededor de las paredes, sin descomponer la correcta formación. Una *araña* de cristal con multitud de bujías de cera pendiente del techo y caprichosas cornucopias doradas con espejos y luces iluminando la estancia, sin contar los candelabros esparcidos sobre las mesas y papeleras.

Se ha concluído de tomar el chocolate, Caracas ó Soconusco, pues en esta grave materia han sido varias las opiniones de los inteligentes, emitidas en voz baja, sin abandonar su puesto de orden. Van cesando de circular los criados sirviendo de una parte á otra las marcerinas de plata, canastillos de mimbre con bizcochos de garapiña, tacillas de dulce ó vasos de refresco. La gente joven de ambos sexos demuestra su impaciencia, mal conteniendo el deseo de aproximarse rompiendo, bajo cualquier pretexto, la prohibición absoluta que los aparta, cifrando su esperanza en el próximo *minuet* ó *gabota* que suponen ha de bailarse.

—¿Repartirá los números para formar parejas el bastonero de costumbre?

—No hay duda. Sus cuatro apergaminadas hijas aseguran la imparcialidad de D. Celestino en favor de las feas, y esta circunstancia le perpetúa en el cargo.

—Silencio y procuremos con lisonjas quebrantar la fiereza del guardián, que no satisfecho con vedarnos el dulce fruto, procura cambiarle por otro averiado y sin sabor.

—Astucia, y si es necesario, engaño hasta llegar á una dulce mentira.

—He de prometer, á ese mandatario de Terpsícore, si me concede buen número esta noche, publicar su nombre en *El Correo de los ciegos*.

—Y yo pintar su retrato para los nuevos abanicos de la Plaza de Toros.

—Pues yo colgaré su efigie en la fachada de la Imprenta Real, los días de gala.

—Eso no; allí se colocan los bustos de los escritores ilustres españoles.

—O la grabaré entre los cuadrumanos de Buffón.

Así departían en sabrosa y algo tumultuaria plática, for-

mando corro, varios jóvenes artistas y escritores, la mayor parte de los entonces en moda, todos petimetres por excelencia, según lo esmerado de su atavío. Casaca de seda, de color verde mar, unos, de castaña otros, con botonadura de acero esmaltado, chupa bordada, gran corbata con caídas, y peinados con tres bucles en cada sien, á lo Campomanes.

Pero todo su discurrir fueron palabras vanas. La señora de la casa se levantó á la sazón, y dirigiéndose á uno de ellos, como de cinco lustros, que inmediato se hallaba, le rogó en cortés frase cantase á la vihuela algunas coplas de las más en uso, una vez que tanto complacía el singular donaire que para ello era notorio mostró siempre.

Quiso disculparse el interpelado con su escasa habilidad para escuchada por tan respetable auditorio, á más de estorbárselo algún tanto un molesto romadizo que le aquejaba; pero las instancias fueron unánimes, la guitarra se le ofrecía en nombre de las damas, y sobre todo, se oyó la voz de una de las más bellas, decir con el acento encantador de niña consentida: *¡Vamos! sin pesadez.*

No hubo más: el caballero cogió la vihuela, y después de un ligero preludio, cantó la siguiente poesía (siempre es bueno hacer favor), que con el título de *Las Mantillas*, era famosa por entonces.

Con permiso del censor  
y de todos los poetas,  
allá va uno que no lo es  
ni quiera Dios que lo sea.

—

Cuando á Madrid vine,  
muy señoras mías,  
erais las mujeres,  
cual lo fué mi tía.

Puesta en la cabeza  
llevabais mantilla,  
muy grande, redonda  
y de muselina.

Después de algún tiempo  
las trajisteis chicas;  
luego de una punta  
de cacho de lima.

Trasformóse en manta  
la dicha mantilla,  
cubriendo imprudente  
la negra basquiña.

Luego por detrás,  
pasando de prisa,  
la mantilla ó cuerno  
se subió á la cinta.

Colgaba á los lados  
más que la camisa,  
y barriendo el suelo,  
con el pie avecina.

Vueltas de repente  
á la forma antigua,  
aun más de repente  
su forma agoniza.

Trocáronse en negras  
bordadas y lisas,  
y con muchas blondas  
iban guarnecidas.

Las blóndas se vuelven  
aun más presto cintas  
de un negro lustroso,  
pero todas lisas.

De esta moda, al fin,  
bien es se colija,  
que de cualquier modo  
quedó la mantilla.

Las volvisteis negras  
con motas distintas,  
después coloradas,  
y de aquí mestizas.

Se bordaron luego  
de la Compañía

que suele llamarse  
de las Filipinas.

Arma sus talleres,  
el dibujo anima,  
y da á los bordados  
forma nunca vista.

No quedó en Madrid  
ni grande ni chica  
que no la comprase  
antes que camisa.

En esta ocasión  
el lujo imagina  
bordarlas en casa,  
como allá en la China.

Unas bordan grajos,  
otras palomitas,  
otras garrapatas  
y algunas sardinas.

Otras, no sabiendo  
qué el pincel decía,  
trasforman á un pavo  
en un ave fría.

Unas, en el ramo  
de una tosca encina,  
cambian las bellotas  
en naranjas chinas.

Otras, en un lirio  
de espadaña grifa,  
pintan á un tomate  
y otras la sandía.

Al pintar claveles  
con la rosa atinan,  
y siempre un cogollo  
cien hojas vomita.

Pero ya cansadas  
de esta fantasía,  
á bordar en oro  
se echan á porfía.

Como está tan caro  
y no se hallan minas,  
usar todas quieren  
de la economía.

En un santiamén  
cortan las mantillas,  
de suerte que el rostro  
de cubrir se olvidan.

Este es el estado,  
muy señoras mías,  
que la época forma  
de vuestras mantillas.

Mil veces han sido  
ya grandes, ya chicas;  
á no ser ya tocas,  
¿que han de ser? Malditas.

Aquí dió fin el músico á su canción con un rasgueo de cuerdas, que hizo suma gracia á los tertulianos por la destreza singular con que fué ejecutado, si bien sospecho que gran parte tuvo en el aplauso la benévola sencillez del auditorio, tan satisfecho por el final de las coplas, que á una voz demandó otras del mismo género, en que pudiera lucirse la disposición del cantor para la sátira. Con resistencia muy corta vino en ello. Las señoras agitaban sus pañuelos blancos, y los varones aparecían inferiores ante el héroe de la noche, que volvió á su puesto, y precediendo una grave cortesía al estrado, *sin pesadex*, como se le había advertido, por segunda jornada hizo largo acopio de favores con la menguada letrilla que sigue:

Siempre las costumbres  
no han sido las mismas;  
¡qué tiempos aquéllos  
y qué cosas éstas!

Cuando allá en antaño  
vivía mi abuela,  
andaban los usos  
muy de otra manera.

Antes la malicia  
andaba encubierta,  
y hoy tienen por gala  
que todos la vean.

Antes á visita  
no iban las doncellas,  
y hoy á los fandangos  
las madres las llevan.

Siempre salió á misa  
con su madre Pepa,  
y para ir al Prado  
sale con cualquiera.

Antes sollozaba  
la viuda su pena,  
y hoy llora la boda  
que tarda y no llega.

Antes eran sabios  
los hombres de letras,  
y hoy es erudito  
cualquier sacamuelas.

Antes en un libro  
se gastaban resmas,  
y hoy con pliego y medio  
sobra la materia.

Antaño las modas  
ignoradas eran,  
y hoy hay almacenes  
en públicas tiendas.

Antes lució el oro,  
la plata y las perlas,  
y hoy lucen las plumas  
de gallina llueca.

Duraba cien años  
un brial de seda,  
y hoy dura seis días  
una polonesa.

Antes eran galas  
el rodete y mechas,

y hoy es fantasía  
llevar dos cabezas.

Antes el buen pelo  
lucía en las trenzas,  
y hoy prefiere el lujo  
postizas melenas.

Antes los teatros  
eran cosa bella,  
y hoy lo fino en ellos  
se grita y desprecia.

Fué Calderón antes  
padre de poetas,  
y hoy un calderero  
tizna sus comedias.

Los que criticaban  
antes, sabios eran,  
y hoy todo censura  
Don Julio Calcetas.

Antes las mantillas  
eran de franela,  
y hoy son de cedazos  
á modo de niebla.

Antes de mil cuadros  
vestían las piezas,  
hoy no hay una estampa  
que á devoción mueva.

Almuerzo de grandes  
el chocolate era,  
y hoy le usa con rosca  
la tía Manuela.

Antes una novia  
llevaba riquezas,  
y hoy son cintarrajos  
la dote que lleva.

Conque, si esto es cierto,  
no será extrañeza,  
amigo del alma,  
que diga y refiera,



¡Qué tiempos aquéllos  
y que cosas éstas!

Pronto cambiaron su carácter inofensivo las canciones populares de los madrileños. Las tropas de Napoleón les hicieron oír sus cantos, escuchados con terror hasta entonces de uno á otro extremo del continente europeo, á que los españoles, sin entenderlos ni dárselos un bledo de la letra, mas considerando no debían encerrar cosa buena, respondían burlándose de las tonadas y desgarrados *cantadores*, mortificando sus oídos con el recuerdo de sus derrotas y el desprecio del orgulloso Emperador y sus más acreditados jefes, dando muestras al par de no importarles tampoco su formidable poderío.

Casi todas las coplas se dirigían á este fin: el estribillo, con tal que se victorease á España, al Rey ó á los empecinados, era siempre aplaudido y causaba efecto. Nadie apetecía más lindezas. Aquéllas bastaban, y véanse algunas:

El león de España duerme,  
dijo entre sí Bonaparte,  
y para hacerle cosquillas  
envió á sus generales.

Despertó el león,  
se desperezó,  
y abriendo la boca  
se tragó á Dupont.

Viva la nación.

Viva el valiente español.

Wellington, en Arapiles,  
á Marmont y sus secuaces  
para almorzar les dispuso  
un gran pisto con tomates.

Y tanto les dió  
que les fastidió,  
y á contarlo fueron  
á Napoleón.

Viva la nación.

Viva el valiente español.

Cuando supo Napoleón  
de Marmont la gran derrota,  
le tiró á la Emperatriz  
á la cabeza una bota.

Y ella replicó,  
con mucha razón:  
¿por qué no le tiras  
á lord Wellington?

Viva la nación.

Viva el valiente español.

A los pocos españoles  
que al Rey Josef han seguido,  
los han puesto los franceses  
á cardar en el hospicio.

Y es un gusto el verlos  
con la cruz de araña (1),  
llevar sendos palos  
cuando no trabajan.

El día de su santo  
á José primero  
le dejaron á oscuras  
los faroleros (2).

No todas las composiciones eran del género pedestre; si bien las excelentes fueron menos conocidas del vulgo. Por algunas estrofas de un himno á la gloriosa defensa de Gerona se formará idea de las últimas:

Cien falanjes de acero cubiertas  
avezadas al pérfido halago  
no creyeron que frágiles puertas  
abrigasen valor sin igual;  
Y sedientas de ruina y estrago

(1) Epíteto con que los españoles calificaban la orden de la Legión de Honor, por tener cinco brazos.

(2) Así sucedió, poniéndose de acuerdo todos los dependientes del alumbrado. El Gobierno francés ni aun les quitó sus plazas.

de su rostro la máscara tiran,  
y las calles frenéticas giran  
esgrimiendo el oculto puñal.

Mas el pueblo la trompa guerrera  
y el fusil, impertérrito escucha,  
que sus pechos en súbita hoguera  
encendió la feliz libertad.

Donde quiera se traba una lucha;  
ni dan ayes las vírgenes vanos;  
todas arman las cándidas manos,  
todas gritan: ¡*Valientes, matad!*

Yace allí el opresor oprimido;  
allí el joven intrépido yace,  
que de plomo raudísimo herido  
libre pudo y vengado morir:

Muere, sí; y en su muerte se place,  
cuando mira que al vándalo fiero  
ni le salva su cota de acero,  
ni sus artes le pueden servir.

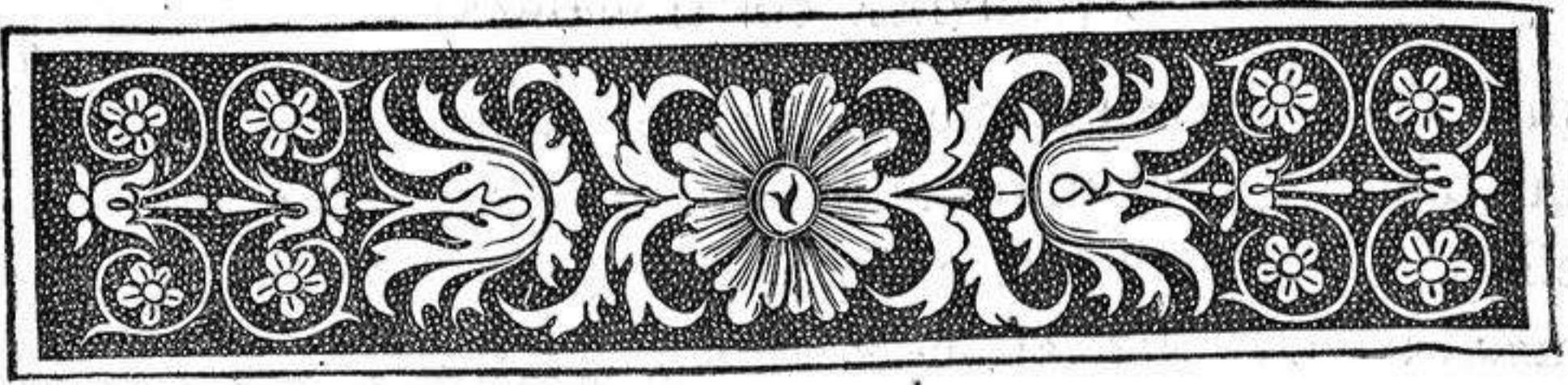
Se redoblan los golpes y heridas;  
más y más el estrépito crece,  
y allá dejan las ínclitas vidas  
los que en oro su nombre tendrán.

El tronar del cañón ensordece,  
y arde el aire con rápido fuego,  
y los bronces, aun cálidos, luego  
nuevas muertes de sí lanzarán.

(*Se continuará.*)

DIONISIO CHAULIÉ.





## LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

(Conclusión.) (I)



RES principales son éstos, á saber: el estudio psicológico de los personajes; lo trascendental del pensamiento generador de la novela, y su tendencia predominante dramática.

Algo hemos indicado ya respecto al carácter psicológico de la novela contemporánea, pero conviene añadir que los mayores triunfos del novelista, los pasajes más aplaudidos de sus obras, son, sin disputa, aquellos en los cuales, con perspicaz mirada y con observación profunda, sabe ir desplegando los delicados y tenues dobleces del corazón humano, haciendo de él una verdadera disección psicológica, pues nada hay que pueda interesarnos tanto como el conocer la causa y el móvil de nuestros afectos y resoluciones, y sobre todo, nada que nos conmueva tanto como presenciar la lucha que en nuestro interior se entabla, cuando, acometidos por la violencia de la pasión, y, atentos á la voz del deber, surgen en nuestro espíritu esas terribles tempestades (2), que

(1) Véase la pág. 257 de este tomo.

(2) Uno de los más bellos pasajes de la novela contemporánea, que será siempre admirado y leído con grandísimo interés, es el capítulo de *Los Miserables*, de Víctor Hugo, titulado *Una tempestad bajo un cráneo*, modelo el más sorprendente y bello de análisis psicológico.

más violentas, si se quiere, que las de la naturaleza, dejan tan honda huella en nuestro ánimo y trascienden con tanta eficacia á nuestra vida y á nuestras determinaciones. Por esta razón tienen valor tan relevante y mérito tan exquisito la pintura y descripción delicadísima de estas interiores luchas que del apasionado corazón de Pepita y de la soñadora y brillante fantasía de D. Luis de Vargas nos ofrece Valera en su *Pepita Jiménez*, ó las no menos interesantes y conmovedoras que Gloria y su amante Daniel Morton padecen en la novela *Gloria*, de Pérez Galdós; en las cuales se apuran con el escalpelo de un discreto y profundo análisis los últimos resortes y las más recónditas y delicadas fibras de nuestro corazón y de nuestra voluntad; cautivando nuestra atención y excitando nuestro interés de tal manera, que nada conceptuamos superior á estos trozos de admirable filigrana artística. La descripción de brillantes paisajes, tomados de la naturaleza, que fué antes en la novela el recurso general, ha cedido con inmensa ventaja el puesto á la pintura de estas luchas interiores, porque aún sigue siendo para nosotros, y seguirá para los que vengan, de inmediata aplicación aquella profunda sentencia de Terencio:

*Homo sum, humani nihil a me alienum puto,*

y aunque puedan ser bellas estas descripciones de cuadros naturales, siempre será mayor la belleza que resulte de aquellas en que se pongan de relieve nuestros internos sentimientos, nuestros propósitos íntimos y nuestras resoluciones volitivas.

Pero aunque el análisis psicológico es propio de la novela contemporánea, no por eso vamos á negar que esta tendencia fuera desconocida para nuestros novelistas antiguos; y aunque no con tanta transparencia y clarooscuro, Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, y sobre todo, Cervantes, saben en determinados momentos hacer detenido análisis de sus personajes y dárnoslos á conocer interiormente, si bien lo hacen, no con el propósito deliberado de realizarlo, sino como condición necesaria para el desarrollo y conocimiento de la marcha de la acción, ó impulsados por su propio talento,

que les llevaba con el instinto del genio á utilizar este recurso esencialísimo de la novela; aunque, en justicia, debemos afirmar que el Príncipe de nuestros ingenios ha puesto el sello imborrable de su personalidad poética y goza de fama universal y merecida por haber sobresalido en este análisis interior y por haber dado un relieve vigoroso al carácter originalísimo de sus personajes, distinción adecuada y vida propia hasta el punto de que, especialmente los del inmortal *Quijote*, viven por esta circunstancia la vida eterna de las grandes creaciones artísticas.

En cuanto al segundo carácter de la novela, ó sea á la trascendencia del pensamiento capital; ya también hemos dicho algo en las cuestiones que hemos tocado anteriormente. Aunque no somos partidarios del *arte docente*, no podemos menos de reconocer que las obras artísticas de la época actual tienen por precisión que responder, no sólo á la belleza misma, sino también es necesario que produzcan cierta enseñanza, como consecuencia inmediata del carácter social del arte, pues el drama y la novela sobre todo, por sus cualidades especialísimas, lo piden con imperio y lo demandan sin excusa, si uno y otra han de llenar cumplidamente las necesidades y exigencias del espíritu moderno. Pero ya lo hemos manifestado antes; esta trascendencia ha de venir como deducción secundaria, nunca como propósito principal. El novelista, si quiere que su obra se lea con interés, debe realizar, en primer término, la belleza, y además cautivar la atención con la trama de su novela, planteando y resolviendo aquellos problemas y cuestiones que tienen un interés palpitante en la actualidad.

Ya hemos indicado antes que los grandes novelistas contemporáneos lo han hecho así, y los ingenios españoles, respondiendo á esta exigencia, han seguido el camino emprendido, dando vida á bellas é interesantes producciones novelescas. Distínguese por este concepto el insigne Pérez Galdós, que en *Gloria*, en *Doña Perfecta* y en alguna otra ha sabido presentar el problema más interesante, el de resolución más difícil y el que hoy, como siempre, inspirará mayor trascendencia, el problema religioso, en fin, que Galdós con espíri-

tu y sentido verdaderamente levantado ha propuesto y resuelto en estas obras, con un criterio racional y humano, mostrándose de este modo hijo legítimo de su siglo y defensor ilustre de la libertad interior y enemigo declarado de toda intransigencia y de todo fanatismo que venga á oprimir y esclavizar el sagrado de la conciencia humana. También Alarcón en *El escándalo* y Pereda en *De tal palo tal astilla* presentan el propio problema, en nuestro juicio planteándolo de un modo parcial y exclusivo, que perjudica á la trascendencia del mismo problema y resolviéndolo con mucha menor elevación que lo hace Galdós. Del mismo modo, Valera, ingenio discretísimo, aunque algo escéptico, y por lo tanto sin gran fe en los principios absolutos, pretende plantear cuestiones trascendentales en sus preciosas novelas, en *Las ilusiones del doctor Faustino*, por ejemplo, pero concluye por no darles solución definitiva, ó porque él mismo no cree realmente ninguna acertada, ó quizá por la frivolidad de su espíritu crítico.

Esta trascendencia del pensamiento capital de la novela tampoco fué desconocida del todo para nuestros grandes ingenios del siglo XVI, pues desde el calificativo que dió Cervantes á sus novelas cortas, llamándolas *ejemplares*, por querer que fueran *ejemplos*, que los lectores debían tener presentes para mejorar su vida y costumbres, pasando por *La atalaya de la vida humana* ó *Aventuras del pícaro Guzmán de Alfarache*, en la cual el autor saca de los hechos que constituyen la historia de este pícaro juiciosísimas y morales reflexiones encaminadas á apartar á los jóvenes de los peligros del mundo y conseguir el mejoramiento de las costumbres; contando igualmente todas las novelas picarescas, como *La vida del escudero Marcos de Obregón*, *La pícaro Justina*, *Estebanillo González* y otras, hasta las novelitas cortas de D.<sup>a</sup> María de Zayas, todas pretenden deducir de sus argumentos y de sus asuntos una enseñanza moral más ó menos trascendental; si bien muchas veces por este deseo y propósito pierden las novelas sus condiciones artísticas para convertirse en tratados de moral; consecuencia necesaria de no haber llegado nuestros ingenios todavía á comprender con exactitud el pun-

to y límite á donde el arte debe llegar y aquel en donde empieza la didáctica, ni á poder conseguir, sin duda por falta de perfeccionamiento artístico, que esta moralidad resulte por sí misma y se desprenda legítimamente de la novela sin que el escritor tenga que hacerlo de una manera formal y ostensible, tal como de un modo más artístico lo realizan los modernos novelistas.

Por último, el tercer carácter que á la novela contemporánea hemos señalado es, el predominio del elemento dramático que en todas las producciones se nota, á diferencia de la marcada tendencia narrativa y épica de las novelas antiguas. Con efecto, lo épico es peculiar de las sociedades poco complicadas y primitivas, y es lo primero que se manifiesta y aparece en todas las literaturas; lo dramático responde y conviene á ciertos estados de cultura ya adelantados, y que encarnan multitud de relaciones; supone igualmente mayor adelanto y perfección artística y debía por lo tanto sustituir á lo épico en el desarrollo progresivo del género novelesco. Así ha sucedido; hoy la novela no es como antiguamente una narración continuada de sucesos más ó menos peregrinos y verosímiles, sino que el novelista tiene que presentar en ella las peripecias dramáticas; no es hoy, por regla general, la narración lo principal en las producciones de esta clase, sino que exigen la lucha y contradicción de los caracteres para que resulten de este modo verdaderos conflictos dramáticos. En resumen, la novela contemporánea tiene el movimiento, la animación y el calor que es propio del poema dramático, y ha perdido casi por completo aquella marcha acompasada y solemne de la narración que la asemejaba, y en cierto modo la confundía, con el épico. Todas las novelas que en la actualidad han aparecido tienen este carácter dramático, y difícilmente podría resistir hoy el paladar de los modernos lectores una novela en que se excluyese la lucha y el movimiento, por más que se sustituyera con una narración perfecta y sin defecto alguno.

No concluiremos esta parte de nuestro estudio, sin decir que también nuestros novelistas contemporáneos, como no podía menos de suceder atendidas las corrientes artísticas de



la época presente, han impreso en sus producciones el gusto por el naturalismo reinante, siendo este naturalismo en la mayor parte de los casos perfectamente aceptable y sin las exageraciones de la escuela francesa; siguiendo en esto nuestros ingenios, de una parte la tradición realista de la literatura patria, que en la época de su mayor esplendor tuvo tantos ejemplos de producción bellísima, que se distinguen por este respecto, como *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes*, *Rincónete y Cortadillo*, y otras muchas, y de otra no olvidando que nuestras costumbres y nuestro modo de vida, y por consecuencia nuestros gustos y aficiones artísticas no pueden ser las mismas, ni menos llegar al grado de crudeza con que nos las ofrecen los novelistas franceses.

El realismo de nuestros novelistas, en particular el de Pérez Galdós, Alarcón, y los demás que hemos citado, es lo bastante para que sus producciones, inspirándose y fundándose en la naturaleza, nos la presenten mejorada sin desfigurarla; buscando, no el lado pequeño y deforme de las cosas, como hacen los que exageran el naturalismo, sino rodeando los objetos con los destellos de su rica fantasía de un ambiente de brillantez y hermosura, que sin desnaturalizarlos nos los presentan de un modo más artístico y agradable. En los *Episodios nacionales*, de Galdós, y en muchas de sus novelas hay trazos descriptivos de costumbres, admirables por la frescura del colorido realista que saborea el lector como embriagado; cuadros que por su verdad pueden competir dignamente con los mejores de la novela inglesa, y en *El sombrero de tres picos*, en *La Alpujarra*, de Alarcón, y en sus novelas cortas sucede lo propio; Valera se recrea en *Pepita Jiménez*, presentando á su protagonista con traje tan sencillo, pero con tanta gracia prendido, que aquel modesto vestido de merino negro, y aquel pañuelito puesto sobre los hombros de la incomparable Pepita, reciben tanto realce y ganan tanto por el brío y gallardía, la limpieza y aseo de su dueña, que al lector le parece que viste aquel gentil cuerpo traje de riquísimo gro, y que cubre sus bizarros hombros un elegante chal de Cachemira; Pereda, gran colorista de la naturaleza, usando términos de la pintura, en casi todas sus

obras busca en la realidad los principales efectos, y encanta lo mismo en las *Escenas montañosas*, que en el *Pedro Sánchez*, con la descripción viva, animada y dramática de los objetos naturales que pasan por su fantasía á su pluma llenos de eterna juventud y frescura; Palacio Valdés en su bellísima novela *José*, ó mejor dicho, encantador idilio, se muestra tan aficionado por este seductor naturalismo, que pudiera muy bien un pintor inmortalizar su nombre con preciosas *marinas*, con sólo trasladar al lienzo cualquiera de las escenas presentadas en la novela. La Sra. Pardo Bazán es la que en *Un viaje de novios* ha procurado en algunos pasajes de su obra seguir más de cerca, y con no escaso éxito, el gusto de Zola en lo minucioso de los detalles y lo intencional de las descripciones, y hay que confesar, que cuando se propone hacerlo recuerda perfectamente los inimitables cuadros de su modelo, por más que, olvidándose pronto y entregándose luego á los impulsos de su propia fantasía y de su tierno corazón de mujer, brilla entonces dejando correr su inspiración espontáneamente por aquellos objetos é ideas, á las cuales presta belleza y arte delicadísimo.

Por último, para que se vea la diferencia de nuestro realismo y el de la literatura romanesca de nuestros vecinos, basta citar un hecho que los distingue perfectamente: Zola, en su última novela, *Germinal*, pone la acción de ella en unas minas de carbón, y toda la obra está impregnada, sin un rayo luminoso siquiera, de ese color negruzco y de esa oscuridad horrible de las profundidades de la tierra; nuestro Galdós hace ya tiempo, en *Marianela*, nos presentó también la vida del minero, que en vez de llevar la desesperación y el escepticismo á esos sitios, tiene el buen gusto de iluminarlos y hermostrarlos con un tinte de belleza y poesía que alienta y fortifica el espíritu del infeliz obrero. Nuestro realismo, en fin, es de buena ley y sin las exageraciones de nuestros vecinos (1); y en este sentido no cabe negarle el

---

(1) Ya antes hemos indicado que aquí en España ha habido también imitadores ardientes del realismo francés: López Bago en sus novelas médico-sociales, *La prostituta* y *La pálida*, y *El periodista*, novela política, y Zahone-

puesto que merece en las producciones artísticas que, privadas de esta realidad, no serían otra cosa que concepciones fantásticas y puramente ideales, sin valor propio y sustantivo que las hiciera interesantes para el hombre, puesto que no eran el resultado de la fusión de la naturaleza con la idealidad, sino producto parcial, y tal vez inverosímil de espíritus enfermos y calenturientos, ó personificaciones frías de una imaginación soñadora y arrebatada que, sin querer posar sus plantas en la tierra, se perdiera entre las plomizas nubes del cielo poco sereno de su irreflexiva fantasía.

De modo que, con las precedentes reflexiones, creemos haber dicho todo aquello que, como más indispensable y principal, hay que saber acerca de la novela española contemporánea, examinados como quedan sus caracteres distintivos, de análisis psicológico de los personajes, trascendencia de pensamientos y predominio dramático, además de haber expuesto lo referente al naturalismo reinante, cuyos elementos todos dan á este género literario la importancia que hoy tiene, y determinan el relativo apogeo y florecimiento que ostenta en la actualidad sobre las demás manifestaciones de

---

ro en *La carnaza*, son los que con mayor cuidado y mejor deseo han importado á nuestra literatura el gusto naturalista de Zola y Daudet. No faltan tampoco escritores indignos de este nombre, que bajo pseudónimo, por supuesto, han dado á luz libros tan dignos de reprobación como *Los maricones*, ó novelitas verdaderamente pornográficas, como las que se exhiben en los escaparates de las librerías con llamativos cromos. Respecto á las de López Bago, aunque no puedan realmente llamarse inmorales, porque el pensamiento capital tiende á producir por el escarmiento una enseñanza provechosa, creemos, como antes hemos dicho, hablando del naturalismo de Zola, que nuestras costumbres no consienten, quizá por fortuna para la sociedad española, la crudeza en la pintura de esas llagas sociales, que si en verdad son reales y positivas, sólo es oportuno y conveniente que las vean los médicos que han de curarlas, y nunca entregarlas con toda su asquerosa desnudez á la espectación pública, como sería horrible y de mal gusto presentar á la vista las úlceras de los enfermos de un hospital, pues esta no es ni remotamente la misión del arte, ni nosotros estamos tan estragados de paladar que necesitemos de esa mostaza y causticidad de fuertes aperitivos para reaccionar nuestro perdido gusto. En cuanto á las demás, anónimas ó pseudónimas, sólo el desprecio y la reprobación más completa merecen de la crítica.

la literatura; faltándonos sólo para el completo esclarecimiento del asunto la apreciación individual y el juicio crítico de cada uno de los novelistas que han iniciado y cooperado á esta restauración literaria.

El primer novelista de nuestro tiempo es, sin duda alguna, Pérez Galdós, no sólo por haber sido el iniciador de la verdadera novela contemporánea, sino por las condiciones de su ingenio, por el legítimo uso que de él hace, por la conciencia que de su misión tiene cuando escribe, por la fecundidad de su pluma, y sobre todo, por haberse nutrido é inspirado su espíritu en todo aquello que es para la sociedad actual de mayor interés y trascendencia. Aunque hay otros novelistas que le exceden en calor y en inventiva, y hasta en el lenguaje vivo y picante, él excede á todos en la importancia del pensamiento capital de su obra y en la acabada pintura de los caracteres, cuyo relieve contornea y dibuja de tan primorosa manera, que se destacan perfectamente del cuadro general de la acción, y por ser, en fin, el que con mejor fortuna y mejores recursos artísticos ha conseguido dar carta de naturaleza en nuestra patria á la novela psicológico-social.

Cuando hace próximamente quince años se publicaron sus primeros ensayos romancescos, *La Fontana de Oro* y *El audaz*, todo el mundo vió en el nuevo ingenio una brillante esperanza, y creyó que era llegado el ansiado momento de desterrar de nuestra literatura las fantásticas é inverosímiles concepciones de la escuela romántica y las disparatadas de los más ínfimos imitadores de esta tendencia, sustituyendo aquéllas y éstas por la interesante descripción de cuadros de costumbres de actualidad, y por la delicadísima pintura de los caracteres, haciéndoles pensar, sentir y hablar de la misma manera que nosotros lo hacemos; y Galdós, no sólo no ha defraudado en las producciones sucesivas aquella halagüeña esperanza, sino que ha excedido con mucho estos deseos, puesto que algunas de las posteriores novelas de este ilustre escritor pueden sostener dignamente el parangón con las obras de los más insignes novelistas extranjeros, porque son acabados modelos de su género.

A dos grupos pueden reducirse todas las producciones de

este novelista: primero, novelas cuyo principal objeto es pintar las costumbres de una época determinada, generalmente las que corresponden á los últimos años del siglo pasado y primeros del presente, en las cuales alternan con la ficción poética los hechos propios de la historia, como sucede en *Los episodios nacionales*; segundo, novelas en las que se plantean y resuelven problemas de mayor ó menor trascendencia, ó se analizan psicológicamente caracteres individuales, como en *Gloria*, *La familia de León Roch*, y otras. En las primeras siguió Galdós el gusto de los novelistas ingleses en lo minucioso y exacto de la pintura y en lo intencional de las descripciones, pero iluminando una y otra con el hermoso colorido del carácter nacional y con el ardor patriótico que, sin tocar en lo patriotero y cursi, hace que el corazón del lector sienta los nobles arranques de entusiasmo que producen los heroicos hechos de nuestra historia. En los *Episodios nacionales* palpita esta idea generosa en tan alto grado, que el que de español se precie debe leer para aprender allí el verdadero amor á la patria sin exageraciones ni arrebatos, sino con la reflexión profunda que difícilmente pasa ni se borra, y en las segundas no tiene que envidiar á nadie en la profundidad del análisis psicológico y en la trascendencia del pensamiento.

A más de treinta producciones ha dado vida este ilustre escritor, y en ellas ha recorrido todos los tonos y matices del sentimiento artístico: es originalísimo en sus novelas políticas; profundo é intencionado y que hace pensar seriamente, sin advertirlo el lector apenas, en las filosófico-sociales y psicológicas; idealista y poeta en *Marianela*; realista de buena ley, y gran maestro en las descripciones, en *La desheredada*, y en todas con el grandísimo mérito de que en el desenvolvimiento de la acción no aparezca ostensiblemente la personalidad del autor, sino que ésta se oculta muy oportuna y artísticamente detrás de los personajes á cuyos exclusivos impulsos se desarrolla aquélla. En las novelas trascendentales, no es Galdós un filósofo ni un moralista de bajo vuelo, ni necesita sermonear con pláticas persuasivas, ni cansar con argumentaciones en forma, sino que le basta una sencilla re-

flexión, una observación ligera y, al parecer, sin trascendencia para que, preparado todo esto por lo que antecede ó sigue, despierte en el ánimo del lector la idea de la resolución de los más grandes problemas y la aprobación ó anatema de las buenas ó malas acciones. Él ha sabido unir con tino admirable en sus obras el elemento histórico al cuadro de costumbres de encantadora exactitud y realidad; al finísimo y delicado análisis de los sentimientos de los personajes el aparatoso y externo movimiento de la acción, sin que ni uno ni otro se desequilibren, sino conducido todo con exquisito cuidado, profunda reflexión y verdadero talento, que es la cualidad característica de Galdós, y aunque en inventiva y apasionamiento muchos le superan, nadie le aventaja en profundidad de intención, en la pintura interna de los personajes, ni en el naturalismo y verdad de las descripciones.

Sus defectos principales son, como hemos dicho, la falta de calor y de entusiasmo en su corazón, y como consecuencia, el que pocas veces encuentra el verdadero lenguaje del sentimiento y de la pasión, pues se opone á ello la calculada marcha de su frío raciocinio, sin que esto quiera decir que Galdós sea insensible, sino que la reflexión se sobrepone al sentimiento; sus novelas tienen generalmente una acción sencilla y muchas veces un desenlace poco adecuado, quizá por efecto de su poca inventiva y refrenada fantasía; pero en cambio su diálogo es casi siempre detallado y oportuno, distinguiéndose aquí más que en ninguna otra parte como profundo observador del corazón humano. En suma, para Galdós, lo principal es el drama interno de sus novelas, la trascendencia del procedimiento que le sirve de pretexto, el estudio acabado de los caracteres y lo vivo é interesante de las descripciones. Los grandes problemas sociales, religiosos y políticos, que en la actualidad agitan á todas las conciencias y que, planteados por los pensadores y los filósofos, asustan y hacen temblar á muchos espíritus tímidos y pacatos, los reciben en dorada copa y entre tallada filigrana en las novelas de este ilustre ingenio, sin escándalo y con la mayor naturalidad, pues ya lo hemos dicho, y aquí lo volvemos á repetir, el mayor mérito de Galdós es ser hijo de su siglo, amante de la

verdad y de la razón, obrero incansable de la civilización moderna, apologista de la libertad, sin llegar á las exageraciones del sectario, y eco fiel del espíritu de tolerancia y respeto á todo lo que forma lo constitutivo de la dignidad humana, por la cual tan apasionado se muestra éste por tantos títulos distinguido ingenio.

Aunque escritor más antiguo que Galdós, Alarcón sigue á éste en mérito como novelista. Cuando Galdós apareció, ya era ventajosamente conocido Alarcón por su *Diario de un testigo de la guerra de África* y como escritor cáustico y picante de artículos de costumbres. También había escrito su preciosa novela *El sombrero de tres picos* y algunas de las cortas, y después de Galdós, queriendo dar muestras de su ingenio en la novela trascendental, escribió *El escándalo*, *La pródiga* y alguna otra.

¿Cuáles son los méritos de Alarcón como novelista? Un ingenio flexible y agudo, un inventiva rica é inagotable, que de un asunto cualquiera sabe sacar un gracioso y encantador episodio, ó una interesante y dramática acción, un estilo incomparable por el gracejo y sal andaluza, que chispea en sus cortados é inimitables períodos, y un lenguaje, en fin, que siempre castizo, adecuado y propio, campea con facilidad y galanura en sus producciones, son las cualidades más salientes de este bizarro ingenio. No tiene la profundidad de intención, ni ahonda tanto en los caracteres como Galdós, ni con mucho le iguala en el trascendental resultado de sus novelas; pero aventaja á éste en dotes naturales de inventiva, en sentimiento apasionado y poético y en chispeante y gallardo diálogo. No tiene Alarcón profundos conocimientos en filosofía, ni menos sirve su festivo ingenio para tratar problemas trascendentales; así que en *El escándalo*, la obra para él predilecta, no consigue su propósito, pues dejando aparte el tema parcial y reducido que le sirve de motivo, ni aquél es el modo de presentar y resolver los conflictos de la conciencia, ni Alarcón puede profundizar en esas Teologías, ni su ingenio le lleva por los asuntos serios y tendenciosos, ni logra lucir, pues el argumento de la novela lo rechaza, su inagotable vena satírica y picante, siendo en este sentido mu-

cho mejores sus novelitas cortas, *El final de norma*, *El coro de Ángeles* y otras en donde no se propuso nada trascendental ni filosófico; en *La pródiga* logró mejor que en *El escándalo* dar cima feliz á este intencional empeño... Alarcón, aunque español de abolengo por su gracia, es y tiene algún parecido con esos ingenios franceses, que con cierta agudeza y originalidad suelen hacer un libro, si ligero y casi sin pensamiento, interesante y entretenido y que contenta y solaza, aunque sea por pocos instantes, el ánimo de los lectores.

Por una de esas transformaciones misteriosas que no se explican fácilmente, Alarcón, que empezó su vida de escritor en los periódicos políticos avanzados, que es un ingenio abierto, espontáneo y verdaderamente de actualidad, representa en nuestra literatura contemporánea la tendencia reaccionaria y ultramontana de la vieja tradición, y es tal su entusiasmo de catecúmeno por los muertos ideales, que no pierde ocasión alguna para demostrar su fervor por su nueva escuela. Respetemos los profundos arcanos del corazón humano, pero séanos lícito deplorar que un ingenio tan simpático, tan festivo y tan brillante se enamore del negro espectro del fanatismo y gaste las espléndidas riquezas de su fantasía en querer rodear de luz y de vida á lo que por su propio impulso descende con irresistible fuerza á la oscuridad de la fosa.

Valera es el primero de nuestros actuales escritores por su admirable posesión del idioma, por lo aficionado que es su ingenio á lo artístico, escogido y aun aristocrático en el arte, por el buen sentido que le distingue, por la agudeza de sus conceptos, por lo oportuno de algunas de sus frases ya proverbiales y corrientes, aunque no tenga tantos méritos como novelista. Si bien se distingue por una delicadísima observación psicológica, como lo demuestran los personajes de todas sus novelas, no suelen tener éstas la individualidad característica que necesitan para poderse llamar hijos legítimos de su talento verdaderamente fecundo y creador, pues Pepita y D. Luis de Vargas, el Dr. Faustino y D. Juan Treseo, D. Braulio y D.<sup>a</sup> Beatriz, Paco Ramírez y los demás perso-



najes de sus novelas son el espíritu mismo de Valera, con sus agudezas, con su clarísimo ingenio y hasta con sus distingos críticos y escépticos, con sus antojos y anhelos insaciables de conocer y saber, de tantear y probar, pero fríos, tornadizos y á veces inconsecuentes, como son todos los que teniendo más cabeza que corazón, no comprenden que pueda existir el sacrificio ni la heroica abnegación de los mártires, que dan su vida por los grandes principios y las grandes ideas. Los personajes de Valera no salen nunca de lo correcto, de lo hacedero y de lo que dicta el buen sentido; todos están respirando cierto ambiente tibio y agradable de comodidad y de holgura, en cuya atmósfera viven y aparecen con cierto sentido muelle y sibarita, pero siempre de buen tono, pues el talento de Valera, que como álguien ha dicho, es un espíritu enteramente pagano, enamorado por completo de la brillantez de la belleza clásica, cual si hubiera nacido en la época del Renacimiento, es refractario á todo lo que sea mediocre ó grosero, bajo ó de mal gusto. Hay en las novelas de este escritor un realismo especial, como ya hemos probado antes, que no se parece en nada al naturalismo reinante, porque es un realismo verdaderamente idealista y pulcro como hay pocos.

Con estas condiciones no es extraño que las novelas de Valera, aunque su lectura encante á determinadas personas, no pueden ser en el sentido estricto de la palabra verdaderamente populares, y son en cambio manjar delicadísimo y á propósito para espíritus ilustrados, que van en cada página saboreando las infinitas bellezas que esmaltan sus producciones, la inagotable vena y chispeante gracejo de este agudo y correctísimo ingenio. De sus novelas están exentas las lágrimas, el sentimiento apasionado y tierno, el movimiento vivo de los afectos y pasiones; en cambio abundan la contradicción paradógica y cierto humorismo satírico y volteriano, pero reflexivo y grato como el de Luciano; cierto pesimismo dorado como el de Campoamor; algo del olímpico ceño de Goëthe y mucho de la carcajada estridente, pero intencionada, de Cervantes. Valera, en fin, es un gran talento y un espíritu eminentemente crítico; y, aunque esto quizá sea la

causa de la sequedad de corazón que se nota en sus novelas, tiene la habilidad y el arte necesarios para hacerlas interesantes y llevarnos sin trabajo á su desenlace. No suelen tener sus argumentos gran verosimilitud, sus personajes muchas veces son falsos, y aun abstractos, y su acción peca algunas de pobre, y más bien que estudio del corazón humano parece que Valera le desconoce, sustituyendo la misteriosa realidad de la conciencia por el profundo conocimiento que el autor tiene de las ideas; y aunque son estas producciones propiamente psicológicas, resultan casi siempre más bien concepciones *à priori*, como tesis que se pretenden demostrar, que consecuencia legítima de la experimentación analítica é individual; todo esto está cubierto, sin embargo, con el rico follaje de una reflexiva fantasía, con las galas de un lenguaje exquisito, correcto y propio, y con los primores de un estilo ático, flexible é inimitable, que le colocan al lado de nuestros grandes escritores y estilistas del siglo de oro, y en el primer lugar entre los prosistas contemporáneos.

Valera ayuda á Galdós en el nobilísimo empeño de luchar por las grandes conquistas de la civilización moderna, pinta con hermosos colores el reinado de la tolerancia y respeto á la conciencia humana y es un adalid en el terreno del arte, que pelea por que triunfe en la ciencia y en la vida el carácter evolutivo y crítico del pensamiento moderno. La trascendencia de sus novelas no es tan trasparente y clara como en las de Galdós; pero reflexionando sobre ellas con detenimiento, en los detalles y en las reflexiones sueltas, tiende al mismo propósito.

Galdós, Valera y Alarcón son los tres ingenios que, aunque con tendencias y condiciones diferentes y aun opuestas, han dado las líneas generales y las cualidades características de la novela contemporánea, y los otros escritores que siguen no pierden de vista en su camino á éstos, que han tenido la fortuna y el acierto de producir en nuestra literatura un verdadero renacimiento en un género que fué antes glorioso para los españoles.

Siguen á estos otros ingenios, que aunque no tan notables como los anteriores, no son menos dignos de estudio y mere-

cido renombre por ser continuadores y colaboradores en la laudable empresa empezada por los primeros de restaurar la novela española. Ya antes los hemos citado por sus nombres, y empezaremos por Pereda y Ortega Munilla. Distínguense estos dos por ser verdaderos artistas de la naturaleza, á la cual se ajustan con tanta precisión y exquisita realidad, como con delicado ingenio y encantador colorido; Pereda, sobre todo, no tiene rival cuando describe paisajes, narra costumbres populares ó pinta personajes tomados directamente del natural. Las descripciones de la Montaña, la transparencia del cielo, el verdor de los prados, lo abrupto de los barrancos, lo encantador de los pequeños valles, el diálogo de los montañeses y la descripción de los bailes y fiestas de la aldea, son trozos de recamada filigrana realista, de rica y exuberante poesía, que compiten sin mengua, por cierto, con los más estimados modelos de este género, no sólo en nuestra propia literatura, sino en aquellas que más se distinguen por tener escritores más naturalistas y brillantes.

También es notable Pereda por el cuidado y acierto en la pintura interior de sus personajes, y aunque no todos los de sus novelas pueden señalarse como perfectos modelos, todavía quedan algunos que son de bastante mérito; Patricio Rigüelta en *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, Macabeo y D. Sotero en *De tal palo, tal astilla*, son tipos admirables y verdaderamente artísticos, que una vez vistos no llegan nunca á confundirse con nadie, ni deja el lector de identificarse con su manera de ser y con la representación que tienen asignada en la novela. Pereda sigue á Alarcón en la tendencia por lo tradicional y amor al pasado, y hasta como que pretende oponer argumento á argumento y enseñanza á enseñanza á las enseñanzas y propósitos de Galdós, aunque, dicho sea con imparcialidad, se queda muy atrás en esto de lo tendencioso á su reflexivo y profundo rival, á la vez en esto superior modelo. Pereda, en fin, es, sin disputa, el más naturalista de nuestros novelistas contemporáneos, y puede ponerse dignamente en parangón en algunas ocasiones hasta con Zola, si bien conviene advertir, que nuestro novelista no tiene el tinte sombrío, ni recarga los negros colores de su pale-

ta en los objetos bajos ó insignificantes, como hace de ordinario el patriarca del naturalismo moderno.

Ortega y Munilla no tiene tanto colorido naturalista como Pereda, pero es delicadísimo y sensible, y un espíritu apasionado, que sorprende siempre en los objetos que se le vienen á las manos, algo especialísimo y sutil, que la generalidad no ve ni sorprende, y que dice muchísimo á su imaginación poética y creadora. *La cigarra*, *El tren directo* y *En el fondo del tonel* son sus más aplaudidas producciones: es discípulo é imitador inteligente de Galdós, y persigue los mismos ideales que su ilustre maestro.

Quedan, por último, para cerrar este importantísimo período de nuestra literatura romancesca, dos ingenios que, aunque con pocas producciones todavía, pues principian ahora su carrera de novelistas, son, sin embargo, de muy alto precio, atendidas las cualidades que en las obras que han dado á luz se notan. La Sra. D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán ha publicado, aparte de otros ensayos de este género, su preciosa novela *Un viaje de novios*, y con ella se ha colocado en un distinguido lugar entre nuestros ingenios, á mucha distancia de otras escritoras de su mismo sexo, y no muy lejos, por la robustez de su espíritu varonil y la profundidad de su pensamiento, de la ilustre escritora francesa que en los primeros años de este siglo escribió la tan celebrada novela *Corina*. El mayor mérito de *Un viaje de novios* es la descripción acabada y bellísima de algunos pasajes, lo original y artístico de la exposición de la acción, aunque decae bastante en la última parte de la novela; y en cuanto á la pintura de los personajes, sobresale por lo bien concebido y realizado el carácter de Lucía, que puede decirse que es casi el único de la obra, pues el de Artegui apenas si está esbozado, y los demás son muy secundarios. Mejor fuera que la ilustre escritora hubiese dado más expresión y relieve á los íntimos afectos, tanto los de la inexperta y cándida Lucía, como los de aquel impertinente incrédulo, y, para el lector sin razón bastante, desesperado Artegui.

La Sra. Pardo Bazán sabe los nombres técnicos de las flores y de las plantas y de muchos objetos más, y también

le gusta usar en su castizo lenguaje, que no difiere del de un sabio, ciertos arcaísmos, que, si lo uno y lo otro dice mucho en pro de su ilustración y cultura, dan á su, por otra parte, bellísima novela, cierto carácter de afectación y tono académico, que sería muy conveniente ver desaparecer del estilo de la discreta escritora. También tiene su poquito de sustanciosa tendencia hacia los ideales retrógrados del tradicionalismo, aunque hay en ella un espíritu de mayor tolerancia que en otros escritores de su misma escuela.

Palacio Valdés es una halagüeña esperanza, ya que no se pueda decir verdadera realidad, porque es novicio en el género novelesco: ha publicado *El señorito Octavio*, *Marta y María* y hace muy pocos meses *José*. Es Palacio Valdés crítico discreto y aun humorístico, autor de unas *Semblanzas de los oradores del Ateneo* y de los *Novelistas españoles contemporáneos*, y aunque ha ganado grato renombre con estas últimas producciones, creemos, en vista de sus obras artísticas, que tiene verdadera vocación y aptitudes para novelista. Sin querer aparecer como tendencioso, siendo espíritu abierto á todas las ideas y partidario decidido de los adelantos y progresos modernos, procura en sus novelas únicamente realizar la belleza por los más adecuados medios artísticos, bebiendo la inspiración en la misma naturaleza, imprimiendo su personalidad á la obra y dejando al lector que por sí mismo deduzca, si quiere, la enseñanza que de su novela puede desprenderse. Ya lo hemos dicho; Palacio Valdés es también colorista, como Pereda, y la belleza del natural es para los dos ingenios de la costa cantábrica el *alma mater* de su inspiración y de su poesía.

Concluiremos nuestro estudio haciendo una observación general, como consecuencia de todo lo dicho anteriormente. La novela española contemporánea tiene, gracias á los ilustres ingenios de Valera y Galdós, caracteres propios y singulares que le dan un valor sustantivo y una importancia innegable y responde también á las necesidades artísticas y aun sociales de la vida moderna. Tiene un marcado propósito de presentar con exquisito análisis al hombre interior, y es por lo tanto un verdadero estudio psicológico de nuestros

pensamientos, afectos y determinaciones; el argumento de la novela moderna no se desenvuelve como en la antigua por medio de una narración que solía pecar de pesada y falta de movimiento, sino que verdaderamente se *hace*, es decir, que se desprende y desarrolla, ni más ni menos, que como una acción dramática y la enseñanza ó el pensamiento capital que de ella se deduce, se consigue por sí mismo, sin el propósito ostensible y formal que de lograrlo pretenda el novelista. Galdós y Valera empezaron este camino, y los demás han seguido sus huellas, y aunque haya propósitos opuestos en la finalidad á que pueda aspirar el pensamiento capital de la novela, los procedimientos para conseguirlo son los mismos y los medios artísticos que unos y otros emplean son idénticos, lo cual en nuestro juicio constituye la originalidad y aun el mérito de nuestros novelistas contemporáneos, por ser esta unidad de medios y procedimientos lo que da valor á todas estas producciones, haciendo que la novela haya tenido y tenga en la actualidad un no despreciable, si no meritorio florecimiento y como restauración gloriosa en nuestra patria.

¡Ojalá que estos fecundos gérmenes prosperen, y que la novela española vuelva á ocupar en el cuadro general de la literatura europea el lugar importantísimo que tuvo en otros tiempos! No lo creemos difícil, pues ya hemos visto que muchas de las producciones de Galdós y Valera se han traducido á varios idiomas, lo cual indica, por lo menos, la buena aceptación que han merecido. Nosotros, espectadores no impasibles de este regenerador movimiento, nos alegramos y regocijamos de todo corazón, y desde el fondo de él enviamos nuestro más entusiasta parabien á los insignes ingenios que lo realizan, y creemos prestar con estas líneas un patriótico servicio; siquiera sea pequeño y modesto, como es nuestra posición y nuestro talento, á este despertar de la novela española, alentando y animando con desinteresado aplauso á sus ilustres iniciadores y á los no menos apreciables ingenios que siguen las huellas trazadas por los primeros.

PEDRO MUÑOZ PEÑA.



## HORAS DE TRABAJO

---

CONTINUACIÓN (I)

### TRASPORTES MARÍTIMOS



ADA tiene de lisongera la situación de nuestra marina mercante. Sometidos los capitanes á la autoridad militar en cierto respecto, y negada la instrucción á los pilotos, desde el punto que sus escuelas especiales rígense por planes antiguos en demasía y métodos y programas nada conformes con los adelantos y necesidades actuales, es imposible, no sólo crear, sino aun regenerar nuestro comercio naval, dándole la importancia que requiere.

Desde el capitán hasta el último de los marineros, trabaja sin descanso el marino mercante, mal recompensado, sujeto al rigor de la ordenanza militar, no quedándole tiempo para aprender, ni un momento para dar forma á sus estudios. Vive de continuo separado de su hogar, al que sólo va de raro en raro, y goza sus dulzuras brevísimos instantes.

---

(I) Véase la pág. 325 de este tomo.

Por eso, á la fatiga de la labor ordinaria, es preciso añadir la fatiga moral y la nostalgia de la familia.

En los *buques de altura*, donde todo servicio cuéntase por meses y está bastante mal retribuído, por punto general el *capitán* trabaja unas *doce horas*, pudiendo contarse *otro tanto* á los *pilotos segundos y terceros*, cuya situación es tristísima en lo referente á sueldo y clase de trabajo. Asuntos son éstos relacionados estrechamente con la instrucción que reciben en sus escuelas especiales, cuya reforma es cada día más necesaria y urgente.

Los *maquinistas* (hay dos en cada buque, primero y segundo) reparten su trabajo, continuo cuando se navega, y la ocupación dura, por lo menos, *diez horas al día*. *Fogoneros y paleros*, que ayudan á los maquinistas en su ingrata tarea, no trabajan tampoco menos de este tiempo.

Las horas de trabajo de *mayordomos y contramaestres*, varían, según las necesidades, pudiendo calcularse en *nueve*, por término medio.

El *cocinero, camareros y marmitones*, atienden durante el día á sus respectivos cargos, invirtiendo en ello unas *diez horas* á lo menos.

Divídense los *marineros* en dos brigadas: una da guardia á babor y otra á estribor. Cada guardia dura *cuatro horas*, y á cada marinero le corresponden *dos* al día, haciéndose un pequeño cambio para que nunca sean á las mismas horas. Mientras no dan guardia y después del descanso, ocúpense los marineros en preparar lo necesario para las maniobras del buque; tales como arreglo y reparación de velas, preparado de aparejos, limpieza, etc. En casos urgentes, sobre todo en embarcaciones de vela, se trabaja sin descanso y nadie reposa, porque hay labor para todos.

En los *buques de cabotaje* son las mismas las horas de trabajo durante la navegación, no pudiendo precisar las que se invierten en los *barcos pescadores*, á causa de la índole especial de la faena.

Por lo referente á las operaciones de *carga y descarga*, duran *de sol á sol*.

A fin de juzgar con acierto de los datos anteriores, he



aquí una escala de sueldos y jornales de los individuos que intervienen en los trasportes marítimos, formada después de comparar diferentes y muy distintos datos y pormenores:

<p><b>BUQUES DE ALTURA</b> <i>Se paga por meses y cobran:</i></p>	Capitán..... de 250 á 500 pesetas, según la carrera.
	Segundos pilotos..... de 150 á 250 id. id.
	Terceros pilotos..... de 125 á 200 id.
	Primer maquinista..... de 300 á 500 id.
	Segundo maquinista... de 250 á 300 id.
	Contraamaestre ..... de 80 á 100 id.
	Cocinero..... de 110 á 125 id.
	Mayordomo..... por contrata.
	Marineros..... de 60 á 70 pesetas.
	Fogoneros..... de 70 á 80 id.
	Paleros..... de 65 á 70 id.
Camareros..... de 40 á 50 id.	
Marmitones..... de 20 á 30 id.	

<p><b>BUQUES DE CABOTAJE</b> <i>(Viaje redondo.)</i></p>	Capitanes y patrones... 1 ½ partes de la mitad del flete y 5 % de capa.
	Pilotos..... 1 ½ partes de la mitad del flete.
	Contraamaestres..... 1 ¼ de la mitad del flete.
	Marineros..... Una parte de ídem.
	Cocineros..... Una parte de ídem.
Pajes..... De ¼ á ½ de parte.	

<p><b>MARINEROS PESCADORES.</b></p>	Patrones..... Parte y media del valor de la pesca.
	Marineros..... Una parte de la misma.
	Pajes..... Media parte de ídem.

Pts. Cts.

<p><b>CARGA Y DESCARGA</b> <i>(Jornal diario.)</i></p>	Estivadores de carga y trabajadores de bodega y cubierta..... 6,25
	Trabajadores en las planchas y sobre el muelle.... 6,25
	— en maquinaria, fardería y drogas..... 5
	— en carbón, carriles y esparto..... 2,50
	— para carga y descarga de vagones..... 4
	— para lo mismo, en barcazas..... 5
	Guardianes de mercancías sobre los muelles (12 horas)..... 2,50
	Marineros de tráfico interior en el puerto, } de noche. 1 por persona ó bulto..... } de dia... 0,50

A propósito del trabajo en muelles y buques, creo convenientes las advertencias siguientes:

*a* Muchas veces se gana á destajo el jornal de los trabajadores en buques fondeados ó sobre los muelles, según contrata con los capataces, quienes á su vez ajustan con los receptores ó cargadores todo el trabajo, por un tanto alzado.

*b* Los *buques pescadores* ganan la mitad del valor de la pesca, deducidos gastos de manutención de las tripulaciones, repartiéndose la otra mitad entre los tripulantes, en la forma indicada más arriba.

*c* Los *buques de cabotaje* devengan la mitad del flete, deducidos gastos de alimentos de la tripulación, aduanas, derechos de fondeadero, sanidad, consignaciones, etc., y se le reparte la otra mitad en la forma que va dicha.

*d* En la estación de invierno se concede á los trabajadores *una hora* para almorzar y otra para comer. En verano *dos* para la comida y *una* para el almuerzo.

Bien quisiera, á permitirlo la índole del presente Informe, detenerme un punto á considerar la deplorable situación de nuestra marina mercante. Apesar mío no puedo hacerlo, y sólo me limito á escribir datos según los que es fácil juzgar del estado de nuestra bandera en los mares y de cuán diferente sería si, entre otras cosas, la marina mercante dependiera, mejor que de la inflexible ordenanza militar, del Ministerio de Fomento.

## INDUSTRIA TIPOGRÁFICA

*Dura diez horas al día*, por punto general, el trabajo de los tipógrafos en Madrid. En esto hay no pocas anomalías y excepciones curiosas, dándose el caso de algunas imprentas en que, por la índole especial de la labor, dura la jornada muchas horas, hasta pasar de *quince* en ocasiones. Hay otras en las cuales el trabajo se halla regularizado, porque ó no se imprimen periódicos ó las obras precisan cierto cuidado y esmero.

En su mayor parte, trabajan los tipógrafos por la noche;

pues las impresiones tienen plazo perentorio; son de ordinario periódicos y se pagan mejor. Así, no exclusivamente por la índole de la obra, sino también por procurarse mayor ganancia, es nocturno el trabajo en la mayoría de las imprentas.

Al tratarse de tipógrafos es sumamente difícil fijar el término medio de las horas de trabajo, á causa de la irregularidad del servicio de las imprentas y aun de sus malas condiciones, por no hallarse siempre instaladas en locales apropiados para hacer buenos trabajos. Sin embargo, paréceme lo regular el tipo indicado, no tratándose de periódicos, y sobre todo de publicaciones oficiales, donde la jornada tiene mayor duración.

## INDUSTRIA MERCANTIL

Para hacer algunas indicaciones acerca de los dependientes de comercio, es preciso examinar su manera de vivir y el trato que merecen de sus amos. Hay en esto no pocas categorías. Dependientes de tiendas de lujo, sedería, blondas, camisería, guantes, mercería y cosas por el estilo que estarían mejor en otro oficio, dejando el que tienen á las mujeres, para quienes es más propio. Es cosa que da grima ver un hombre fuerte y robusto midiendo metros de puntilla, regateando un casquete de paja ó envolviendo una gruesa de botones de nácar, cuando no cortando corbatas ó probando guantes. Dependientes de librería, comercios de paños por mayor, joyerías y establecimientos análogos. Dependientes de tiendas de ultramarinos y tabernas. Casi todos duermen en sótanos y trastiendas sin ventilación ó habitaciones más malas y aglomerados; levántanse con la aurora, dura la faena todo el día, comen de prisa y corriendo, cierran la tienda á hora avanzada y después arreglan dentro, colocan objetos en los escaparates y muchos ajustan las cuentas al día.

Los de tiendas de lujo trabajan *doce horas diarias*, correspondiendo algunas á la noche, y tienen libres los días festivos. Aquellos infelices á quienes su mala ventura llevó á una tienda de ultramarinos trabajan *quince horas al día*. Por la noche sirven hasta las diez ó las once y madrugan de

modo inverosímil para barrer el local y atender á los primeros parroquianos. En algunos comercios de esta clase les conceden domingos y días festivos algunas horas de paseo y esparcimiento.

Cuando prestan sus servicios en tabernas y tiendas de comidas, sobre dormir muy poco y muy mal, no tienen punto de reposo. Levántanse con noche á despachar aguardiente, todo el día están en movimiento, que continúa hasta las dos de la madrugada, y descansan, si descansar se llama á dormir sobre durísimo jergón, hasta que comienzan de nuevo la faena, en la que no hay domingos ni fiestas de guardar.

Por lo referente á otros dependientes de comercio, haré notar los de librerías, que trabajan de *diez á trece horas* diariamente, siendo algunas nocturnas, y los peluqueros, que sirven *diez*.

## INDUSTRIA MINERA

Toda explotación de metales comprende, en general, dos faenas distintas: extracción y preparación del mineral y obtención del producto metálico. A su vez la primera tiene varias clases de trabajo. Dentro de la mina se cuentan barreneros, que manejan pesados útiles de acero, y obreros que con picos sacan el mineral descubierto. Fuera de las minas existe la preparación mecánica, en la que sepárase el mineral de la ganga, se lavan arenas y obtiéndose diversas suertes de productos de riqueza y tamaño variables, mediante una serie de operaciones, entre las cuales pueden citarse *la monda y el desmote*, encomendadas, por punto general, á mujeres y niñas.

Fundir el mineral, tostado ó no, obtener lingotes ó láminas, en una palabra, sacar del producto de la mina, lo que ha de darse como primera materia á la industria, constituye una serie de operaciones importantísimas que dan trabajo y alimento á multitud de brazos, operaciones unidas unas veces á la extracción de minerales y no pocas objeto de industria aparte y perfectamente distinta.

Con estas leves indicaciones hay bastante para comprender que la industria minera, en toda su vasta extensión y

aun contando con el potentísimo auxilio de las máquinas, emplea muchos trabajadores, que se ocupan al día horas variables, desde el barrenero, que allá en las profundidades de la mina horada durísima roca, hasta el obrero, que, armado del espetón, agujerea el crisol para que salga el metal puro y fundido. En esta escala, diverso en grado sumo es el trabajo, siempre rudo y difícil, y así diversa ha de ser también su duración, en la que no poco influye la clase de mina y la profundidad y sitio en que se halla colocada.

Por de pronto, el trabajo minero es continuo y perenne, con ciertos descansos, que en los barreneros, por ejemplo, se limitan al tiempo de la *pega*, ó sea á lo que se tarda en dar fuego á los barrenos y prepararlos para ello. En los encargados de la preparación mecánica, que se hace de día, si no trabajan, como de ordinario, á destajo y por un tanto alzado, se observan las reglas ordinarias de los jornaleros. En los fundidores, sobre todo, tratándose de ciertos minerales que dan gases y emanaciones perjudiciales, se establecen turnos y hay frecuentes alternativas y descansos entre las tareas.

He procurado reunir datos de las compañías mineras mejor establecidas y regidas existentes en España, y de ellos dedúcese que los obreros constitúyense en dos cuadrillas: una trabaja por el día y la otra por la noche, ya que así lo exigen la continuidad de la labor en las minas y el tratamiento de sus productos. Son *diez las horas de trabajo*, por término medio, para cada cuadrilla, lo mismo dentro que fuera de la mina, según se distribuyan. Hay descansos para comer y los barreneros no trabajan tanto tiempo seguido, pues se les permiten los intervalos de reposo que van indicados.

La misma índole del trabajo de las minas lo hace muy penoso y malsano, según se demuestra por el gran número de mineros que ingresa en los hospitales, y por la mortandad en las localidades y regiones ricas en minerales.

\*  
\* \*

Con lo dicho creo haber contestado, si no con la claridad y precisión apetecidas, al menos concretamente, la mayor parte de las preguntas al *Cuestionario*. Antes de terminar el presente Informe y por vía de final, quisiera fijarme, brevísimos momentos, en ciertas cualidades, de carácter moral, que afectan á la condición del obrero español, sobre todo á los labradores.

Declaro con toda sinceridad, que no se me alcanza cómo viven, ni comprendo cómo los obreros madrileños acuden á centenares, después de su ruda faena, á las cátedras del Conservatorio de Artes para aprender dibujo y cuanto quieran enseñarles, y los labradores gallegos, asturianos y leoneses, se preocupan de la instrucción de sus hijos, á los cuales mandan á la escuela, aunque tengan que andar una ó dos leguas de mal camino. Bastantes trabajadores hay viciosos y holgazanes; pero la generalidad no es mala, y sólo tiene esa desconfianza propia de la ignorancia y el abandono en que viven. Por ello debemos tratarlos con cariño, infundirles ánimos, procurar instruirlos, y si fuese necesario, sacrificarnos nosotros mismos en favor de una clase numerosa, que con el trabajo de sus manos nos da medio de hallar satisfechas las necesidades materiales, cosa que permite dedicar todo el tiempo y toda la actividad al hermoso trabajo intelectual.

Mejor aún que el obrero de las ciudades, debe interesarnos el infeliz obrero del campo, que regando la tierra con el sudor de su rostro, escasamente alimentado, roto y maltrecho, cumple resignado su obligación por un jornal miserable y mezquino, tan exiguo en algunas localidades que más parece siervo que hombre libre. Él es quien cultiva los campos, cuyos productos ni consume ni ve, y sirve á la patria, defendiéndola cuando está en peligro y librando, no pocas veces, de la ruina ó del justo furor popular al que vive por su trabajo y á expensas de la labor de sus manos. No sé cómo se acogerán en el Ateneo mis palabras; pero he de decir que cuando veo á los labradores resistirse á pagar el foro ó sublevarse airados contra el señor de las haciendas que les paga miserable jornal, paréceme que les asiste tanta justicia como al que defiende del ataque nocturno su hogar y su fami-

lia. Respecto de los labradores, no sólo nos obliga el deber, sino la gratitud, y aunque no fuera sino por gratitud, merecen que se les consagre buena parte de nuestros estudios y afanes.

Dos cosas hay en el obrero que deben educarse: la inteligencia, y sobre todo, el sentimiento.

Ha de revelarles la perfección intelectual mil medios de economizar fuerza; le instruirá en su oficio y guiará en el trabajo para hacerlo más productivo. El sentimiento, que es el móvil más poderoso de las acciones humanas, ha de servirle, bien educado y dirigido, en todos los actos de la vida; la perfección del oficio ha de ayudarle á inventar y manejarse, por su propio esfuerzo, y será acicate y estímulo para alcanzar la instrucción de que tanto ha menester nuestro buen obrero.

Debo concluir aquí este larguísimo Informe. Al acabar, quiero encarecer únicamente á todos vosotros la atención más profunda hacia los problemas que suscita el estado de la clase trabajadora en España, á fin de allegar datos relativos á su conocimiento y mejora, en cuanto sea posible; poniendo en ello todo el celo y desinterés, todo el amor y cariño que deben tener los hermanos para sus hermanos (1).

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

---

(1) En la discusión de este Informe el día 13 de noviembre de 1884, tomaron parte los Sres. Morales Díaz (D. Gustavo), Gómez Hemas, Pintado (D. Ignacio), Sánchez (D. Miguel), Borrel (D. Enrique), Calderón (D. Laureano), Figuerola (D. Laureano) y Carvajal (D. José). El autor considera muy honrado su trabajo con las observaciones de estos señores y cumple un deber de gratitud consignando aquí sus nombres.





## HIPNOTISMO

---

AL ILMO. SR. D. CARLOS CASTEL

*Diputado á Cortes, etc.*



POCOS días hace que leí en la excelente *Revista de Montes* una bibliografía, más que bondadosa, con serlo mucho, halagüeña para mí, porque veíame honrado con el inmerecido favor de que le dedicase á V. mi obrita, titulada *Cuestiones científicas*. Mas como en aquélla mostrábase V. receloso respecto á la verdad de una de las novedades que más llaman actualmente la atención—el hipnotismo—y hacía V. muy atinadas y juiciosas consideraciones, créome obligado, con gran complacencia mía, á dedicarle este artículo en que me propongo reseñar los últimos experimentos efectuados sobre asunto tan erizado de dificultades como abundante en maravillosas consecuencias.

Ya hace algún tiempo que se utiliza en París la sugestión hipnótica para salvar de la inanición á los dementes que se resisten á tomar alimento. Para ello, se les hipnotiza y se les manda que coman. El enfermo que no hubiese tomado un pedazo de pan por cuanto hay, se apresura á comer lo que le dan.

En Nancy, por otra parte, se han obtenido resultados muy sorprendentes, que expondré sumariamente.



Mr. Focachón, farmacéutico de Charmes-sur-Moselle (Vosgos), después de haber asistido á la clínica del Dr. Liebault, de Nancy, se dedica desde há más de dos años á una serie de continuadas y metódicas experiencias sobre varios asuntos. Hay uno, entre ellos, digno de particular atención. Elisa N..., de treinta y nueve años de edad, hacía quince que padecía crisis de histero-epilepsia; repetíanse las crisis de tres á cinco veces por mes. Mr. Focachón consiguió someterla al somnambulismo, y, mediante sencillas sugerencias, hizo que fuesen menos frecuentes los accesos, y, más tarde, que acabaran por desaparecer. Agradecida á quien tan radicalmente la había curado, accedió á someterse á diversos ensayos útiles á la ciencia. Focachón se dedica á investigar si con el auxilio de la sugestión se podría modificar el estado físico de una persona y á descubrir pruebas materiales directas de la influencia sugestiva.

Durante el sueño que determinó en Elisa, Mr. Focachón, valiéndose de órdenes, logró que disminuyeran los latidos del corazón, disminuyendo en seis las pulsaciones por minuto, é inversamente, aumentándolas hasta más de 20. El Dr. Beaunis, profesor de fisiología, hizo esta observación por medio del esfigniógrafo en el laboratorio de la facultad de Medicina de Nancy, en presencia de los Sres. Liebault, Liégeois y René, jefe este último de los trabajos fisiológicos (1).

Pero he aquí lo verdaderamente extraño. Habiéndose quedado la misma persona, Elisa N..., de que sentía un agudo dolor en el costado, resolvió sugerirla Mr. Focachón durante el sueño que para curarla le ponían un vejigatorio.

—Le coloco á V. un vejigatorio en la parte dolorida; no lo toque V.—dijo Focachón.—Le quemará á V. un poco y se producirán ampollas, pero mañana ya no sentirá usted dolor.

Ahora bien; no puso nada sobre la piel, puesto que el vejigatorio era ficticio. Y sin embargo, al día siguiente, hubiérase dicho que, en efecto, en el sitio indicado se había

---

(1) Esta curiosa observación fué comunicada el año pasado á la Sociedad de Biología por Mr. Beaunis.

puesto un vejigatorio; veíase una gruesa ampolla llena de serosidad.

Y el dolor había desaparecido.

Poco tiempo después, recurría al mismo procedimiento el ingenioso experimentador para quitar á Elisa N... un dolor neurálgico situado en la región clavicular derecha. Con auxilio de una simple afirmación verbal hecha durante el sueño, determinó quemaduras semejantes en un todo á las que hubiese producido la aplicación de unas pinzas incandescentes. Dichas quemaduras claramente acusadas dejaron escarificaciones reales.

Ciertamente, estimado amigo Sr. Castel, que parecen inverosímiles, casi absurdos estos hechos, tanto que, apesar de las afirmaciones de un operador conocido, cuesta trabajo considerarlos como auténticos cuando no los hemos visto con nuestros propios ojos.

Pero dígnese V. seguir leyendo.

Habiéndose comunicado los hechos anteriores al Dr. Liebault y á otros experimentadores, manifestaron á Focachón que deseaban presenciar tan maravillosa experiencia en condiciones que ofreciesen la mayor garantía de exactitud y fácil comprobación.

Entonces se decidió Focachón á llevar á Nancy, donde reside el Dr. Liebault, á Elisa N... El Dr. Bernheim señaló como sitio en que debía producirse la vejigación un punto de la espalda á que no llegase fácilmente con las manos la persona sometida á la experiencia. Se retrasó algo la sugestión por haber tenido que estar Bernheim toda la mañana en el hospital, y no pudieron los experimentadores comprobar en el mismo día los efectos de la sugestión.

Focachón y Liebault vigilaron el sueño de Elisa hasta las cinco y media de la tarde, no apartando la vista de ella un solo momento. Durante el día la hicieron repetidas sugestiones. A las cinco y media se procedió á la verificación de los efectos en presencia de los Sres. Bernheim, Liégeois y Dumont, jefe de las prácticas de física en la facultad de Medicina. Se observó un tinte rojizo que se circunscribía á los límites trazados de antemano y en algunos sitios puntos de

color más oscuro que presentaban cierto relieve. Quejábase Elisa N... de una sensación de quemadura y de una comezón que la incitaba á restregarse la espalda con los muebles, lo que hubiera efectuado de no habérselo impedido.

Se interrumpió esta experiencia por la necesidad que tenía Focachón de volver á Charmes. No creyéndola del todo concluyente, se convino en que se procuraría repetirla en mejores condiciones. Esto no obstante, al día siguiente enviaba Focachón al Dr. Liebault un telegrama y después una carta que contenía un certificado del Dr. Chevreux, de Charmes, quien había comprobado la existencia en Elisa N... «de un sistema vesiculoso en la espalda; la presión era dolorosa en este sitio, y la parte de la camisa en contacto con la región, contenía un líquido purulento; se hubiera tomado por una pequeña quemadura.»

Como no había sido vigilada la sonámbula durante la noche que siguió á su regreso á Charmes, no podía considerarse concluyente la prueba; había que volver á empezar. Y de nuevo, el 12 de mayo último fueron á Nancy Mr. Focachón y la expresada señora.

Elisa N... fué dormida á las once de la mañana. Le pegaron en la espalda algunos cuadraditos de papel de sellos, y á fin de que se sostuvieran bien, fijaron varias tiritas de diaquilón. Este apósito, completamente ficticio, lo había propuesto Mr. Liégeois con el objeto de que se parase más la atención de Elisa en la idea de la vejigación y para que desapareciese todo pretexto de fraude.

Durante el sueño se hicieron tres sugerencias de algunos minutos cada una. Elisa pasó toda la noche en una habitación preparada al efecto.

Al día siguiente, el apósito, que estaba intacto, se levantó en presencia de cuantas personas se interesaban en la experiencia. No será inútil reproducir en este lugar el acta que redactó el Dr. Beaunis, profesor de fisiología de la facultad de Nancy.

«El 12 de mayo de 1885, á las once de la mañana, Mr. Focachón duerme á Elisa N..., en presencia de MM. Beaunis, Bernheim, Liebault, etc... Durante el sueño, se le aplica en la

espalda ocho cuadraditos de papel engomado, sugiriéndole que es un vejigatorio. El papel se sostiene con diaquilón y una compresa. Después se deja á Elisa en este estado todo el día, despertándola el tiempo preciso para que coma. No se la pierde nunca de vista. Por la noche la duerme Mr. Focachón, sugiriéndola que no se despierte hasta las siete de la mañana del día siguiente, y así lo hace. Al día siguiente, á las ocho y cuarto, levanta Mr. Focachón el apósito en presencia de MM. Beaunis, Bernheim, Liebault, Liégeois, etc. Empezamos por notar que no han sido removidos los cuadrados de papel. Quítanse, y el sitio que ocupaban presenta el aspecto que sigue: en una superficie rectangular de cuatro por cinco centímetros de longitud, se ve que la epidermis ha como engrosado y presenta un color blanco amarillento; no falta la epidermis y no hay ampolla; presenta, en una palabra, el aspecto y caracteres del período que precede inmediatamente á la vejigación propiamente dicha. Esta región de la piel está rodeada por una zona de color rojo intenso, con hinchazón; mide medio centímetro de anchura. Comprobados estos hechos, se colocó una compresa seca á fin de examinar más tarde la piel. A las once y media del mismo día, presentaba la piel igual aspecto que por la mañana.»

Firman esta acta los profesores Beaunis, Bernheim, Liebault, Liégeois, Simón, Laurent y Brulard.

A los dos días de efectuada la experiencia, anunciaba Mr. Focachón á Mr. Liebault, que á su regreso á Charmes, en el mismo día en que se levantó el acta anterior, había observado en Elisa N... y fotografiado á las cuatro de la tarde, cinco flictenas en el mismo sitio en que los experimentadores vieron que estaba formándose una vejigación. El 13 de mayo salía de la llaga una serosidad espesa y lechosa. La prueba había terminado.

A cada uno de los experimentadores de Nancy se envió una copia de la fotografía, en la que se distingue con toda claridad cinco flictenas, dos de ellas muy gruesas.

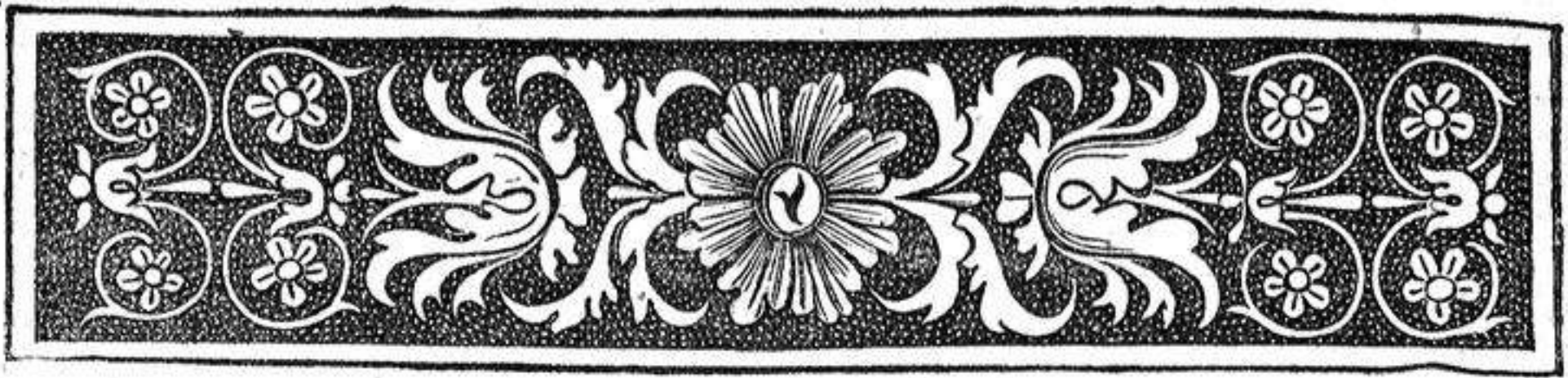
Nada más se puede añadir hoy á estos detalles. Es probable que la experiencia de Nancy entrañe suma importancia; el porvenir nos dirá las proporciones que se la debe conceder.

Consigno, de todas suertes, estos hechos, porque interesan á la historia de la ciencia y para llamar la atención de V., mi apreciable amigo, hacia una clase de investigaciones en que se ocupan sabios, que no es de suponer se entretengan en fingir fenómenos y traten de merecer, más ó menos pronto, el triste dictado de embaucadores.

Y esto no es decir que yo crea en la absoluta verdad de los hechos que nos refieren, porque la pasión puede hacer que se exageren los resultados obtenidos.

R. ALVAREZ SEREIX.





## EL EXTREMO ORIENTE (1)

ESTUDIO DE LOS PAISES  
DONDE HA TENIDO ORIGEN LA ACTUAL GUERRA DE FRANCIA  
CONTRA EL CELESTE IMPERIO

(Continuación)

### VIII

CARACTERES TÍPICOS, DISTINCIONES SOCIALES, LIGEREZA DE  
COSTUMBRES, FESTIVIDADES Y ENTIERROS



La población se divide en el Annam en dos grandes clases: los mandarines y el pueblo. El pueblo se compone de individuos empadronados ó no, figurando entre los últimos los más pobres que viven á la desbandada, errantes, sin hogar, sin contribuir á las cargas públicas con ningún impuesto. Solamente los empadronados tienen voto en las elecciones de los Ayuntamientos ó consejos de notables, en los cuales existen determinados miembros que, en lo tocante á las deliberaciones, tienen una autoridad igual y á veces superior á la del mismo alcalde ó sea *ong-sa*.

(1) Véase la pág. 74 de este tomo.

Este es de ordinario el primer personaje de cada pueblo; pero, en las capitales de cierta importancia política y militar, su autoridad queda en parte eclipsada por los altos funcionarios del Estado, entre los que figuran, en primer término, el mandarín letrado, el *Kuane-bó*, ó sea intendente de hacienda, y perceptor de los impuestos y tributos; el *Kuane-ane*, ó sea el presidente del tribunal de justicia y los comandantes de las tropas y aun de la marina en los puertos.

En ninguna parte es más notoria y acatada la preeminencia de la dignidad y de la categoría. Los funcionarios de más elevado rango, los *bien-ly*, salen siempre acompañados de las principales autoridades, es decir, de los mandarines subalternos de cada localidad, yendo seguidos de numerosos criados, unos con grandes quitasoles, y otros con las cajas del betel que á cada momento piden los señores para mascar, y el palanquín rojo, que espreciado distintivo de los grandes mandarines.

Advierte Dutreuil con extrañeza, respecto de costumbres generales, lo que ciertamente no nos admira á nosotros, por ser una mera repetición, en mayor ó menor escala, de lo que en todas partes sucede. Dice que, si bien el carácter más común en los annamitas es excesivamente tímido y curioso, su andar, y sobre todo el de los mandarines, respira siempre arrogancia. Se dan los constituídos en cargos oficiales, tono importante al cruzar por entre los grupos de curiosos, y éstos se apartan y se inclinan siempre con visibles muestras de respeto, sin perjuicio de ridiculizar todo lo posible á Sus Excelencias, tan luego como puedan impunemente hacerlo por encontrarse ya la comitiva á cierta distancia. Es la historia de siempre y de todas partes: la historia de los que mandan y de los que son mandados. Si un mandarín encuentra á otro de dignidad más elevada en su camino, se vuelve el primero á su vez tan humilde con el superior como con él humildes se mostraron antes sus inferiores, sin que todas esas naturales manifestaciones puedan ser obstáculo luego á ciertos alegres cuchicheos y aun á ciertas cuchufletas después que la escena del debido acatamiento haya pasado. Es muy propio de pueblos orientales ese genio dado á todo lo voluble, y ese

carácter que acepta sólo en la apariencia las formalidades, resultando ligero siempre en el fondo.

La palabra *khac*—extranjero—se pronuncia con más ó menos benevolencia, pero con cierta desconfianza que tiene sobrada explicación en la historia contemporánea de los annamitas.

Algo alcanza de ese recelo con que son mirados los europeos á los mismos individuos que componen la colonia china, á los mismos orientales que allí se establecen, toman mujeres indígenas y se dedican al comercio. Pero los chinos no llegan, sin embargo, á ser nunca despreciados ni aborrecidos. Es cierto que no obtienen en determinadas circunstancias todo el verdadero cariño de hermanos; pero pueden siempre contar con notables preferencias sobre los demás extranjeros que no tienen asiático origen. Las mejoras que la civilización europea ha introducido en Saigón, aquellas grandes casas, aquellos palacios, aquellas comodidades, aquellos magníficos vapores que frecuentan el puerto de la capital de la colonia francesa, todos aquellos productos del arte, de la ciencia y de la industria, no influyen de la manera que podría creerse ni convencen á los annamitas de que no sean los chinos muy superiores á todos los pueblos de Occidente. También hay en China cosas más grandes que entre nosotros—dicen ellos;—también hay palacios y maravillas, casas vastísimas y muy cómodos y brillantes ajuares, muchos soldados y buenos barcos de vapor, gran comercio é imponderables riquezas. Si los chinos no admiten todavía ciertos inventos del Oeste, como la locomoción de vapor por tierra, será por no considerarlo tan ventajoso y oportuno, contando como cuentan con sus grandes vías fluviales.

En cambio, parece que los chinos, seguros y orgullosos con su superioridad, tratan con cierta arrogancia á los annamitas. Es notorio que hasta los simples comerciantes del Imperio del Medio, hasta los simples viajeros de Cantón, apesar de no haber tenido en el Annam cónsules propios ni tropas chinas en qué apoyarse, anduvieron siempre con la cabeza erguida hasta delante de los mandarines, sin ceder jamás el paso á ninguno.



Cuando el europeo llega á comprender el carácter de los annamitas en las libres expansiones de la intimidad, observa constantemente su animación y alegría, sus constantes impulsos por la conversación jocosa, el ensueño de las imaginaciones impresionables, su afán por los placeres y el continuo y grato abandono por el *dolce far niente*.

Juzgando por manifestaciones opuestas, hay viajeros que conceden superior inteligencia á los annamitas, al paso que otros se la niegan del todo. Su talento imitativo y los recursos de su imaginación son, sin embargo, innegables, sin que tales dotes presupongan una inteligencia desarrollada por el estudio, ni una ciencia infusa en ellos. Que pueden en ocasiones llegar á ser astutos diplomáticos, á nadie cabe ya ponerlo en duda, y no hay que confundir los efectos del carácter ni la debilidad accidental ante los extranjeros con la influencia de los organismos gubernamentales ni con ciertos datos históricos no bien definidos.

En el Extremo Oriente no existe, por otra parte, la comunicativa expansión de la vida de las ciudades europeas. Ni las reuniones sociales ni siquiera los placeres del paseo público son allí conocidos en el sentido que nosotros damos á la palabra. Si el deseo del *di-kiewi*, ó sea el gusto de pasar el tiempo ó divertirse reúne á veces algunos amigos ó vecinos, es exclusivamente para entregarse á la pasión del juego, que en todos domina. Pero el juego, despertando siempre los pequeños rencores y las pequeñas envidias, no es el medio más á propósito para desarrollar debidamente las condiciones de sociabilidad ni los sentimientos de benevolencia. Así, la vida es de ordinario concentrada. Así, cuando un mandarín se retira de su despacho ó deja su trabajo, no busca distracción en reuniones ni sitios públicos; se refugia en su casa para ver transcurrir sus horas todo lo muellemente posible, siempre solo con sus mujeres, no recibiendo á sus conocidos más que en ocasiones solemnes, en las grandes festividades consagradas por el uso, en los banquetes de boda ó en los convites y en las comidas de enterramientos.

Pero en el Annam, hay, generalmente hablando, la laboriosidad compatible con el clima, y apesar de todo se trabaja.

Las mujeres del pueblo viven por lo menos tan ocupadas como el hombre, aunque nunca se ven condenadas, como en otros países no tan considerados y de instintos menos galantes, á los trabajos más rudos. Tienen á su cargo los quehaceres domésticos, llevan á vender provisiones al mercado, hacen vestidos y muelen en la casa el arroz del consumo, operación que ocupa gran parte del tiempo de que disponen. Mientras tanto, el hombre se encarga de labrar, disponer los cultivos y desempeñar otros oficios más pesados.

Sólo á los mandarines y á sus mujeres está reservada una vida más perezosa, vida que no carece de comodidades y lujo, como lo atestiguan esos elegantes muebles de madera esculpida, que ya en Europa se conocen, cajas, armas, veladores cubiertos de finas y admirables inscrustaciones de nácar; adornos de cobre, bronce, plata ó marfil y sederías.

De una manera muy pintoresca nos describe Dutreuil su entrada en un pueblo annamita. «Muchas bandas de chiquillos, dice, corrieron á anunciar nuestra imprevista llegada, levantando nubes de polvo. Las muchachas se pararon en su tarea de moler arroz y dejaron sus almireces, interrumpiendo á la par la alegre tonadilla que cantaban y escondiéndose detrás de las mamparas para poder mirar sin ser vistas. Era la hora en que los hombres estaban todavía en el campo, y sólo se veían mujeres que llevaban á sus varios hijos á horcajadas sobre sus caderas. No pierden, por lo visto, los annamitas el tiempo en sus amores; la prole no falta, y la población crecería aún mucho más rápidamente si supiesen cuidar como es debido á los pobres pequeñuelos. En medio de la aldea, los que nos llevaban en palanquines, volvieron hacia un lado para depositarnos en la gran sala de un *tram* (1)...

---

(1) Llámase *tram* un edificio para dar abrigo á los viajeros y suministrar correos y peatones, siempre disponibles allí para el servicio del Gobierno y de los particulares. Hay varios *trames*, en los grandes caminos, teniendo los principales á su cargo el servicio postal. En ellos se sustituyen los portadores de palanquines y descansan los viajeros. El origen y organización del *tram* se remonta al siglo XI, es decir, á los tiempos en que aquellas comarcas formaban todavía parte del reino de Ciampa. Los *trames* principales distan unos de otros cerca de veintidos kilómetros y los secundarios unos doce.

El jefe del tram, acompañado de todas las notabilidades del lugar, vino á recibirnos, invitándonos á descansar sobre un tablado cubierto de esteras, de unos diez centímetros de elevación sobre el piso...—Queremos salir juntos y dentro de media hora, dije al jefe del tram, y por lo mismo quiero que se nos dispongan pronto los guías y los palanquines.—*Ya, ya*, respondió cruzando las manos é inclinándose humildemente.»

Aquí observa el viajero el profundo respeto que entre los annamitas existe por las distinciones sociales. No sólo las maneras y los gestos de aquellos indígenas, sino hasta ciertas locuciones características, lo prueban á cada instante. Para hacer la afirmación que nosotros expresamos con la palabra «sí,» dos hombres del pueblo se dicen *co*, la gente distinguida se dirige la sílaba *faai*, y el inferior contesta afirmativamente á sus superiores con el monosílabo *ya*. Una de las grandes dificultades de la lengua annamita es emplear debidamente el sinnúmero de esas partículas y de esos pronombres, que varían según la edad, el rango y hasta las disposiciones especiales del ánimo, afectuosas, indiferentes ó malas de los interlocutores.

\*  
\* \*

La ligereza de costumbres se presenta como una condición natural, lo mismo entre los annamitas que entre todos los pueblos orientales, aunque aparece quizás más visible y pronunciada en los primeros por circunstancias dadas que fácilmente se comprenden.

Entre los annamitas existe el matrimonio legítimo que sólo puede contraerse con una mujer, aunque el tal matrimonio no excluye nunca la facultad de tener otras mujeres ó concubinas. La poligamia es un hecho. Pero esa poligamia no tiene por consecuencia en el Annam, como en los países musulmanes, suprimir la prostitución, esa terrible llaga casi convertida en institución social en los países que de más civilizados presumen.

La prostitución existe pues, en el Extremo Oriente tan descarada como en parte alguna, según afirman todos los viajeros. Este fenómeno tiene, en nuestro sentir, su principal explicación en dos causas evidentes: en primer lugar, al contrario de lo que entre los musulmanes pasa, todas las mujeres gozan allí de una libertad completa, y en segundo lugar, sólo los ricos pueden permitirse el lujo de varias mujeres, y aun el llamado rico puede extralimitarse muy poco, siendo muy raras las grandes fortunas. De la excesiva libertad de la mujer, de cierta innata afición á las galas, afición más pronunciada quizás en el Annam que en parte alguna, nace una completa relajación de costumbres que en igual grado se hace extensiva á los hombres de todas las clases y á las mujeres, siendo por otra parte impotente la religión de los bonzos é ineficaz la moral de Confucio para reprimir las arraigadas propensiones al libertinaje. Hasta las habitaciones elegidas por los viajeros para el descanso suelen verse asediadas por bellezas de dientes negros, labios gruesos y enrojecidos por el abuso del betel, las cuales con provocativa insistencia acuden á ofrecer sus venales favores.

En la celebración del matrimonio legítimo, no existe en el Annam la consagración religiosa, indispensable en otros pueblos. La ceremonia es puramente familiar y las formalidades tienen sólo un carácter íntimo, intervenido con el acto de un mero registro por los poderes públicos.

Cuando dos familias se han puesto de acuerdo para casar á sus hijos y están discutidas y convenidas las condiciones del enlace, se presenta una declaración ante el alcalde—el *ong-sa*—del lugar; el joven lleva algunos regalos á la novia, y los padres eligen al individuo más reputado de entre sus conocidos para que los represente y redacte el matrimonial contrato. El acta se extiende y deposita ante las tablillas de los antepasados, preparándose entonces un gran festín. Poco después, en la fecha que quedó fijada en la reunión anterior, la familia del novio y sus amigos se reúnen y dirigen procesionalmente y con gran algazara á casa de la novia. Va el primero el amigo de confianza de la casa del futuro, bajo el gran quitasol de mandarín, que para aquella circunstancia á

todos se permite. Lleva un cofrecillo que contiene el contrato de matrimonio, y siguen detrás los criados con cestas, vasos y bandejas con arroz, nuez de areca, betel, y á veces también algún individuo del ganado de cerda en una jaula y llevado en hombros. Luego vienen los padres, parientes y convidados del futuro, quien trata tímidamente de pasar desapercibido entre ellos. En casa de la novia espera á todos el banquete de boda, durante el que se lee el contrato, y los jóvenes quedan ya unidos durante su vida, sin perjuicio de pedir ulteriormente el divorcio, que se concede sin grandes dificultades, por motivo de faltas en la ejecución del contrato, por esterilidad ó también por adulterio.

Si se trata de tomar concubinas, el asunto es mucho más sencillo, y no hay necesidad de más formalidades que para una compra ó venta cualquiera. Una mujer joven suele costar la moneda equivalente á 100 ó á 150 pesetas (1), pudiéndose comprar una belleza de primer orden, una de esas cabezas de abanico que forman una perfecta figura rombóidea, por unas 300 pesetas á lo sumo. El mantenimiento de una mujer—*congai*—tan distinguida, lleva naturalmente consigo mayores dispendios. Unas veinte pesetas mensuales cuesta el alimento, no es gran cosa; pero queda luego el tocado, las joyas y el juego, que importan diez veces más. La señora suele entonces provocar tales disgustos y con tanta frecuencia con su inconstancia, sus veleidades y caprichos, que no es extraño que su dueño se decida á despedirla al cabo de algún tiempo, dando la indemnización conveniente, aunque se sienta propenso á recaer en la locura de tomar otras mujeres que se porten aproximadamente de la misma manera.

\*  
\* \*

Entre las fiestas principales á que con más entusiasmo se entregan los annamitas, figura la celebración del día primero del año, que allí se llama el *Têt*. Por la diferente división del

---

(1) *Journal de voyage*, de J. L. Dutreuil de Rhins.

año y del tiempo, el *Têt* no corresponde exactamente á la fecha de nuestro Año Nuevo.

Los indígenas tienen la preocupación de que la suerte que les espera durante todo el año, depende principalmente de la manera como le empezaron, y por lo mismo se entregan á una animación desconocida y á regocijos sin número, ocho días antes, y aun ocho días después del primero de año.

No faltan, durante aquella quincena de festejos, petardos y vistosos fuegos artificiales, alegres faroles de variado color delante de las casas, y banderolas y oropeles, tiendas llenas de juguetes y objetos religiosos, opíparos convites y abundantes funciones de teatro.

Porque hay también teatros en el Annam, como en China. Estos teatros—dice el viajero Dutreuil, el que más exactos pormenores nos suministra,—son tinglados provisionales ó cobertizos adornados con tela de algodón, como nuestros barracones de feria. El interior suele estar dividido en tres compartimientos por medio de vallas que sólo tienen dos ó tres pies de altura; los músicos se sitúan en cuclillas á los dos lados de la escena, que ocupa el fondo; á la entrada está el compartimiento del público, que permanece de pie durante la representación, y á un lado se levanta una tribuna, galería ó palco corrido, destinado á la gente de importancia. La entrada es gratuita, pero los actores reciben con gusto las monedas que les echan los espectadores entusiasmados ó los simplemente satisfechos.

Varios franceses han visitado estos teatros y asistido á sus funciones, y, poco prácticos en la lengua annamita, no han podido comprender lo que allí pasaba. Desde sus asientos de distinción, han podido tomar tazas de té, amenizadas con el descompasado y atronador concierto de bombos, platillos, flautas é instrumentos de cuerda; han visto á los actores, embadurnada la cara y con trajes parecidos á los usados por los cómicos de los teatros de China, perorar largamente con acompañamiento de contorsiones y piruetas; han oído diálogos vivos y tan arrebatados como los movimientos de los actores que, no contentos con exagerar las entonaciones musicales, particulares á su lengua, dan á veces tremendos gri-

tos; pero ni toda la buena voluntad de un europeo, ni todo el talento mímico de los artistas, es bastante para hacer comprender aquellas historias que tanto divierten al público. Hombres y mujeres se confunden en aquel patio, se estimulan, empujan y ríen á mandíbula batiente, formando un cuadro mucho más interesante que la escena misma para el que, sin comprender, asiste como mero curioso.

Los entierros son también, como ya hemos dicho, otra de las ocasiones en que suelen reunirse para la ceremonia y para un banquete los retraídos habitantes de aquellas latitudes.

De una manera muy pintoresca se nos pintan aquellos fúnebres cortejos. Con ostentación inusitada es llevado el cadáver desde la casa mortuoria al lugar del enterramiento. La comitiva se para á cada instante á una señal dada por el bonzo que dirige la ceremonia, señal que repiten sus dos ó tres ayudantes con sus pequeñas varas tradicionales. Los treinta ó cuarenta hombres que llevan el ostentoso monumento sobre el cual descansa el féretro, lo depositan entonces en el suelo; el bonzo entona el canto de una plegaria, y los platillos y los gongos apagan los plañidos y el llanto de las muchas mujeres que están pagadas para llorar durante la ceremonia. Estas mujeres, vestidas de blanco, acompañan la caja y rodean á los parientes que ocupan el puesto más distinguido debajo del palio. A una nueva señal del bonzo, vuelve á levantarse el fúnebre monumento en hombros, vuelven las quejas y los gritos, y el cortejo sigue su marcha al son de las flautas. Los cementerios están siempre á larga distancia de las habitaciones, y cuando se ve pasar un entierro por el río, como frecuentemente acontece, ocupando el cortejo una larga fila de las embarcaciones llamadas sampanes, no carece el espectáculo de triste poesía.

Es costumbre digna de anotarse que el Rey conceda á los muertos, sobre todo si son mandarines que se hayan distinguido en su servicio, honores y títulos póstumos de que naturalmente han de disfrutar tanto como nuestros héroes de las estatuas que les levantamos.

Las tumbas más comunes son cerrillos de arena amontonada en forma de cúpulas hemisféricas, sobre las cuales se

colocan algunos ladrillos. Pero las tumbas de los grandes mandarines ó de los príncipes son verdaderos monumentos. Una pared, de cinco á seis pies de altura, rodea el sepulcro, cubierto por dos grandes losas rectangulares de mármol, llevando la de encima inscripciones chinas, inscripciones que también aparecen en el interior de las paredes. Enfrente de la puerta con verja, y al otro lado de la tumba, aparece una especie de capillita, cuyo altar está cubierto de vasos, candeleros y amuletos. La custodia y el cuidado de las tumbas están confiados á varios guardas, que viven en las inmediaciones del cementerio.

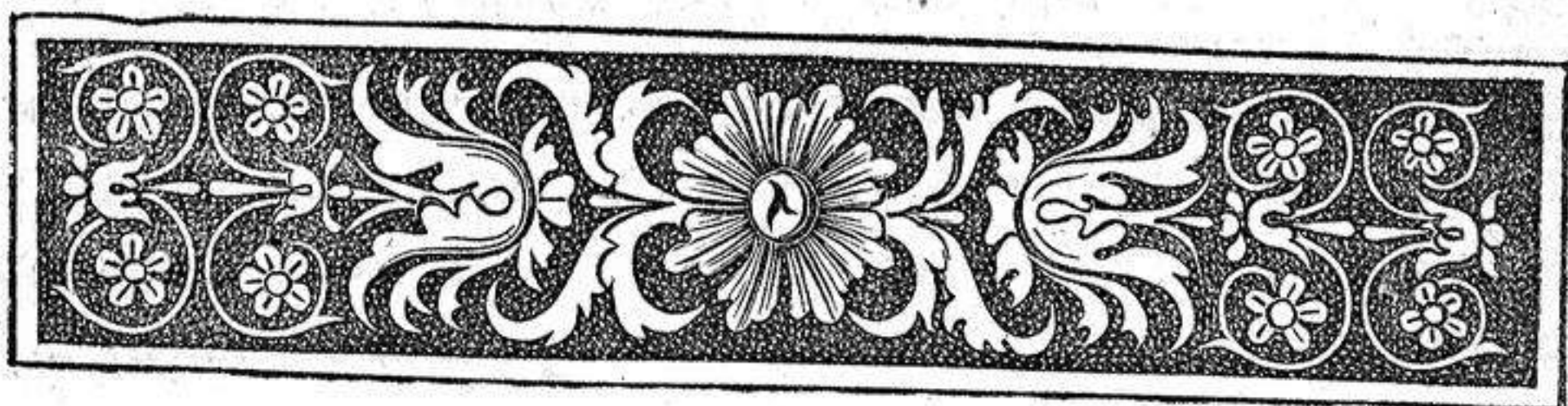
En las sepulturas reales de Van-Nen, se admiran tumbas de granito y mármol, artísticamente talladas y esculpidas, al lado de varias pagodas de dorado techo y de las suntuosas viviendas, donde viven enclaustradas las parientas y las mujeres del último soberano de los annanitas.

Bien claro aparece en el Annam una civilización propia, no tan atrasada como se ha supuesto, civilización que se desarrolla en armonía con el carácter y el clima, y para la que sólo pueden ser obstáculo los elementos occidentales que aspiran á modificar violentamente y de un golpe su existencia, y pueden producir, en vez de adelantos, un retroceso lamentable. Bien puede repetirse que ni los caracteres típicos de los annanitas, ni la instrucción general, ni siquiera las costumbres, acusan un estado de barbarie. Pero, aunque sucediese lo contrario, no hemos visto nunca, en las grandes transformaciones del trascurso de los siglos, que la civilización se infunda de la mejor manera en los pueblos por los medios generalmente puestos en práctica por el conquistador, de vivir imponiendo con mano fuerte sumisión y vasallaje á los conquistados.

CARLOS SOLER ARQUÉS.

(Se concluirá.)





## AL DORSO DEL RETRATO DE C. M.

VESTIDA DE MARINERO

---

### SONETO

¡Vivir es navegar! Céfiro suave  
las ondas riza en la feliz mañana,  
y entre celajes de ópalo y de grana  
caminando hacia el sol marcha la nave.

Pronto con paso perezoso y grave  
el sitio de la luz la sombra gana,  
y cada vez la noche más cercana  
vamos ¿á dónde? Sólo Dios lo sabe.

Marinero gentil, náufrago lloro  
desde que el viento destrozó mi quilla  
y de mi juventud perdí el tesoro.

Faro ninguno ante mis ojos brilla;  
¡échame un cabo de tus trenzas de oro  
y llévame contigo hasta la orilla!

MANUEL DEL PALACIO.

Montevideo, 1885.



## LA ARMADA INVENCIBLE

POR EL CAPITÁN DE NAVÍO

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

de la Real Academia de la Historia

### CONCLUSIÓN (1)

**C**OMO me vieron hablar español y llamar á la Madre de Dios, dijeron ellos también: «Sea con nosotros esa gran Señora.» Entonces aseguréme y lleguéme á ellos, preguntándoles si eran españoles. «Sí somos, por nuestros pecados, que á once nos desnudaron juntos en la marina, y en carnes como estábamos nos venimos á buscar alguna tierra de cristianos, y en el camino nos encontraron una cuadrilla de enemigos y nos mataron los ocho, y los tres que aquí estamos nos metimos huyendo por un bosque tan espeso que no nos pudieron hallar, y esta tarde nos deparó Dios estas chozas aquí, que por descansar nos habemos quedado en ellas aunque no tengan gente ni que comer.» Díjeles, pues, tengan buen ánimo y encomiéndose siempre á nuestro Señor, que cerca de aquí tenemos tierra de amigos y cristianos, que yo traigo lengua de un villaje que está tres ó cuatro leguas de aquí, que es del señor de Ruerque, donde se han recogido muchos de nuestros es-

(1) Véase la pág. 308 de este tomo.

pañoles perdidos, y aunque yo vengo muy mal tratado y herido, mañana caminaremos para allá. Alegráronse los pobres y me preguntaron quién era. Yo les dije que era el capitán Cuéllar; no lo pudieron creer porque me tenían por ahogado, y llegáronse á mí y casi me acabaron de matar con abrazos. El uno dellos era alferez y los otros dos soldados, y porque es el cuento gracioso y verdad, como soy cristiano, lo he de acabar para que V. M. tenga que reir. Metíme entre la paja bien enterrado, con aviso de que no se hiciese destrozo en ella ni se descompusiese de cómo estaba, y dejando concertado de levantarnos de mañana para nuestro viaje, dormimos sin cenar ni haber comido más que moras y berros, y cuando Dios enhorabuena fué de día, yo estaba bien despierto con el gran dolor que tenía en las piernas, oigo hablar y ruido de gente, y estando así llega á la puerta un salvaje con una alabarda en la mano y empezó de mirar su avena y hablar entre sí, y yo quedo sin resollar, y los demás compañeros, que habían despertado, mirando muy atentamente por entre las pajas al salvaje y á lo que quería hacer, que quiso Dios que salió y se fué con otros muchos que con él habían venido á segar y trabajar allí cerca de las chozas, en parte adonde no podíamos salir sin que nos viesen. Estuvimos quedos, enterrados vivos, platicando lo que nos convenía hacer, y fué acordado no desenterrarnos ni movernos de aquel lugar mientras allí estaban aquellos herejes salvajes, que eran del lugar adonde tanto mal habían hecho á los pobres de nuestros españoles que cogieron, y lo mismo hicieran de nosotros si nos sintieran allí donde no había quien nos valiera sino Dios. Pasóse así todo el día, y ya que venía la noche, fuéronse los traidores recogiendo á sus casares, y nosotros aguardamos que saliese la luna, y revueltos con paja y heno, porque hacía grandísimo frío, salimos de aquel peligro tan grande en que estábamos sin aguardar el día. Fuimos atollando y rompiendo la vida con hambre y sed y dolor; fué Dios servido de aportarnos á tierra de alguna seguridad, donde fuimos hallando chozas de mejor gente, aunque todos salvajes, pero cristianos y caritativos, donde viéndome uno que yo venía tan

maltratado y herido, me llevó á su choza, y me curaba él y su mujer y hijos, y no me dejó salir de ella hasta que le pareció que pudiera bien llegar al villaje donde iba; en el cual hallé más de setenta españoles, que todos andaban desnudos y bien maltratados, porque el señor no estaba allí, que había ido á defender una tierra que los ingleses le venían á tomar, y aunque éste es salvaje, es muy buen cristiano y enemigo de herejes, y siempre tiene guerra con ellos. Llámase el señor de Ruerque. Yo aporté á su casa con harto trabajo, cubierto de pajas y rodeado un pedazo de estera por el cuerpo, de suerte que no había quien no se moviese á gran lástima de verme así. Diéronme unos salvajes una mala manta vieja, llena de piojos, con que me cubrí y remedié alguna cosa. Otro día por la mañana nos juntamos hasta veinte españoles en la choza deste señor de Ruerque, para que nos dieran por amor de Dios alguna cosa que comer, y estándolo pidiendo nos dieron nuevas que había una nao de España en la marina, y que era muy grande, y que venía por los españoles que se habían escapado, con la cual nueva, sin más aguardar, partimos todos veinte á la parte donde nos dijeron que estaba la nao, y hallamos muchos estorbos en el camino, aunque para mí fué remedio y merced que Dios me hizo en que yo no llegase al puerto donde estaba, como llegaron los demás que conmigo estaban, los cuales se embarcaron en ella, porque era del Armada y había arribado allí con gran fortuna, y el árbol mayor y la jarcia muy maltratada y con temor que no los quemasen ó hiciesen otro mal los enemigos, que lo procuraban con toda instancia, se hicieron á la vela de ahí á dos días, y con la gente que en ella venía y los demás que se recogieron, tornó á dar al través en la misma costa, se ahogaron más de docientas personas, y los que salieron nadando los tomaron los ingleses y los pasaron todos á cuchillo. Fué Dios servido que yo solo me quedase de los veinte que en su busca íbamos, porque no padeciese como los demás. Bendita sea su santísima misericordia para siempre, por tantas mercedes como me ha hecho. Andando así perdido con harta confusión y trabajo, topé con un camino por do iba un clérigo en hábito seglar, porque así andan los sacerdotes en aquel reino, porque los in-

gleses no los conozcan, y dolióse de mí y hablóme en latín, preguntándome de qué nación era y de los naufragios que había pasado. Dios me dió gracia para que yo le pudiera responder á todo lo que me preguntaba, en la misma lengua latina; satisfizo tanto de mí, que me dió á comer de lo que consigo traía, y me encaminó para que fuese á un castillo que estaba de allí seis leguas, muy fuerte, que estaba un señor salvaje, muy valiente soldado, gran enemigo de la Reina de Inglaterra y de sus cosas, hombre que nunca la ha querido obedecer ni tributar, ateniéndose á su castillo y montañas con que se hace fuerte, y me fuí para allá, pasando en el camino muchos trabajos, y el mayor, y que más pena me daba, fué que un salvaje me topó en el camino y por engaño me llevó á su choza, que la tenía en un valle desierto, y me dijo que allí había de vivir toda mi vida y me mostraría su oficio, que era ser herrero. Yo no le supe responder ni me atreví, porque no me metiese en la fragua, antes le mostré alegre rostro y empecé á trabajar con mis fuelles más de ocho días, de lo cual se holgaba el malvado herrero salvaje, porque lo hacía yo con cuidado por no disgustarle, y á una maldita vieja que tenía por mujer. Yo me veía atribulado y triste con tan mal ejercicio, sino cuando Nuestro Señor me remedió en tornar á traer por allí al clérigo, que se espantó de verme, porque aquel salvaje no me quiso dejar pasar por servirse de mí. Riñóle el clérigo muy mal y me dijo no tuviese pena, que él hablaría al señor del castillo para donde me había encaminado, y le haría que enviase por mí, como lo hizo el día siguiente, que envió cuatro hombres de los salvajes que le servían y un soldado español, que ya tenía diez consigo de los que se habían escapado nadando, y como me vió tan desnudo y cubierto de pajas, él y todos los que con él estaban se dolieron harto, y aun sus mujeres lloraban de verme así tan mal tratado. Repararonme allí lo mejor que pudieron con una manta á su usanza, donde me estuve tres meses hecho propio salvaje como ellos. La mujer de mi amo era muy hermosa por todo extremo y me hacía mucho bien, y un día estábamos sentados al sol ella y otras sus amigas y parientas; preguntábanme de las cosas de España y de otras partes, y al fin me

vinieron á decir que les mirase las manos y les dijese su ventura; yo, dando gracias á Dios, pues ya no me faltaba más que ser gitano entre los salvajes, comencé á mirar la mano de cada una y á decirles cien mil disparates, con lo cual tomaban tan grande placer, que no había otro mejor español que yo, ni que más valiese con ellos, y de noche y de día me perseguían hombres y mujeres para que les dijese la buenaventura; de suerte que yo me veía en grande aprieto, tanto que me fué forzado pedir licencia á mi amo para irme de su castillo. No me la quiso dar, mandó que nadie me enojase ni diese pesadumbre. Su propiedad destos salvajes es vivir como brutos en las montañas, que las hay muy ásperas en aquella parte de Irlanda donde nos perdimos. Viven en chozas hechas de pajas; son todos hombres corpulentos y de lindas facciones y miembros; sueltos como corzos; no comen más de una vez al día, y esa ha de ser de noche, y lo que ordinariamente comen es manteca con pan de avena; beben leche aceda por no tener otra bebida; no beben agua, siendo la mejor del mundo. Las fiestas comen alguna carne medio cocida, sin pan ni sal, que es su usanza ésta. Vístense como ellos son, con calzas justas y sayos cortos de pelotes muy gruesos; cúbrense con mantas y traen el cabello hasta los ojos. Son grandes caminadores y sufridores de trabajos; tienen continuamente guerra con los ingleses que allí hay de guarnición por la Reina, de los cuales se defienden y no los dejan entrar en sus tierras, que todas son anegadas y empananadas; se van toda aquella parte más de cuarenta leguas de largo y ancho; su mayor inclinación destos es ser ladrones y robarse los unos á los otros, de suerte que no pasa día sin que se toque al arma entre ellos, porque sabiendo los de aquel casar que en éste hay ganados ú otra cosa, luego vienen de mano armada de noche y anda Santiago y se matan los unos á los otros, y sabiendo los ingleses de los presidios quién ha recogido y robado más ganados, luego vienen sobre ellos á quitárselos y no tienen otro remedio sino retirarse á las montañas con sus mujeres y ganados, que no tienen otra hacienda ni más menaje ni ropa. Duermen en el suelo, sobre juncos acabados de cortar y llenos de

agua y hielo. Las más de las mujeres son muy hermosas, pero mal compuestas; no visten más de la camisa y una manta, con que se cubren, y un paño de lienzo muy doblado sobre la cabeza, atado por la frente. Son grandes trabajadoras y caseras, á su modo; nómbranse cristianos esta gente; dícese misa entre ellos; rígense por la orden de la Iglesia romana; casi todas las más de sus iglesias, monasterios y ermitas, están derribadas por manos de los ingleses que hay de guarnición y de los de la tierra que á ellos se han juntado, que son tan malos como ellos, y en resolución, en este reino no hay justicia ni razón, y así hace cada uno lo que quiere. A nosotros nos querían bien estos salvajes, porque supieron que veníamos contra los herejes y que éramos tan grandes enemigos suyos, y si no fuera por ellos, que nos guardaban como sus mismas personas, ninguno quedara de nosotros vivo; teníamoslos buena voluntad por esto, aunque ellos fueron los primeros que nos robaron y desnudaron en carnes á los que vinimos vivos á tierra, de los cuales y de las trece naos de nuestra Armada, donde tanta gente principal venía, que toda se ahogó, hubieron estos salvajes mucha riqueza de joyas y dineros. Llegó la palabra desto al gran gobernador de la Reina que estaba en la villa de Dililín (1), y caminó luego con mil y setecientos soldados en busca de las naos perdidas y de la gente que había escapado, que serían pocos menos de mil hombres, que sin armas y desnudos andaban en tierra por las partes donde cada nao se había perdido, y á los más dellos cogió este gobernador y luego los ahorcaron, y hacía otras justicias, y á los que sabía que nos amparaban, ponía en prisión y los hacía todo el mal que podía, de suerte que prendió tres ó cuatro señores salvajes que tenían castillos y en ellos habían recogido algunos españoles, á los cuales unos y otros tomó en prisión y caminó con ellos por todas las marinas hasta llegar á la parte donde yo me perdí, y de allí caminó la vuelta del castillo de Manglana, que así se llamaba el salvaje con quien yo estaba, el cual fué siempre gran enemigo de la Reina, y nunca amó cosa suya ni la quiso

---

(1) Dublín.

obedecer, por lo que deseaba mucho tomarle en prisión, y visto este salvaje el grande poder que contra él venía, y que no tenía resistencia, determinó huir á las montañas, que es todo su remedio á más no poder. Los españoles que con él estábamos ya teníamos nueva del mal que nos venía y no sabíamos qué hacer ni dónde nos guardar, y un domingo después de misa nos apartó el señor melena hasta los ojos, y ardiendo en cólera dijo cómo no podía esperar y que se determinaba huir con todo su pueblo y ganados y familias; que mirásemos lo que queríamos hacer para remediar nuestras vidas. Yo le respondí que se sosegase un poco, que pronto le daríamos respuesta. Apartéme con los ocho españoles que conmigo estaban, que eran buenos mozos, y díjeles que bien vían todos los trabajos pasados, el que nos venía y que para no vernos en más era mejor acabar de una vez honradamente, y pues teníamos buena ocasión, no había que aguardar más ni andar huyendo por montañas y bosques desnudos, descalzos y con tan grandes fríos como hacía, y pues el salvaje sentía tanto desmamparar su castillo, alegremente nos metiésemos los nueve españoles que allí estábamos, en él, y le defendiésemos hasta morir, lo cual podíamos hacer muy bien, aunque viniesen otros dos tantos poder más del que venía, porque el castillo es fortísimo y muy malo de ganar como no le batan con artillería, porque está fundado en un lago de agua muy profundo que tiene más de una legua de ancho por algunas partes, y de largo tres ó cuatro leguas, y tiene desaguadero á la mar, y aunque se acrecienta de aguas vivas no puede entrar en él, por lo cual no se puede ganar este castillo por agua, ni por la banda de tierra que está más cerca de él, tampoco se le puede hacer daño, porque una legua alrededor de la villa, que es poblada en tierra firme, es pantano hasta los pechos, que aun la gente no puede venir á ella si no es por veredas, pues bien considerado todo esto, nos determinamos decir al salvaje que le queríamos guardar el castillo y defenderle hasta morir; que hiciese con mucha diligencia meter dentro bastimentos para seis meses y algunas armas, de lo cual se alegró tanto el señor, y de ver nuestro ánimo, que no tardó mucho



en proveerlo todo con la voluntad de los principales de su villa, de que fueron contentos todos, y para asegurarse de que no le haríamos falsedad, nos hizo hacer juramento de que no desmampararíamos su castillo ni se daría al enemigo por ningún pacto ni conveniencia, aunque pereciésemos de hambre, ni se abrirían las puertas para que entrase dentro ningún irlandés ni español ni otra persona, hasta que el mismo señor tornase á él, como se cumpliría sin duda, y después de bien preparado lo necesario, nos metimós en el castillo con los ornamentos y aderezos de la iglesia, y algunas reliquias que había, y metimos tres ó cuatro barcadas de piedra dentro y seis mosquetes y otros seis arcabuces y otras armas, y abrazándonos, el señor se retiró á la montaña, donde ya era ida toda su gente, y luego pasó la palabra por toda la tierra cómo el castillo de Manglana estaba puesto en defensa y en no darse al enemigo, porque le guardaba un capitán español con otros españoles que dentro dél estaban. Á toda la tierra pareció bien nuestro coraje y el enemigo se indignó mucho desto, y vino sobre el castillo con todo su poder, que eran cerca de mil y ochocientos hombres, y hizo alto á milla y media dél, sin poderse acercar más por el agua que había de por medio, y desde allí ponía algunos miedos, y ahorcó dos españoles y hacía otros daños para ponernos temor. Pidiéndonos muchas veces por un trompeta que le dejásemos el castillo y que nos haría merced de la vida y daría paso para España. [¿Dijámosle?] que se llegase á la torre, que no le entendíamos, mostrando siempre hacer poco caso de sus amenazas y palabras. Diez y siete días nos tuvo sitiados: nuestro Señor fué servido ayudarnos y librar-nos de aquel enemigo con malos temporales y grandes nieves, que sobrevinieron de tal suerte, que le fué forzoso levantarse con su gente y caminar la vuelta de Duplín, donde tenía su asiento y presidios, y desde allí nos envió amenazar que nos guardásemos de sus manos y no venir á su poder, y que él daría la vuelta en buen tiempo por aquella tierra. Respondimosle muy á nuestro gusto y de nuestro castellano, el cual luego que tuvo nueva que el inglés era retirado, se volvió á su villa y castillo y se aquietó y sosegó por entonces

haciéndonos mucho regalo; nos confirmó muy de veras por muy leales amigos, ofreciéndonos cuanto era suyo para que nos sirviésemos dello, y los principales de las tierras ni más ni menos: á mí daba una hermana suya para que me casase con ella: yo se lo agradecí mucho y me contentaba con una guía para que me guiase á parte donde yo encontrase embarcación para Escocia. No me quería dar licencia á mí ni á ningún español de los que allí estábamos con él, diciendo no estaban seguros los caminos, y todo su fin era detenernos para que estuviéramos á su guardia: no me pareció á mí bien tanta amistad, y así me determiné secretamente con cuatro de los soldados que estaban en mi compañía de irnos una mañana dos horas antes que amaneciese, porque no nos saliesen al camino, y también porque un día antes me había dicho un muchacho de Manglana que su padre había dicho no me había de dejar ir de su castillo hasta que el Rey de España enviase á aquella tierra soldados; y que me quería hacer poner en prisión porque no me fuese, y con esta nueva me atavié lo mejor que pude y tomé el camino con los cuatro soldados una mañana, diez días después de Navidad, el año de 88, y fuí caminando por montañas y partes despobladas con harto trabajo, como Dios lo sabe, y al cabo de veinte días que caminaba vine á parar á unas tierras donde se perdieron Alonso de Leyva y el Conde de Paredes y D. Tomás de Granvela y otros muchos caballeros, que sería menester una mano de papel para dar cuenta dellos, y allí anduve por las chozas de algunos salvajes que allí había, que me contaron lástimas grandes de las gentes nuestras que allí se ahogaron, y me mostraban muchas preseas y cosas ricas de ellos, de lo que yo recibía grande pena y mayor de que no hallaría en que me poder embarcar para ir al reino de Escocia, hasta que un día me dieron noticia de una tierra de un salvaje, que se llamaba el Príncipe Ocán, en la cual había unas charruas que estaban de camino para Escocia, y caminé para allá arrastrando, que no podía menearme por una herida que tenía en una pierna, y como me iba la salvación, puse todo el que tuve en andar, y por presto que llegué, había dos días que eran partidas las charruas, que no fué para

mí poca tristeza, porque estaba en muy ruin tierra y de enemigos, porque había muchos ingleses alojados en este puerto y cada día venían á estar con el Ocán. Á este tiempo me cargó gran dolor en la pierna, de suerte que en ninguna manera me podía tener sobre ella, y avisáronme que me guardase, que había muchos ingleses allí y me harían grande mal si me cogían, como habían hecho á otros españoles, y especialmente si sabían quién yo era. Yo no sabía qué me hacer, porque ya me habían dejado los soldados que venían conmigo y se habían ido á otro puerto más adelante á buscar embarcación, y como me vian solo y enfermo, unas mujeres se dolieron de mí y me llevaron á unas casinas que tenían en la montaña, y allí me tuvieron más de mes y medio muy guardado y me curaron de suerte que se me cerró la herida, y yo me ví en buena disposición para venir al casar de Ocán y hablarle, y no me quiso oír ni ver, porque decían que había dado la palabra al gran gobernador de la Reina de no tener en su tierra ningún español ni dejarle andar en ella. En esto los ingleses que estaban alojados habían caminado para entrar en una tierra y tomarla y había ido con ellos el Ocán y toda su gente de guerra, de suerte que se podía andar libremente en la villa, que era de casas pajizas, y allí había unas mozas muy hermosas, con las cuales yo tenía mucha amistad, y entraba en sus casas algunos ratos á conversación y hablar, sino cuando una tarde estando yo allá entran dos mancebos ingleses, que el uno era sargento y tenía noticia de mí por el nombre, mas no me había visto, y como se hubieron sentado, me preguntaron si yo era español y qué hacía allí; yo les dije que sí y que era de los soldados de D. Alonso de Luçón que había rendídose los días pasados á ellos, y que por estar malo de una pierna. no me había podido ir de aquella tierra, que allí estaba para los servir y hacer lo que me quisieren mandar. Dijéronme que los esperase un poco, que me había de ir con ellos á la villa de Dublín donde había muchos españoles principales en prisión: yo dije que no podía caminar ni ir con ellos, y enviaron á buscar un caballo para llevarme: yo les dije que era muy contento de hacer su gusto y ir con ellos: con esto se aseguraron y empezaron á re-

tozar con las mozas. Su madre de ellas me hizo señas que me saliese por la puerta, y lo hice con mucha presteza, y fuí saltando barrancos y me metí por unos zarzales muy espesos y anduve por ellos hasta perderse de vista el castillo del Ocán, y seguí ese camino hasta que quería anochecer, que me llevó á una laguna muy grande, y á la orilla della vi andar ganado de vacas, á las cuales me fuí acercando para ver si había alguna persona que me dijese donde estaba, sino cuando veo venir dos mozos salvajes que venían á recoger sus vacas y llevarlas á lo alto de la montaña, donde estaban recogidos ellos y sus padres con temor de los ingleses, y allí me estuve con ellos dos días, que me hicieron harta cortesía, y fué necesario ir el uno destos mozos á la villa del príncipe Ocán á ver qué nuevas ó qué rumor había, y vió allí los dos ingleses que andaban rabiando en mi busca, que ya les habían dado noticia de mí y no pasaba persona á quien no preguntasen si me habían visto. El mozo fué tan buen hombre que en sabiendo esto se volvió para su choza y me avisó de lo que pasaba, de suerte que me fué forzado salir de allí muy de mañana y caminar en busca de un Obispo que estaba siete leguas de allí en un castillo donde le tenían ahuyentado y retirado los ingleses, el cual Obispo era muy buen cristiano; andaba en hábito de salvaje por ser encubierto, y prometió á V. m. que no pude tener las lágrimas cuando llegué á él á besarle la mano: tenía doce españoles consigo para los hacer pasar en Escocia, y con mi venida se holgó mucho, y más cuando le dijeron los soldados que yo era capitán: hizome seis días que estuve con él toda cortesía que pudo y mandó que viniese una barca con todos aderezos para que nos pasase á Escocia, que en dos días se va ordinariamente: diónos bastimentos para la mar y díjonos misa en el castillo y habló conmigo en algunas cosas tocantes á la pérdida del reino y como la Magestad les asistía, y que él había de venir á España lo más presto que pudiese en desembarcándome en Escocia donde me avisó viviese con mucha paciencia, pues todos en general eran luteranos y muy pocos católicos. Llámase el Obispo D. Reimundo Termi (?) Obispo de Times (?), honrado y justo hombre: Dios lo tenga

de su mano y le libre de sus enemigos. Aquel mismo día á la que amanecía me fuí á la mar en una pobre barca en la que íbamos diez y ocho personas, y el mismo día nos dió viento contrario y nos fué forzoso ir corriendo en popa, á Dios misericordia, la vuelta de Setelanda, donde amanecimos sobre la tierra, la barca casi anegada y rota la vela mayor. Salimos en tierra á dar gracias á Dios por las mercedes que nos había hecho en aportarnos allí con la vida, y de ahí á dos días con buen tiempo partimos la vuelta de Escocia, donde llegamos en tres días, no sin peligro por la mucha agua que la triste barca hacía, bendito sea Dios que nos sacó de tantos trabajos y tan grandes y me trujo á tierra donde puede ser halle más remedio; que allí decían que acogía el Rey de Escocia á todos los españoles que á su reino aportaban, vestía y daba embarcación para que se fuesen á España, y todo era al revés, pues no hizo bien á ninguno ni dió un real de limosna, pasando la mayor necesidad los que á aquel reino vinimos, en el que estuvimos más de seis meses desnudos, así como nos vinimos de Irlanda y de otras partes que allí acudían á buscar su remedio y viaje para España, antes creo que estaba muy persuadido por parte de la Reina de Inglaterra para que nos entregase á ella, y si no acudieran los Señores y Condes Católicos de aquel reino, que los hay muchos y muy grandes caballeros, á favorecernos y hablar por nosotros al Rey y en los Consejos que sobre esto se hicieron, sin duda fuéramos vendidos y entregados á los ingleses, porque el Rey de Escocia no es nada ni tiene autoridad ni talle (?) de Rey y no se mueve un paso ni come un bocado que no sea por orden de la Reina, y así hay grandes disensiones entre los señores y no le tienen buena voluntad y desean verle acabado y la majestad del Rey nuestro señor en él y que ponga en pie la Iglesia de Dios que tan destruida allí está, y esto nos decían ellos muchas veces casi llorando, que cuándo había de ser el día que lo verían, que esperaban en Dios que sería presto, y como digo, estos señores nos sustentaron todo el tiempo que allí estuvimos y nos dieron muchas limosnas y hicieron mucho bien, doliéndose de nuestros trabajos con mucha tristeza, rogándonos hubiésemos pacien-

cia y buen sufrimiento con el pueblo que nos llamaba idólatras y malos cristianos y nos decían mil herejías, y si alguno respondía algo, cargaban sobre él á matallo y no podía vivir ni estar en tan mal reino y con tan mal Rey... (1) se envió un expreso al Sr. Duque de Parma... de los cuales se dolió Su Alteza como piadoso Príncipe, y con gran diligencia procuró nuestro remedio... al Rey para que nos dejase salir libres de su reino, y á los católicos y amigos grande agradecimiento de parte de S. M., con cartas suyas muy amistosas. Estaba un mercader escocés en Flandes que se ofreció y convino con S. A. que vendría á Escocia por nosotros y nos embarcaría en cuatro bajeles con los bastimentos que fuere menester y que nos traería á Flandes, dándole S. A. á cinco ducados por cada español de los que trujese á Flandes. Fué hecho con él el concierto y fué por nosotros, y sin armas y desnudos como nos halló nos embarcó y trujo por los puertos de la Reina de Inglaterra, los cuales nos aseguraron el paso de todas las armadas y navíos de su reino, todo falso, porque tenían hecho el trato con los navíos de Olanda y Gelanda para que saliesen á la mar y nos aguardasen en la misma barra de Dunquerque y allí nos pasasen á cuchillo sin que quedara uno, lo que los holandeses hicieron según que les fué mandado, que nos estuviesen aguardando mes y medio en el dicho puerto de Dunquerque, y allí si Dios no nos remediara á todos nos cogían. Quiso Dios que de cuatro bajeles en que veníamos, se escaparon los dos y embistieron en tierra donde se rompieron é hicieron pedazos, y el enemigo viendo el remedio que tomábamos, nos dió una buena carga de artillería, de suerte que nos fué forzoso echarnos á nado y pensamos acabar allí. Del Puerto de Dunquerque no nos podían socorrer con las barcas, pues el enemigo las cañoneaba vivamente; por otra parte había mucha mar y viento, de suerte que nos vimos en grandísimo aprieto de perdernos todos; con todo nos echamos á nado sobre maderos y ahogáronse algunos soldados y un capitán escocés. Yo salí en tierra en camisa sin otro género de ropa

---

(1) Roto é ilegible.

y me vinieron á socorrer unos soldados de Medina (?) que allí estaban. Fué lástima vernos entrar en la villa otra vez desnudos en carnes y por otra parte veíamos como á nuestros ojos estaban haciendo mil pedazos los holandeses á 270 españoles que venían en la nao que allí en Dunquerque nos tomaron sin que dejasen con vida á más de tres, lo cual ya ellos van pagando, pues han degollado más de 400 holandeses que han cogido después acá. Esto he querido escribir á V. m. De la villa de Anveres, 4 de octubre de 1589 años. —Francisco de Cuéllar.— (*Academia de la Hist., Colec. Salazar, núm. 7, fol. 58.*)

No ceden en importancia histórica al anterior todos los demás documentos que aparecen en esta obra, y al exhumarlos el Sr. Fernández Duro ha prestado un nuevo servicio, que le hace una vez más acreedor al aplauso de los amantes de esta clase de trabajos, pues en el que nos ocupa han de encontrar una brillante y exacta descripción, rica en detalles, sin que la abundancia de éstos distraiga el profundo interés con que nos hace seguir el autor todas las vicisitudes de tan atrevida como desastrosa empresa.





¡Quién no canta la luz hermosa mía,  
de mi luz brotó una poesía,  
y al punto que tus ojos me han mirado

VICTOR SUAREZ CATALA

## MADRIGALES

---

### Á PIEDAD

¿Por qué Piedad te llamas, si no tienes  
piedad del que te mira;  
si tirana prodigas tus desdenes  
á quien loco de amor por ti suspira?

O llámate Cruel, Piedad hermosa,  
ó sé con el que te ama más piadosa.

---

### Á X.....

—Me haces pecar...

—¿Por qué?

—Porque he jurado

no volver á ocuparme en poesía,  
y al punto que tus ojos me han mirado  
el corazón al labio un verso envía.





Ví tus ojos, y al punto entusiasmado  
de mi lira brotó una poesía.

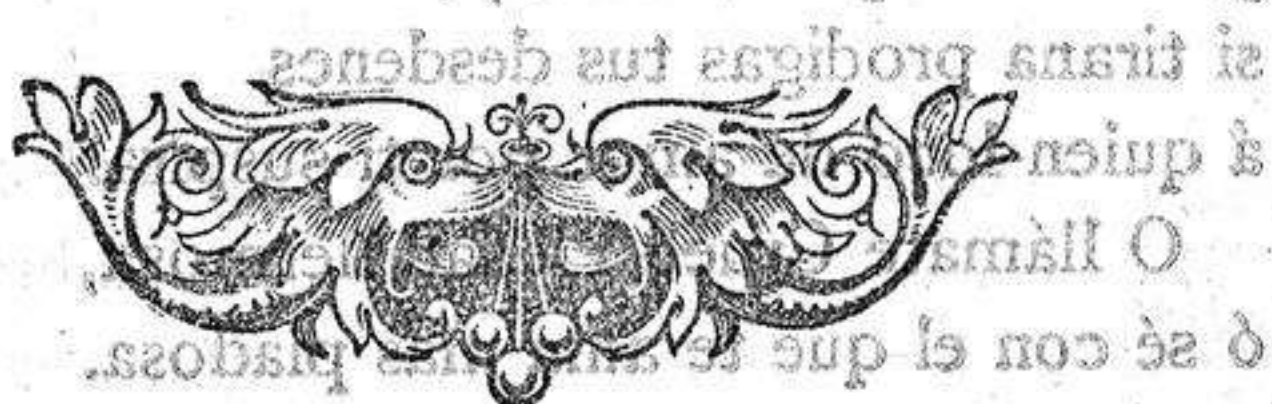
¡Quién no canta la luz, hermosa mía!

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.

MADRIGALES

A PIEDAD

¡Por qué Piedad te llamas, si no tienes  
Piedad del que te mira;



A X....

—Me haces pecar...

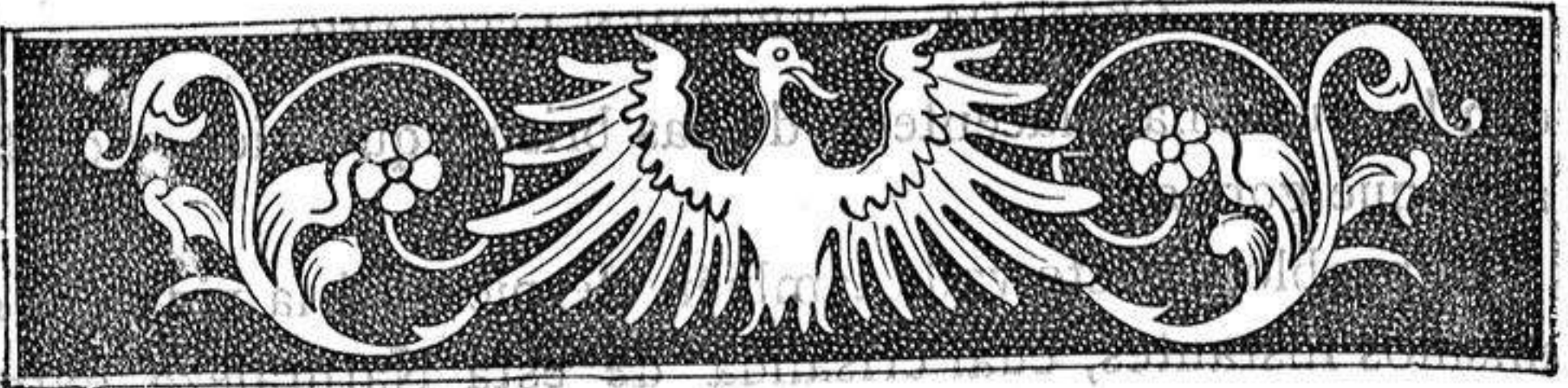
—¡Por qué?

—Porque he jurado

no volver a ocuparme en poesía,

y al punto que tus ojos me han mirado

el corazón al labio un verso envía.



## GRANADA

### SUS FESTIVIDADES.—EL ATENEO.—CERTAMEN LITERARIO



L *Corpus* constituye la gran celebridad de Granada. Coinciden en su época las brillantes manifestaciones de una vegetación variada y rica, que por tan famosa, renuncio á aumentar el número de sus descripciones. Las montañas de nieve que rodean sus valles, heridas por el sol, se convierten en caudal inmenso de cristalinas aguas, que ponen en movimiento sus ríos y llevan por todas partes el murmullo de la nueva estación en fértiles corrientes. Los vientos que generan las cumbres de la blanca sierra en la región de las nubes, cambian su carácter glacial y arrastran en sus ondas invisibles el conjunto de esencias que respiran los montes ya floridos, y mezclados en los aromas que cultivan las vegas, producen el ambiente suave y encantador con ese tono indefinible que caracteriza el temperamento andaluz. Todo es luz y vida, todo es inspiración en estos días en que la Naturaleza trueca sus elementos, se viste de colores, anima sus movimientos, canta sus propias bellezas con la elocuencia artística de su silencio y

con la armonía placentera de las brisas que ríen y de las aves que gorjean.

El pueblo de este valle también despierta á la vida en los mismos instantes, cual crisálida de esta Naturaleza extrema, reflejando su sociedad igual estilo de transformación; algo de las costumbres arabescas, eslabonadas al contacto de la última generación mahometana que dominó este suelo, y cuya herencia en la estrecha calle, en la morada escondida, en la clausura familiar, conserva la exigencia del clima; algo también de las antiguas usanzas castellanas importadas por la reconquista á esta región que ha vivido siempre de sí propia perpetuando su aislamiento, la ha mantenido alejado relativamente de las tendencias modernas de exhibición y vida pública. Así es, que el viajero que concurre á Granada, no puede formar juicio de la parte escondida de su pueblo, que sólo realiza su acto de ostentación unánime en las festividades de estos días. Es desconocido en lo demás del año el inmenso tesoro de gentiles figuras que llenan los ámbitos de este carmen fantástico, que representa para el admirado transeunte un torneo de mujeres hermosas, donde no son posible los jueces por la superioridad del mérito, y donde los curiosos anhelos tienen que rendirse, porque siempre hay un *más allá*.

La plaza de Bibarrambla, engalanada con el tradicional museo de crítica anual; la estación procesional con sus diversas vestiduras; la feria de ganados, teatros, lides taurinas; los salones de la alameda coronados por gigantescas guirnaldas, de luminares de colores que alumbran la velada y los bailes, los jardines, guarnecidos de tantos hilos de farolillos venecianos como líneas encierran sus festones, sus arcos y sus fuentes; el palacio de Carlos V, convertido en congreso de plantas y salón de conciertos clásicos, tan distinguidos en este año por la compañía que dirige el maestro Arche; la Alhambra, iluminada como en los tiempos de su corte; y todo este cuadro magnífico, de temporada deliciosa, tiene su término en un noble acontecimiento, una reunión majestuosa y solemne de las clases cultas, convocadas por el Ateneo granadino en el gran teatro de Isabel la Católica para celebrar

la velada literaria y distribución de premios del certamen, que en el año presente ha llevado el título de segunda Hibernica.

Los pueblos andaluces principalmente, llamados á partici-

par de aquel carácter por temerario, y porque en ellos tuvo corte la civilización árabe recogida desde la Persia al alto Egipto, y desde Alejandria á Cartago, se impregnó en el

El Ateneo de Granada es una institución ilustre, que goza el privilegio de un nombre, enaltecido por los genios literarios de este suelo, que dieron días de gloria á las letras patrias. Es el heredero natural á quien correspondió recoger los timbres solariegos de los Martínez de la Rosa, Moreno Nieto, Alarcón, Salvador, Castro y Serrano, Fernández y González, Fernández-Guerra y otros, para continuar el culto á las ciencias y las artes, manteniendo la tradición de la antigua Hiberis, y abriendo á las corrientes del progreso intelectual el nuevo palenque de sus empresas y de sus triunfos.

En la revolución literaria, que es la misma revolución social que se opera con más ó menos ruido, irremisiblemente, y con mayor efecto en las clases que viven al calor de los conocimientos científicos, han tenido que sentirse una importante decadencia, que no se explica por un atraso, sino que siendo propia de todo orden reconstitutivo, acusa más bien, á mi sentir, la necesidad de nuevos senderos ante la realidad de nuevos horizontes.

Por más que sea sensible confesarlo, no estimo esta decadencia, especialmente poética, de un modo desfavorable: el clasicismo griego y latino, fundado en nuestra patria con el idioma de los conquistadores romanos, aunque participaba en su origen del gusto árabe comunicado por las antiguas moallakas en la expresión de sus símiles y figuras, era nacido en la inspiración mitológica, y encerraba por tanto un gran sentido filosófico en el fondo; pero una forma siempre fugitiva de la verdad. La poesía árabe, por el contrario, realista y naturalista de las pasiones, que cantaba el entusiasmo é individualizaba la acción del vate guerrero y amador, halló eco

repetido en el pueblo ibero, dibujándose desde entonces las dos tendencias, y al imponerle su dominio, las dos escuelas, monumentos de cantos heroicos, que habían de convertirse andando el tiempo en el romanticismo español.

Los pueblos andaluces principalmente, llamados á participar de aquel carácter por temperamento, y porque en ellos tuvo corte la civilización árabe recogida desde la Persia al alto Egipto, y desde Alejandría á Cartago, se impregnó en el gusto de ese género poético; y razón tendrá la región granadina para haber conservado su estilo y cultivado sus armonías, siquiera se recuerde que la última dinastía que conservó este suelo, fundada por Alahmar el Magnífico, fué la más ilustre de la dominación musulmana, con los restos dispersos del Califato de Córdoba, y con auxiliares tan honrosos como Hakena, Sehausedein, Ben Hayan, Abuc Abhalla, y el más eminente de los nazaristas, Júsuf.

El progreso es ley absoluta de la humanidad: el buen gusto funda la mejor escuela; pero su perpetuidad la esteriliza, y llega el día en que la evolución indispensable marca un período de transición, y que es, en efecto, de decadencia; en tanto no se dirige el vuelo hacia la meta á que el destino de cada época con superior instinto manda encaminar las aspiraciones del vate, que representa en todos tiempos el ideal del porvenir.

La mezcla de esos gustos poéticos, refundida en la poesía nacional desde nuestro siglo de oro, y mejorado, si cabe, por la forma en el presente, llega á nuestros días: he aquí la razón de esa decadencia de que tanto se lamentan nuestros entendidos maestros; no se ofrece novedad, falta inspiración, se repite lo que otro ha dicho, en distintos tonos; esta es la constante queja de los jurados; este es el desierto de los certámenes y á la vez la frialdad con que suelen otorgarse algunos premios. Porque la mayor parte de aquellas ideas que aceptábamos hace treinta años, han perdido prestigio; las figuras exageradas se llaman hoy absurdos; lo romántico es temerario ó inmoral, etc., etc.

No cabe entusiasmo fuera de la aspiración legítima de una época. Castelar en su discurso de recepción en la Academia

significaba esta revolución de carácter filosófico y decía: Nuevos y más dilatados horizontes se abren al genio en la poesía del trabajo, que es la poesía del porvenir.

III

En la noche del 13 del mes actual, la más escogida concurrencia llenaba por completo el teatro de Isabel la Católica. Las autoridades, la nobleza, las corporaciones, las sociedades, las facultades, el comercio, todo lo más selecto, y entre todo, la flor y nata de la elegancia granadina, que diré de paso es tan notable, que no he visto en parte alguna el continente distinguido de estas damas, cuya especialidad de tipo no consiente que se confundan aquí las clases, sean cualesquiera los atavíos.

En el centro y principio del escenario, se alzaba el trono rodeado de flores para la reina de la fiesta; á cada uno de sus lados, la junta del Ateneo iniciadora del certamen y la del jurado. Detrás, la banda militar encargada de dar animación.

De los cuatro premios ofrecidos, se habían designado sólo dos en buen otorgamiento: el del romance libre, regalo del Excmo. Sr. Ministro de Fomento, á la composición del señor Blanco García, de Murcia; y el de D. José María Jáudenes, Gobernador de ésta, que falleció hace poco, á D. Eloy Señau Alonso, por su trabajo en prosa, *Hurtado de Mendoza, su vida, sus obras*.

Después de un bien escrito discurso del presidente del jurado, catedrático de metafísica, D. José España, tomó asiento en el trono, precedido de sus pajes y con las solemnidades de rito, una beldad severa de rostro griego y aire castellano, cuerpo gentil, esbelto, sencilla y grave, cuya belleza inspira más atención que otra cosa, por el contraste que forma su juventud con su respeto. Esta era la señorita D.<sup>a</sup> Angustias Pérez del Pulgar, hija de D. Cristóbal, cuyo apellido

bastaba al homenaje aunque no tuviera por dote tan especiales prendas, porque el título de Pulgar es el poema de la reconquista que conserva intacto en el corazón de este pueblo el recuerdo de proezas caballerescas. Por unas y otras causas dicho se está que se sintieron atraídos á la institución los menos monárquicos, y que la Srta. Angustias reinó en fueros de merecimiento y en imperios de voluntad sobre tan numerosa república.

El vicepresidente del Ateneo, Sr. Pérez Robles, leyó, en representación del autor ausente, el romance premiado: *Pasión y venganza*, que es de carácter y entonación gallarda. El señor Señau dió á conocer su trabajo con algunos párrafos, en los que demostró que pertenece á la buena escuela que cultiva filosofía y letras en esta Universidad. Se recogieron los premios al pie del agradable solio, y el presidente del Ateneo, catedrático de psicología, D. Antonio López Muñoz, se levantó para dar las gracias al público y coronar la fiesta pronunciando una de las grandilocuentes improvisaciones que arrebatan á toda clase de auditorios, que les son tan habituales, y que sin intención, por su parte, dan á cada certamen el verdadero interés de novedad que hace cotizar siempre á un precio de favor exagerado la más insignificante localidad en esta clase de funciones.

El don de la palabra, esmaltado por una imaginación brillante y un juicio profundo, hacen brotar de los labios del Sr. López Muñoz esos modelos fotográficos del pensamiento discreto y elevado, que me obligan á trasladar siquiera tres de ellos, por el interés que enlazan con el asunto.

Para completar el exordio en que expresaba su agradecimiento, decía:

«Y no es porque falten aquí motivos de inspiración. Antes bien, los hay muy poderosos en el hecho de haber acudido á honrar con vuestra presencia esta fiesta literaria, vosotros los que cultiváis la ciencia que ilumina el espíritu y ensancha los horizontes de la vida; vosotros los que profesáis el arte que es santo calor del alma y prenda de regeneración para los pueblos; vosotros los que representáis la industria y el comercio, en cuyos brazos se levanta el progreso ennoble-

cido con la augusta idea de la fraternidad de los hombres; vosotros los que ejercéis autoridad, nunca mejor empleada ni más alta que cuando se dedica á amparar nobles empeños. Sí, hay aquí motivos de inspiración con vuestra presencia; y también los hay fecundísimos con la presencia de vosotras, hermosas damas granadinas, que formáis un ambiente de aromas y de luz, porque sois vivo compendio de los tesoros que guarda esta tierra de bendición, donde las flores tienen más aromas y el sol más resplandores, y más halagos las brisas; los hay en esos acentos literarios, cuyos ecos acaban de extinguirse para los oídos, pero que son para el alma inextinguibles; los hay, en fin, reuniéndolos y embelleciéndolos todos, en ese trono que simboliza todos los atractivos, todos los primores, todas las delicadezas del rostro y del espíritu; las hay en ese trono y bajo ese dosel donde se sienta la Reina de la fiesta, que es dos veces soberana, porque impera á la vez en la tierra de la hermosura y en el mundo de la virtud; los hay en ese trono donde se sienta la Reina de la fiesta, cuya majestad es indiscutida y poderosa; porque el aplauso ferviente con que la habéis saludado, la aclamación unánime con que la habéis recibido, la espontaneidad con que le habéis rendido vasallaje, revela bien á las claras que es una Reina que cuenta en absoluto con el entusiasmo y con el amor de sus vasallos.»

Después, entrando en la tesis del discurso, afirma que estos certámenes son un motivo de pláceme nacional, porque mantienen vivo el fuego de la inspiración patria. Con este motivo expone su concepto de nación, en el que no se sabe qué admirar más, si la profundidad de la idea ó la magia del estilo, y continúa:

«La poesía ha de ser nacional, eminentemente nacional, de tal manera, que la obra que no tenga el sello nacional, aunque brote de la pluma de un genio, pasará como ráfaga que refresca un instante nuestra cabeza, y en seguida se pierde, como nota que halaga un instante nuestros oídos y en seguida se apaga. Tan necesario es este principio, tan inflexible es esta verdad, que se cumple, no sólo en las obras que tienen asuntos puramente nacionales, sino también en aque-



llas otras que entrañan ideas, intereses y afectos de la humanidad entera. Ved, si no, el Quijote, que es nuestra gran epopeya, que es la gran epopeya de los siglos. Allí, á través de aquel humor regocijado y alegre, de aquella vena inagotable, allí se representa la batalla eterna de la vida, la lucha de la materia y el espíritu, esa lucha que á veces arrastra al ángel hasta las impurezas del barro, quebrándole las alas con la mortal pesadumbre de la carne, y otras levanta el barro hasta las alturas del ángel, purificándolo y redimiéndolo con inspiraciones generosas, y dándole el temple de los héroes, de los sabios, de los artistas y de los mártires; allí, entre alegres carcajadas, se vislumbra el ideal humano combatido y contrariado siempre por las tempestades de la pasión y las dificultades de la vida; allí se ve el noble impulso de las almas justas que en brazos de la prudencia debe ser heroísmo y razón, y es por lo inhábil enflaquecimiento y locura; allí está el fondo de la conciencia, que, como el fondo del mar, tiene sus corales y sus perlas, sus monstruos y sus ciegos, sus llanuras y sus abismos, sus restos perdidos de riquezas que fueron y sus gérmenes aun no hallados de riquezas que serán; allí está el hombre de siempre; allí está la obra de la humanidad; pero allí está también Cervantes; allí está el genio español; allí está la lengua castellana; allí hay una obra grande, humana y española; y donde quiera que vaya irá siempre con ella inmaculada y victoriosa la bandera de la patria.»

Se extiende luego en consideraciones acerca de los poetas que buscan éxito en literaturas y costumbres extranjeras renegando del carácter y vida nacional, y después de este juicio, exclama:

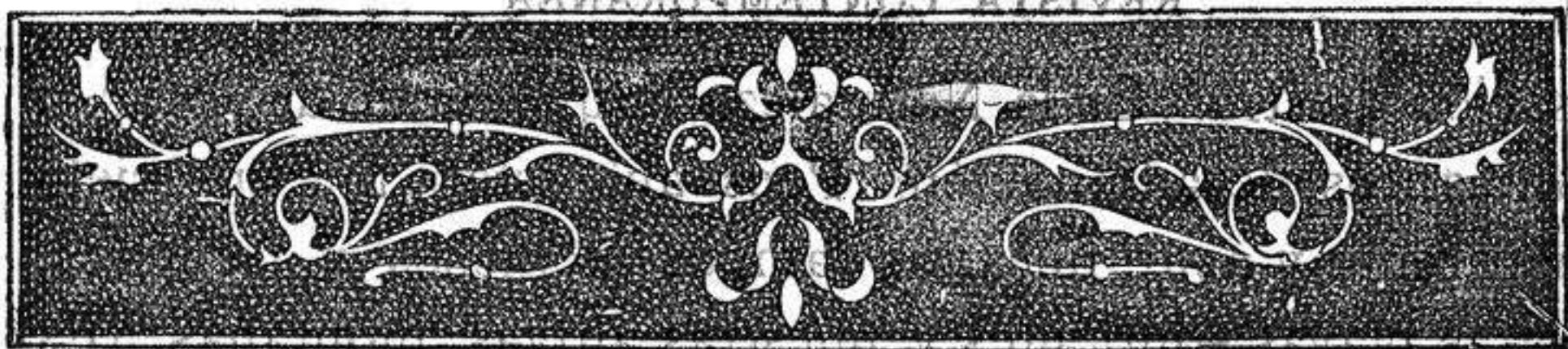
«Mentira parece que existan ingenios españoles que vayan á beber sus inspiraciones á otras literaturas y otros pueblos, desdeñando la nuestra, y teniendo en menos nuestro carácter genial, cuando aquí, como en ninguna parte, brota la fuente de la belleza con caudal inextinguible y puro. ¿Qué motivos de inspiración faltarán en la nación española? ¿Qué cuerda no vibrará en este gran concierto de la patria, si el genio y el entusiasmo aciertan á herirla con mano segura y

pulsación diestra? ¿Es la Naturaleza la que ha de arrancar al poeta cantos de admiración? Pues ahí están nuestro cielo transparente y azul, nuestros campos aromosos y fecundos, nuestras playas sonrientes y nuestras altivas montañas. ¿Es el amor y la hermosura? Pues ahí están nuestras mujeres, las de ojos negros y miradas ardientes, que enloquecen y abisman, y las de ojos azules y cabellos rubios, que nos hacen pensar en los ángeles del cielo. ¿Es la virtud que se esconde pudorosa y triste de no hallar en esta tierra su patria? Pues ahí están nuestros hogares iluminados por el amor, ennoblecidos por la virtud y purificados por el martirio. ¿Es la grandeza de los ideales del sabio? Pues ahí están nuestros místicos, que son un tesoro de ciencia y de filosofía. ¿Es la majestad y esplendor del arte? Pues ahí están nuestros clásicos, modelo y envidia de todas las literaturas del mundo. ¿Es el carácter de las naciones? Pues ahí el de la nuestra, ideal caballeroso y espléndido. ¿Es el heroísmo? Pues ahí está nuestra historia, que toda ella no es más que un arco de triunfo levantado á sus glorias. ¿Es algo que exceda de los límites de la patria? Pues cántese en hora buena, que para eso está la poesía, para cantar y ensalzar todo lo que es elevado y digno; pero ensálcese con la lira de Herrera, de Garcilaso y de Quintana, ó con la trompa épica de Ercilla y de Reinoso, ó con la pluma de Calderón y de Cervantes. Ríndase culto al arte, ríndase culto á la humanidad, ríndase culto al ideal; pero ríndase ante el altar de la patria; porque sólo ante el altar de la patria pueden consagrarse las obras de los genios y coronarse de eterna luz la frente de los poetas.»

Ruidosos aplausos y plácemes cambiados en todos sentidos dieron fin á la celebridad de este acto, que amenizó para despedida el sexteto del maestro Sr. Arche, ejecutando con admirable previsión y gusto varias piezas musicales de su escogido repertorio, y la segunda Hibernica, grabando en todos los ánimos inolvidables recuerdos, puso término á la serie de festividades granadinas tan animadas de propios y de extraños.

RAFAEL GONZÁLEZ JANER.

Granada 17 de junio de 1885.



el amor y la hermosura? Pues ahí están nuestras mujeres, las de ojos negros y miradas ardientes, que enloquecen y abismán, y las de ojos azules y cabellos rubios, que nos hacen pensar en los ángeles del cielo. Es la virtud que se esconde pudorosa y triste de no hallar en esta tierra, su patria. Pues ahí están nuestros hogares iluminados por el amor, en-

noblecidos por el heroísmo. Es la grandeza de los ideales del sapio. Pues ahí están nuestros místicos, que son un tesoro de ciencia y de filosofía. Es la

magisterio de la historia. Es el modelo y envidia de todas las literaturas del mundo.

Es el carácter de las naciones? Pues ahí el de la nuestra, ideal caballeroso y espléndido. Es el heroísmo? Pues ahí

está nuestra historia, que toda ella no es más que un arco de triunfo levantado á sus glorias. Es algo que exceda de los límites de la patria? Pues cántese en hora buena, que para

**J**ONAS estaba desesperado. Su mirada extraviada y su manifiesto arrepentimiento hubieran enternecido á cualquiera que no fuese un hombre como el coronel, acostumbrado á no retroceder nunca una vez tomada una resolución. Con lento paso y baja la frente, nuestro joven volvió al salón. Kitty se sobrecogió tanto de su aspecto, que al verle entrar, se arrojó á su cuello.

—Jonas, ¿qué hay?—exclamó.—¿Dónde está papá? ¿Qué significa todo esto?

—No soy coronel—replicó el desgraciado, con triste voz.

—¿Que no es V. coronel?—dijo ella llena de sorpresa por esta declaración, que no le explicaba la causa de aquella difícil situación.

—No, ¡ay de mí!

—Pero Jonas, ¿á mí qué me importa que sea V. ó no coronel? Yo me río de todo esto.

RAFAEL GONZÁLEZ JANKS

(1) Véase la pág. 354 de este tomo.

Y le estrechó más fuertemente entre sus brazos, al paso que el joven oprimía maquinalmente con los suyos su flexible y esbelto talle.

—Para desgracia de entrambos, su papá no se ríe de estas cosas... ¡Oh! ¡Maldito apodo!

—¿Luego ese título de coronel no era más que un apodo?

—Sí—murmuró él débilmente.—¡Pluguiera el cielo que no lo hubiese llevado nunca!... ¡que hubiese obtenido su amor por mis propios méritos!

—Pero Jonas, V. se olvida de una cosa, y es que sin ese título no nos hubiéramos conocido, no nos hubiéramos amado nunca...

—Es cierto... Y con todo, es preciso que me separe de usted, que la pierda.

—¿Dejarme? ¿Perderme?... ¿Qué quiere V. decir?

—¿Cómo? ¿aún no se lo he explicado á V.? Su papá acaba de manifestarme que nuestro compromiso está roto...

—¿Porque no es V coronel?

—Precisamente.

—¡Ah! Si no tiene otra razón, no se inquiete V. por eso, Jonas. ¿Acaso le he amado á V. por ser coronel? Yo me río de esto, y aun me agrada que no tenga V. ese título. Nunca daré mi mano á otro hombre que á V., entiéndalo bien... ¡Ya veremos si mi papá consentirá que permanezca soltera toda mi vida, sólo por el pretesto de que V. no es coronel!

—¡Amor mío! ¿Consiente V. en seguir amándome siempre?

—Por toda la vida.

Jonas la estrechó entre sus brazos con la mayor ternura y cubrió su frente de apasionados besos.

—Pero, en fin—repuso Kitty,—cuénteme V. lo que ha pasado, porque á la verdad, entiendo muy poco de lo que sucede.

El joven le refirió detalladamente su aventura, le explicó cómo había adquirido aquel desgraciado título, cómo se había acostumbrado á él, cómo había consentido por aturdimiento que el oficial del despacho del hotel de Boston le presentase como tal coronel al Sr. Withers, cómo el deseo de no verse separado de su querida Kitty, después de haberla

visto, le había impedido deshacer aquel error; cómo, en fin, había tenido lugar la crisis, durante la comida de aquel día, por la intervención del Mayor Mackenzie, y cual había sido la explicación que, después de esto, tuvo con el coronel Withers.

—¡Oh! ¡El sobrinito del Mayor Mackenzie! No puedo verle ni en pintura—dijo vivamente Kitty.

¡Admirable penetración de las mujeres! Ni un abogado de Filadelfia hubiera sido capaz de descubrir el papel que en este asunto, representaba el sobrino del Mayor Mackenzie; pero las mujeres están dotadas de un instinto maravilloso. De repente, sin conocer á fondo la causa, Kitty había asociado la idea de aquel joven á los acontecimientos presentes. Recordó ciertas miradas é inteligencias, ciertas insinuaciones del Mayor y el conciliábulo de éste con su padre en el salón... y de ahí que naciera en ella un principio de aversión por todo lo que se relacionaba de cerca ó de lejos con aquel hombre aborrecido. En cuanto á Jonas, no veía con claridad la relación que pudiera haber.....

—¿Por qué me habla V. de ese oficial?—dijo á Kitty.

—No le importe á V. y dígame si mi papá le ha prohibido verme en lo sucesivo.

—Esa es su decisión; ¿pero V. me escribirá, Kitty?

—No, ¡oh! no... yo no desobedeceré á mi padre. Esperaremos con paciencia á que cambie de parecer y nada más.

—¿Y V., Kitty, no cambiará en sus afectos?

—Lo juro.

Y de nuevo se abrazó á su cuello, presa de la mayor ternura. En esto, entró el coronel Withers. Kitty no se alteró por esto. No se avergonzaba de su amor, porque se había entregado á él con el consentimiento de su padre, y no era posible desprenderse, por lo tanto, en un instante, de una pasión que había echado raíces en su alma en el trascurso de tres meses.

—Papá—dijo ella, volviéndose hacia su padre.—¿Es cosa decidida que no me case con Jonas?

—Yo creía que el Sr. Smith te lo había dicho ya—replicó el coronel.

—¿Quiere V. romper decididamente nuestro compromiso?

—Desde luego lo considero roto. Y añado que al autorizar al Sr. Smith á que se despidiera de ti, he llegado, si no he pasado, á los límites de una paciencia extremada... Su despedida debería, tal vez, haber terminado ya.

La sangre se agolpó á las mejillas de Jonas.

—Un momento; amigo mío—dijo Kitty apoyando su linda mano sobre el brazo de su prometido;—no conteste V. ni una palabra, se lo ruego, y concédame todavía un minuto...

Jonas permaneció inmóvil. ¿Qué iba á decir la joven?

—Padre mío—replicó ella con una calma singular,—antes de conocer á Jonas, no había amado á ningún hombre. Al verle se despertó en mí la pasión, y le amo profundamente.

Yo te obedeceré, papá, si me prohibes verle ó escribirle, pero le amaré toda la vida; he aquí lo que tenía que decirte. Ahora, Jonas, abráceme V. y separémonos.

Jonas la estrechó entre sus brazos, la besó con pasión, y saludando con gravedad al coronel, salió de la estancia.

Su caballo había hecho, por fortuna, muchas veces el camino de Bloomingdale, para ir á casa de Kitty; así es que se dirigió de corrido á la caballeriza, sin excitación de Jonas, que en aquel momento no estaba bastante sereno para dirigirlo. Tal era su aturdimiento, que después de haber entregado las bridas al mozo de la caballeriza, se puso á andar por las calles sin poder encontrar su casa, que no distaba de allí, sin embargo, cien metros.

Afortunadamente, un benévolo *policeman* seguía atento, hacía un rato, sus vacilantes pasos, creyendo que se trataba de algún joven un tanto *alégre*.

—¿Busca V., tal vez, su casa?—le dijo el honrado guardián de aquel barrio.

—¡Yo... creo que sí!—replicó Jonas con aire extraviado.

—¿No es el número 32?—replicó el agente.

—Precisamente.

—Pues bien, ahí lo tiene V. Buenas noches, caballero.

—Buenas noches—dijo Jonas entrando en su casa.

Al entrar en su cuarto se arrojó sobre una butaca y allí permaneció muchas horas abismado en su desesperación y

sin pensar en nada. Llegó el día. Se levantó maquinalmente y comenzó á pasear á grandes pasos por el cuarto.

Un gran cansancio físico le obligó á desembarazarse de su gabán y sombrero y á meterse en la cama. A poco rato dormía profundamente.

Cuando se despertó, cerca de medio día, se encontró algo más aliviado, y pudo coordinar mejor sus ideas. La esperanza, que nunca abandona al hombre, comenzaba á abrirse camino en su corazón.

—¡Ah! ¡El coronel quiere que su hija se case con un militar!— dijo.—Pues bien, me casaré con ella, pese á quien pese.

Al pronto se arrepintió de haber confesado que no era coronel.

¡Era tan fácil haber mantenido el dicho, y designar cualquiera regimiento!...

Esto hubiera pasado sin dificultad... ¡Qué tontería!...

Por lo demás, el verdadero culpable, en este asunto, era el coronel. ¿No era él el que debía informarse bien de la condición de las personas que se acercaban á su hija?... Nadie se conduce con tanta ligereza é inconsecuencia. ¿Y era él, Jonas, el que debía sufrir la pena? ¡Qué odiosa injusticia!

Mientras nuestro joven héroe se entregaba á estas reflexiones, se lavó y arregló un poco y se fué á su despacho para emprender su ordinario trabajo.

Pero ¿quién es el que puede tomar notas y hojear mamotretos cuando ve delante de sí un semblante encantador y adorado, y á un viejo coronel de agrio gesto, á quien se quisiera enviar á todos los diablos? Todo esto sin contar con que los eternos chistes del «juez» carecían de novedad, y rayaban en la indiscreción las preguntas de sus compañeros, acerca del matrimonio. Decididamente, no hay nada como la soledad, cuando el hombre está disgustado de todo; así es que Jonas cerró su despacho, y metiéndose la llave en el bolsillo, se fué á pasear por las calles.

La idea de la fe prometida por Kitty le consolaba un poco, pero de repente se acordaba del coronel, representándosele en el acto de obligar á su hija, á fuerza de ruegos y amena-

zas, á casarse con un militar. Entonces apretaba los puños y le venían intenciones de abalanzarse al cuello de su rival.

Quizás fuera mejor, después de todo, acudir á un rapto, persuadiendo á Kitty de que abandonase la casa paterna... Pero esto era impracticable. Ella no accedería nunca.

Entonces acudían á su imaginación una multitud de ideas á cual mas raras.

¿Por qué no había de irse á Egipto y alistarse en el ejército del Khedive?

Tal vez llegase á coronel en pocos años y así podría volver luego á reclamar la mano de su prometida.

Así atormentado por estas quimeras, discurrió por las calles muchas horas, acabando por entrar en su casa y acostarse muerto de fatiga.

Pasaron algunos días. Incapaz de trabajar, el joven arrastraba una existencia miserable, esperando, unas veces, que el coronel Withers acabaría por ceder, y pensando, otras, por el contrario, que no tenía nada que esperar de él.

Uua tarde, no pudiendo aguantar más, cogió la pluma y escribió una carta á Kitty, explicándole todo el amor y la desesperación que le consumía.

Al día siguiente la carta le fué devuelta sin abrir, con el billete siguiente:

«Caballero: Devuelvo á V., sin abrir, la carta que ha dirigido á mi hija.

Creo que no hay necesidad de recordar á V. que nuestras relaciones están definitivamente rotas, y por lo tanto, que no pueden reanudarse. Mi resolución es invariable. Sólo un militar será el esposo de mi hija... ¿Y siendo esto así, no comprende V. que es inútil toda correspondencia? Absténgase usted en lo sucesivo, yo se lo ruego, de semejantes tentativas, y reciba mi atento saludo.

A.—B. WITHERS.»

La lectura de esta nota diplomática comenzó por aumentar la desesperación de Jonas, que llegó al paroxismo. Se arrojó sobre el lecho, ocultó la cabeza debajo de la almohada y comenzó á sollozar como un niño. De repente se levantó y se puso á gritar con rabia:



—¡Es imposible! No puedo renunciar á ella. Es preciso hacer algo, sea lo que quiera.

Sí, ¿pero qué? Por más que pensaba en ello no se le ocurría nada. Puesto de codos en la ventana, reflexionaba. Media noche era ya, y la luna mostraba su hermosa faz, cuando una idea luminosa acudió á su espíritu:

—¡Ya sé lo que he de hacer!—exclamó dándose un golpe en la frente.—Iré á consultar á mi amigo Carlos.

Dicho esto, tomó el sombrero y salió en seguida. A los veinte minutos llamaba á la puerta de la casa de su amigo; pero fué en vano, porque el matrimonio, modelo de orden doméstico, estaba ya en la cama. Jonas, sin embargo, no era hombre para retroceder por tan poca cosa; así es que llamó y volvió á llamar de tal modo, que por fin Carlos, asomando la cabeza por una ventana del segundo piso, preguntó con voz sepulcral:

—¿Quién anda ahí?

—Yo—replicó Jonas.

—Quedo enterado—dijo Carlos á su esposa, que también se había levantado para averiguar la causa de aquel insólito ruido. Y dirigiéndose de nuevo al visitante nocturno, replicó:

—¿Quién diablos es «yo»?

—Jonas Smith.

—¡Jonas! ¡Creo que sí!... Pero querido, ¿sabe V. bien la hora que es?

—No importa la hora. Tengo necesidad de hablar con usted, Carlos.

—¿No podríamos dejar ese asunto para la semana próxima?

—No; es preciso que hablemos al instante.

—En este caso, bajo...

Bien pronto apareció una luz en el vestíbulo, se corrieron los cerrojos y apareció Carlos en el umbral, introduciendo en seguida á Jonas en la sala. Su primer cuidado fué encender el gas, lo cual le permitió observar la lastimosa y deteriorada figura de su amigo.

—¡En nombre del cielo! ¿qué ocurre?—dijo, con sincero

interés. ¿Está V. enfermo, Jonas? ¿Ha tenido V. algún mal encuentro?

—No.

—Entonces, ¿qué significa esto?

—¿Dónde está su esposa? No nos va á estorbar—dijo Jonas por toda respuesta.

—Vamos, V. no es razonable—replicó Carlos.—¿No le basta á V. con haberme sacado de la cama á semejante hora que aún quiere V. que mi mujer sufra igual molestia?

—¡Carlos, yo se lo suplico, ruéguela V. que baje!—dijo el desgraciado joven en tono de súplica y arrojándose sobre una butaca.

—Si lo toma V. en ese tono, no habrá más remedio que acceder—repuso Carlos dirigiéndose á la escalera para llamar á la señora Becky.

Afortunadamente ésta, previendo sin duda lo que iba á pasar, ó tal vez inducida solo por una gran curiosidad, había tenido la precaución de ponerse una bata, de manera que respondiendo sin demora á la invitación de su marido, bajó al salón en seguida.

—Y ahora, Jonas, que el consejo está reunido, díganos usted qué es lo que le trae aquí—dijo Carlos con gravedad.

—Pienso que el asunto será de importancia.

—¡Y tanto!—contestó Jonas con doliente acento.—He aquí, en dos palabras, de lo que se trata: yo no soy coronel...

—Esto es incontestable; pero, amigo mío, crea V. que la noticia carece para mí del interés de la novedad. ¿Y para recordarme esto ha venido V. á semejante hora?—exclamó Carlos, aparentando enfado, mientras que la Sra. Becky decía con acento de gran sorpresa:

—¡Cómo, V. no es coronel!

—Nunca lo he sido—contestó Jonas.

—¡Cómo!—continuó la Sra. Becky.—Pues yo no he soñado la historia de cierta heroica carga... ¿Carlos, no eres tú quien me ha contado ese episodio?

—¡Hum! Un día ú otro se aclarará esto, querida mía. Se trata de una página brillante de historia, que todavía está

inédita... Pero, veamos, Jonas, ¿no es posible que todo se reduzca á esto!

El desgraciado amante contó sus infortunios, se extendió sobre el capítulo referente á su desesperación y sobre los esfuerzos que había hecho para encontrar una solución favorable, concluyendo por explicar cómo le había acudido la idea de consultar á sus amigos Harstrom.

—Ha hecho V. bien—exclamó calurosamente la Sra. Becky.—¿De qué servirían los amigos si no vinieran en apoyo del que haya de menester su concurso en un caso dado? Nosotros le ayudaremos...

—Querida—dijo lentamente Carlos,—no tengo menos deseos que tú de ayudarle, seguramente; pero, después de todo, la Srta. Kitty es la hija del coronel Withers, y si el coronel no quiere nada con Jonas, no veo bien claro...

—¿Que no ves claro? ¿Acaso los hombres ven claro nunca? Pero á mí no me sucede lo mismo y esto basta.

—Bueno, pero ¿no podrías explicar á estos dos pobres ciegos?...

—Lo primero que hay que hacer—interrumpió ella,—es aliviar la pena de nuestro amigo...

—No digo lo contrario, pero ¿cómo?

—De esto me encargo yo.

—Gracias, Sra. Harstrom—dijo Jonas muy reanimado.

—¿Se puede saber cómo?

—Lo más sencillo del mundo. Vamos á ver, Sr. Smith, ¿no es cierto que en este momento lo que más desea V. es hacer saber á Kitty que le es V. fiel, y por otro lado, asegurarse del estado de su salud, y conocer lo que hace y piensa?

—Precisamente. ¡Ah! Ya sabía yo que V. V. me ayudarían—exclamó Jonas radiante de gozo.

—Vamos, pues—prosiguió la Sra. Becky.—Mañana haré un reconocimiento en casa del coronel Withers... Usted vendrá á comer con nosotros, y yo le daré á V. cuenta... Después Carlos y yo trataremos de combinar un plan de campaña.

Arregladas así las cosas, Jonas, después de dar gracias con la mayor efusión á aquella encantadora mujer, se levantó

para marcharse. Carlos quería á todo trance que se quedase á dormir allí; pero el joven prefirió ir á su casa para saborear, á solas, la dulce esperanza que acababa de nacer en su corazón.

—¡Querida Becky, eres un tesoro!—dijo Carlos; subiendo la escalera.

—¡Bah! ¿No valen todas lo mismo, cuando se trata de ayudar á un amigo?

—Pero querida mía, ¿estás segura de que tenemos derecho á mezclarnos en los asuntos del coronel Withers?

—¿Derecho? ¡Lo que son los hombres! Me río yo del derecho. ¿Piensas que debemos dejar morir de pena á Jonas y Kitty, sólo porque á un soldadote feroz se le hayan metido en la cabeza no sé qué necias ideas?

—Eso es precisamente lo que pregunto—replicó Carlos.

—Pues bien; para mí la cuestión está resuelta—declaró rápidamente la señora Becky, disponiéndose para subir á su dormitorio.

Carlos no intentó presentar la menor objeción.

(Se continuará.)





## REVISTA DE TEATROS

**L** Circo Hipódromo de verano está dando marcas señales de una vitalidad á toda prueba y de un deseo constante por parte de su empresa de satisfacer las más raras exigencias del público, que, conociéndolo así, la dispensa su favor con una visible preferencia sobre el de Price, que se contenta con pomposos anuncios, funciones de gala y grandes promesas que no cumple. La gente acude diariamente á aquel modestísimo recinto, pasando agradables horas y premiando con espontáneos y justos aplausos la constancia y nobles trabajos del Sr. Avila, la mujer tigre, Mr. Hunthan, ó el hombre sin brazos, y la *troupe* de escépticos, como aplaudió también al clown Kewel, y á cuantos forman parte de tan artística como notable compañía.

Nosotros, á fuer de imparciales, y aunque nos obligue á dejar de serlo las simpatías que hacia uno ú otro circo podamos tener, vamos á ocuparnos de ambos en general, ó por mejor decir, del carácter del espectáculo dentro del terreno de nuestra misión de críticos, revistiendo nuestro trabajo con algo que pueda ilustrar al mismo tiempo que entretener á nuestros lectores en esta temporada de verano, durante la que la literatura dramática huelga aparentemente, porque preciso es confesar, que de algunos años á esta parte esta huelga se

hace posible por la carencia de obras de verdadero mérito y poco valor que vienen figurando en todos los teatros de la capital.

El hombre menos reflexivo y que menos se ocupe de lo que en su derredor pasa, prefiriendo dar á los sentidos mayor preferencia que al entendimiento, si se encuentra sentado en una de las incómodas sillas de ambos circos, no pude menos de caer alguna vez en la cuenta y meditar, siquiera sea ligeramente, sobre lo que está viendo, y que unas veces le sorprende, otras le cansa, ya se admira del arrojó de un acróbata que vende su vida por unos cuantos reales, ya se ríe de las bufonadas de un payaso, condenado á hacer reír á cambio también de algunos aplausos; ya le espanta el atrevimiento de un domador que lucha encerrado en una jaula con un sinnúmero de fieras, ya se hastía de la repetición incesante de los juegos malabares, de arcos y cintas, ó ya se recrea con la pericia y arte de un jinete que maneja á la alta escuela un hermoso y bien arrendado potro.

Algunas reflexiones acudirán, como de pasada, á su imaginación, y se le ocurrirá indagar de dónde proceden y arrancan estos espectáculos que llaman la atención siempre y en todos los puntos del universo, pues que de todos son originarios los artistas que muestran su habilidad en extraños ejercicios, suertes maravillosas y trabajos de arrojó y de fuerza. Lo mismo exactamente se nos ha ocurrido á nosotros, con la sola y notable diferencia, de que el espectador es árbitro de reservar ó comunicar sus impresiones, y nosotros tenemos el deber de trasmitirlas á nuestros lectores, trabajo que emprendemos muy gustosos, y que, dividido en varios párrafos, ocuparán éstos la primera parte de nuestra Revista, pudiendo así dar cuenta á la vez, y en el espacio restante, de las obras dramáticas y líricas que se representen durante la estación que empieza.

Difícil sería remontarse al origen de estas diversiones, y si hemos de ser francos, no hemos tratado de investigarle, ni creemos pudiéramos dar con él de una manera incontestable y fija, y además, opinamos que los juegos de destreza, fuerza y agilidad, y los actos de valor y arrojó, son tan antiguos

como el hombre, naciendo este juicio y originándose este discurso, primero, de la natural propensión que tiene á desarrollar sus músculos, ejercitar sus fuerzas, dar agilidad á sus miembros, acometer empresas arriesgadas, y si se quiere heroicas, y vencer obstáculos y dificultades, consecuencia precisa de considerarse rey de la creación, y como tal contemplar dentro de sí la pasión instintiva de dominar con su fuerza, con su inteligencia, su atrevida arrogancia y arte cuanto le rodea, y segundo, por las leyes de su naturaleza débil y quebradiza, que le impone la imperiosa necesidad de dar descanso á su cuerpo y á su espíritu distrayendo su ánimo de las fatigas del trabajo, circunscrito en los primeros tiempos á la ambición insaciable de conquista.

Esta ineludible ley de la necesidad, la consignaron en sus escritos Santo Tomás, Platón, Aristóteles, Marco Tulio, Cicerón, San Agustín, y cuantos sabios florecieron entonces, y otros que hoy nos admiran con sus escritos, aconsejando lo útil de estos intervalos á las cotidianas tareas, sobre lo que muy oportunamente escribieron Metiodoro, filósofo griego, y Lucio Séneca, diciendo el primero que «la vida humana, llena de trabajos y de enfados prolongada, sin recreación alguna, es como un largo camino por tierra áspera y montuosa, sin hostería ni mesón;» á lo que añadía el segundo: «así como los campos fértiles, sembrados cada año continuamente, vienen á desmedrar y se hacen estériles, así los varones justos y modestos, por buenos y fructuosos que sean á la república, se hacen inútiles continuando con indiscreción las ocupaciones laboriosas.»

Dada esta necesidad ingénita en el hombre, ocioso sería decir que en todos los tiempos y en todos los pueblos se ha hecho y se hace visible, teniendo que ceder á su imperio, y también sería inútil añadir que este descanso originaba las recreaciones enunciadas, y que forzosamente habían de estar en armonía con las épocas, los usos, las costumbres y el carácter de los hombres; así es que en las primeras edades los juegos de arrojo, de ímpetu, de fuerza y agilidad, rayaban en lo inconcebible, y se distinguieron por su condición antihumanitaria y bárbara, hija del poco aprecio que tenían

á la vida, muy en consonancia con el estado de civilización y cultura en que se encontraban.

En el trascurso de los siglos y al correr del tiempo, el progreso y adelanto lógico que había de nacer forzosamente del contacto natural de unos pueblos con otros, originado por los continuos hechos, modificó los primitivos usos, innovó las antiguas costumbres, despojó á los hombres de su fiereza é ignorancia, y aquellas diversiones, aquellos espectáculos se vieron poco á poco transformados por la influencia del arte, que hoy nos los presentan, si bien algún tanto bruscos y arrojados, de manera bien distinta de lo que en su origen fueron, asunto vastísimo que empezaremos á desarrollar en el próximo número y en los sucesivos, conforme al plan que arriba hemos trazado.

Habrá el sup. siempre los dices que le podés  
operar la sana razón, el recto criterio, la realidad, la verdad  
y la verosimilitud, los desprecia. \* \* \*  
fándose el razonamiento que atraviesa el espacio sin pararse á  
contemplar su magnificencia y sin que en su imaginación se  
Una verdadera solemnidad tuvo lugar noches pasadas en el concurrido Teatro de la Alhambra, donde la compañía que dirige el primer actor Emmanuel, y en la que figuran los no menos notables Sra. Zancconi y Palomidessi, conmemoró las glorias literario-dramáticas del romántico francés Víctor Hugo, poniendo en escena su *Rui Blas*, que obtuvo acertada y discreta interpretación, terminando el espectáculo con lectura de poesías por la Srta. Casado, Dalmau, Mendicutia y Guerra.

Todavía conservaba nuestra pluma el nombre del insigne dramaturgo francés, del que, por incidencia, nos ocupamos en la Revista de la anterior quincena, cuando nos vemos obligados á ocuparnos de él directamente con gran complacencia nuestra, si bien no con mucha de los *amateurs* de la literatura moderna.

Víctor Hugo fué la síntesis del romanticismo en un principio, y sin dejar de serlo después, pero aspirando además á la originalidad, es hoy, sin duda alguna, el dramaturgo contemporáneo que ha querido unir lo ideal con lo fantástico y



amalgamar las galas de la inspiración poética con lo más frío y prosaico de la vida.

Él dió la pauta á los dramaturgos para entrar en la escabrosa senda de una escuela que despojaba sin piedad y sin duelo á la dramática de sus más bellos adornos y de su más hermoso ropaje, sin cuidarse de la verosimilitud de los caracteres, tan necesaria para producir la acción dramática, olvidándose totalmente de la lógica en los sucesos y accidentes que promueven las situaciones, tomando lo más repugnante de la sociedad, removiendo el cieno de las pasiones, buscando con calma estoica todo lo más antitético á la poesía, y revistiéndola al mismo tiempo con sus fantásticas y divinas galas; dió el ser á un género de drama y de novela en el que sólo se ve el genio del poeta, sin reconocer trabas, escollos ni dificultades, y rompiendo los diques que le podría oponer la sana razón, el recto criterio, la realidad, la verdad y la verosimilitud, los desprecia y sigue su camino, asemejándose al aereonauta que atraviesa el espacio sin pararse á contemplar su magnificencia y sin que en su imaginación se pinte una idea sublime y elevada, hija de la admiración que le debiera producir el contemplar la maravilla de lo incomprendible y desconocido.

Definiendo la poesía como «lo que hay de más íntimo en todas las cosas,» se contradijo en la práctica, buscando el efecto en la magnificencia, hermanando lo grande que produce la inspiración con lo más trivial de la vida, y haciendo llegar las pasiones hasta el punto de degenerar en instinto, transmitió á sus adeptos un frenesí de tan extraños contrastes, que apuntando la opinión de un historiador contemporáneo, consiguió «degenerar avanzando;» tomó la antítesis por carácter; pintó por sólo pintar; suprimió las gradaciones para coger solamente los extremos; abusó de la alegoría; personificó las pasiones; materializó la idea, y soltó las riendas á la fantasía, dejándola correr hasta el delirio.

Nosotros, sin embargo, le aplaudimos presos de admiración y entusiasmo al ver lo que puede el genio y á dónde llega el talento, precioso don con que la Providencia engalana al hombre, elevándole sobre sus semejantes y haciéndole

tocar lo infinito, con sólo las alas que le presta la omnipotencia que reparte los bienes y los males con pródiga mano conforme á sus altos fines y á sus inescrutables designios.

Con verdadera fruición, y satisfaciendo un vehemente y mal contenido deseo, asistimos todos los años á los concursos del Conservatorio de Música y Declamación, atraídos por nuestras en mal hora arraigadas aficiones al arte dramático y á cuanto con él se relaciona, porque si hemos de ser sinceros, el mismo placer con que acudimos á aquel centro de enseñanza se trueca en desaliento y disgusto, al ver el estado deplorable en que se encuentra, y del que desesperamos pueda salir.

Con entusiasmo recordamos la época memorable y, aunque pasada, no lejana, en la que el gusto y la afición á los estudios filarmónicos y el teatro dominaban por completo; hoy, por el contrario, el teatro, el canto y la música no representan el papel que entonces, habiéndolo sustituido el baile, delirio juvenil que absorbe el tiempo y quita espacio para que las Srtas. de Alonso Martínez, Matilde Valduañas, Srta. de Acapulco y otras, aunque pocas, luzcan sus preciosas dotes, como entonces lo hacían las más aristocráticas y distinguidas damas de la corte.

Bailar sin arte, murmurar sin medida, jugar sin duelo, buscar una buena dote, ó adquirir una brillante posición, ya en las aras de Himeneo, ya en las lides de la política ó en los azares de la Bolsa, es la meta de la sociedad contemporánea, en la que las artes, ocupando sólo el lugar destinado á la ostentación, al lujo y á la pasajera diversión, prosperan y se agitan dentro de una órbita en la que casi siempre preside el gusto y la posición, rara vez el mérito del artista.

¿Qué de particular tiene, que siendo esto así, y dominando la influencia y la parcialidad más que el propio valer, el talento y el genio, el Conservatorio arrastre tan mísera y precaria existencia?

Triste es confesarlo, pero es forzoso: si el año anterior ob-

servamos con profundo pesar el estado deplorable de esta escuela, en el presente nuestro desaliento ha sido grande, efecto, sin duda, de que notamos que los esfuerzos de los profesores encargados de las enseñanzas de canto, piano y declamación lírica, Sres. Zabalza, Mendizábal, Peña, Puig Rconi, Mirall, Martín é Inzenga y la acertada dirección del Sr. Arrieta, son por completo infructuosos, y no consiguen prestar á sus discípulos el talento que les distingue y que les coloca en primera fila entre los maestros españoles, ni esa manera de ejecutar que sólo se adquiere en el extranjero, lo que es lamentable y en extremo sensible para los que al arte de la música se dedican, y para la Escuela Nacional de Música, que mira con notable preferencia esta parte de la enseñanza y con marcada indiferencia la declamación, cuyo estado es desconsolador para todos los aficionados al teatro, y más para los que le dedicamos toda nuestra atención, nuestro estudio y pobre inteligencia.

Abandonada por el Sr. Vico, que necesita aprender mucho para enseñar, la cátedra que en un momento de distracción le concedió el Consejo de Instrucción Pública y confirmó el Sr. Gamazo, Ministro entonces, en otro momento de apatía, los alumnos que en ella reciben lecciones están encomendados al Sr. Tapia, discípulo de dicha escuela, y cuyos progresos en el arte no hemos podido apreciar por no haberle visto figurar en ninguna compañía de las que actúan en la corte, y creemos que ni en provincias, de lo que resulta que ninguno de los que se presentaron á disputarse el premio, sirven para la profesión que han abrazado, y creemos firmemente que no lograrán en ella muchos triunfos.

Muchachos de corta edad todos ellos, nos parecieron dignos de figurar mejor en una compañía infantil que en un teatro formal, á cuyo fin aspiran.

Algunas escenas de *La comedia nueva y el café*, otras de *El pilluelo de París*, el monólogo de *La primera carta* y la preciosa comedia en un acto de Tamayo, *Huyendo del peregril...* que fueron las que quisieron interpretar, nos probaron una vez más que, ó el Ministro de Fomento tiene el deber de mirar por la prosperidad y adelanto del arte dramático, ó no; en

este caso, suprimase desde luego esta cátedra de declamación, que sólo es un pretexto para dar la patente de actor á los que no tienen disposición ni aptitud para serlo, ó en el afirmativo, deben reglamentarse debidamente, creando á la par algunas cátedras, de las que ya hemos hecho mención en otras ocasiones, y que completarían la educación artística de la juventud que abraza tan difícil como espinosa carrera.

Las alumnas de Teodora Lamadrid revelan la influencia del mérito de tan distinguida actriz, pero no se puede negar que desde que se retiró de la escena hasta hoy, ha cambiado por completo el método de declamación, sustituyendo una extremada naturalidad á la efectación de entonces.

Pero apesar de todo, en la acción, en el modo de decir, en lo intencionado de la frase, en la manera de conducirse y presentarse en escena, se refleja el talento artístico de la única actriz que hoy nos queda.

Mucho sentimos ser tan francos á la par que inflexibles en está ocasión; pero creemos, procediendo así, cumplir con nuestro deber en pro del arte y la literatura dramática española, tan mal parados por la indiferencia con que le miran autores, actores, críticos y espectadores.

\*\*

En el Teatro Felipe se estrenó un juguete cómico-lírico, titulado *De verbena*, letra de Burgos, con música de Hernández; el público aplaudió los chistes de que está salpicado, así como algunos números de su festiva música y la acertada interpretación que obtuvo por la compañía que dirige al popular actor Luján, y que sigue cosechando los mismos aplausos que en Variedades.

RAMIRO.





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR



**G**SPECTÁCULO muy triste es el que está dando el periodismo político en España. No se trata ya de una oposición sistemática, y por consiguiente ciega, á determinados actos de los gobernantes; aquí sabemos dar el ejemplo de coaliciones hasta para esgrimir armas prohibidas, perdiendo el respeto á todo lo más sagrado y lanzando con impavidez y á manos llenas inmundos lodo á la frente del país escarnecido. No nos maravilla que nos contemplen con lástima los extranjeros que solo en las superficialidades se fijan.

Achaque antiguo fué entre nosotros ser extremados en las divergencias, tercos en las opiniones y virulentos en las acometidas; pero no hubo nunca amargor en el alma, ni consintió jamás la antigua caballería en nuestro carácter innata que los combatientes acudiesen á falsedades innobles ó á calumnias bastardas é impropias del que únicamente an-sía medir sus armas con nobleza.

En todos los países suele por lo menos ser de dos clases el periodismo diario. Hay órganos serios de todos los grandes principios sociales ó políticos, órganos que defienden sus ideas desde las alturas de lo teórico, con más ó menos energía y hasta mordacidad á veces, pero sin descender nunca á

repugnantes personalismos, sin penetrar zahiriendo y con espíritu poco culto en el santuario de la vida privada. Estos periódicos de estilo ora elevado, ora pintoresco, no suelen olvidar que son ilustrados sus lectores. Hay también órganos más vulgares, órganos de bajo vuelo, inspirados por la pasión sectaria y por la intransigencia sin freno; pero muy conocidos son, y sus destempladas declamaciones á nadie pueden engañar, si no es á obcecadas é ignorantes turbas.

En España es, de algún tiempo á esta parte, muy difícil distinguir á veces la prensa seria de la dada á las cuchufletas y exageraciones meridionales. Suelen preferirse ahora las insidias de soslayo á los ataques nobles y cara á cara, las calumnias á las exposiciones razonadas, los insultos á los artículos de doctrina, y no es raro ver confundir las frases caricaturescas con los delicados rasgos de verdadero ingenio. Desde que el género bufo buscó refugio en las columnas de ciertos diarios, el mal ejemplo y el peor gusto nos arrastran, contaminándonos á todos y llegando á hacernos creer que el epigrama está reñido con la cultura, que la delicadeza es debilidad, necia candidez el ser sinceros, la buena fe una locura y el colmo de lo ridículo rectificar un error probado. Difícil es prever á dónde por este mal camino llegaremos.

Con la lectura de la prensa española, coligada al parecer para una campaña de despropósitos y una oposición sistemática y á todo trance, puede llegar á dudarse de los hechos más visibles, se niegan actos públicos y contradicen sucesos notorios. Hasta la existencia del cólera asiático en España ha llegado á parecer un mito, por más que á la vista tengamos los estragos horribles y progresivos del contagio y lleguen de continuo á nuestros oídos los ayes de los epidemiados, las voces que al alma llegan de los que nos piden socorro. Ya no es de extrañar que el pobre vulgo haya creído que las operaciones reclamadas por la higiene son nocivas, los acuerdos sanitarios perjudican, las medicinas matan y las aguas saneadas envenenan. Nada es imposible donde todo se explota sin conciencia cuando en favor de la política propia redundan.

Acaso, y seguramente sin acaso, tan atroz anomalía procede de los evidentes dislates de un periodismo poco serio y

extraviado en los pujos de jocosidad que son de moda. Y tales dislates pasan sin severo correctivo por la excesiva ductilidad de los lectores, cándidos hasta la inocencia, crédulos en demasía, fanáticos por lo que en letras de molde les imbuye la hoja callejera de sus aficiones, y les predica, riéndose de sí mismo, el escritor escéptico. No tiene otra explicación satisfactoria el triste fenómeno de que el buen sentido se lamenta.

Así se comprende que haya podido llegar á ser objeto de la crónica política una cuestión sanitaria; así se comprende que el cólera en España sea el auxiliar más eficaz y poderoso que para el combate han encontrado las sistemáticas oposiciones.

Sin embargo, la enfermedad se presenta, por desgracia, amenazadora, y nada extraño será que llegue al fin á vencer de su positiva existencia á algunos de los que, por mera genialidad, han insistido en negar que estuviese entre nosotros.

\* \* \*

Esa cuestión del cólera, eminentemente política—¡quién había de decirlo!—ha producido ya, en poco más de ocho días, nada menos que una imponente asonada en las calles de Madrid, y una crisis en el Gabinete. Vamos por partes.

Se declaró oficialmente que había algunos contados ataques de cólera en Madrid, porque... era la verdad y los médicos lo certificaban. Pero aquí existe un Círculo, que se titula Mercantil, sin embargo de tener de político el corte, y el Círculo y sus inspiradores abrigaron la esperanza de provocar en Madrid un conflicto y en España un cambio de Gobierno.

En una carta que publica el *Diario de Barcelona*, se dice «que los acuerdos tomados por el Círculo Mercantil de cerrar en manifestación de duelo las tiendas y establecimientos públicos de la corte, hacía ya presumir lo que iba á suceder. El que anunció la idea en el Círculo, que, como todo el mundo sabe, maneja á su antojo la secta de los libre-cambistas, fué un agente de Bolsa. No suceden nunca estas cosas por

casualidad, y no deja de ser éste un dato curioso y elocuente para apreciar el sentido y los móviles de una manifestación pacífica de duelo, que oía á motín á veinte leguas. Es, con efecto, singular, que los primeros dolores del comercio se hayan manifestado en las vísceras sensibles de un jugador de Bolsa, y en el local donde imperan los que ni siquiera los domingos quieren ver cerradas las tiendas.

Y añade el corresponsal, disgustado con la prudencia extremada del Ministerio, que la conducta de éste no le pareció gubernamental, porque el buen sentido aconsejaba que se atara corto al proyecto prohibiéndolo en absoluto, cualesquiera que fuesen las dificultades legales que á ello se opusieran, pues ó el *salus pópuli* es un axioma sin aplicación á ningún caso, ó venía como anillo al dedo al presente. No desconoce, sin embargo, el corresponsal, que á la tensión á que han llegado las ideas y elementos revolucionarios, atajar la manifestación ofrecía dificultades, y al prohibirla se corría el riesgo de obtener el resultado contraproducente de hacerla estallar en forma más peligrosa.

En esta parte estamos completamente de acuerdo con el corresponsal. Nos ha parecido siempre singularísima la conducta de aquel gobernador de los buenos tiempos de don Amadeo de Saboya, que, teniendo conocimiento de que se iba á intentar un regicidio, esperaba tranquilo la consumación del crimen para castigar á los delincuentes.

El acuerdo del Círculo era un verdadero atentado contra el orden público, y las personas sensatas hubieran visto con gusto que, al ser conocido el acuerdo, la autoridad interviniera, llegando á disolver aquella sociedad en caso necesario. Así se habrían evitado las asonadas y rebeliones que subsiguieron, sin causar molestias á la fuerza pública ni tener que lamentar desgracias. Las colgaduras negras y los crespones no se hubieran tampoco tolerado ni siquiera en Francia en plena república, pues París sabe que aquel Gobierno considera ilegales los signos externos de los que como él no piensan, y disuelve á sablazos las manifestaciones que no tengan por insignia la bandera tricolor francesa, único símbolo que es lícito desplegar al aire libre.



Las debilidades ante las rebeldías—cuando debilidades existen—fueron siempre funestas, y mil veces fué mejor prevenir que castigar el delito.

La prensa extranjera, ya que no la española, ha hecho justicia al acuerdo ministerial de decir en la *Gaceta* la verdad de las cosas que hubiese en Madrid, no para alarmar, sino para tranquilizar al vecindario. El *The Daily Telegraph* se ríe, y obra así con cordura, de la manifestación del comercio, y añade que el pueblo inglés, en análogas circunstancias, hubiera creído que un Ministro cumplía con su deber diciendo la verdad, y cuanto antes hubiese declarado el cólera oficialmente, mejor.

«En lugar de hacer manifestaciones—dice textualmente—los comerciantes de Madrid, han debido dar las gracias al Gobierno por una noticia que les permitía precaverse con tiempo contra la epidemia en una población de tan malas condiciones higiénicas como Madrid. Deben reconocer—continúa diciendo—que hay cólera, y que la declaración hecha por el Gobierno habrá servido para sanear en lo posible la capital de España.»

Bien ha dicho otro periódico, que los comerciantes que cerraron á la fuerza y por temor sus tiendas, nada tienen que agradecer al Círculo de la Unión Mercantil, y que el mismo Círculo no puede tampoco confesar que su misión sea emprender campañas contra el orden, porque en el orden se ha cifrado siempre la prosperidad del comercio.

\*  
\* \* \*

Acerca de la crisis encontramos los siguientes párrafos en el periódico francés *Le Gaulois*, párrafos que desde luego nos advierten que en el extranjero no son quizás tan escasos como entre nosotros los escritores imparciales y bien informados.

«Apenas hace algunos meses—dice—que llamando los periódicos republicanos Rey-hulano á D. Alfonso XII de España, casi lo hicieron acuchillar por el populacho de París.

Protestamos vivamente contra esa conducta ofensiva á un Soberano que siempre nos había manifestado su amistad.

»Pero ahora sucede que el joven Rey y su esposa están resueltos á visitar el foco de la epidemia que hace estragos en España, á ir á Murcia. Quieren seguir el ejemplo del Rey Humberto en Nápoles y del Sr. Duque de Chartres en Marsella, ejemplo que no sabemos haya tentado á ningún demócrata de los nuestros.

»Tal resolución manifiesta un afecto verdaderamente de Rey. El Soberano es un padre, y su corazón debe estar siempre donde está el de un padre. Bien se vió en Marsella y en Nápoles, cuando el Duque de Chartres y el Rey Humberto conquistaron más popularidad y simpatías que puedan imaginar los políticos.

»Pero el primer Ministro del Rey Alfonso, Sr. Cánovas del Castillo, el hombre de Estado más hábil de España, tiene también el deber de librar á su Soberano de todo peligro, sobre todo en las circunstancias en que una juventud generosa pudiera arrastrarle á acciones más heróicas que prudentes. Tiene el Ministro este deber, tanto por la real familia como por su propio país, que pudiera verse comprometido en aventuras peligrosas si tuviese la desgracia de perder á su Príncipe.

»De suerte que, persistiendo en querer ir á Murcia, el Rey Alfonso cumple con su deber y demuestra un valor que descubre un temperamento ciertamente poco enfermizo, desmintiendo así los alarmantes rumores de que se hicieron eco algunos periódicos. Su resolución es la de un hombre fuerte y animoso, de un Príncipe amante de su pueblo, de un Rey que da un noble y conmovedor ejemplo que de todas veras aplaudimos.

»Por otra parte, el Sr. Cánovas está en su papel de primer Ministro, y es de desear sin duda que su prudencia triunfe del espontáneo arranque del Rey. De todas maneras, confiamos que la crisis ministerial surgida á consecuencia del disentimiento entre el Soberano y su primer Ministro, con motivo del viaje á Murcia—dissentimiento que á ambos honra mucho,—confiamos que esta crisis no los separará, siendo el

Sr. Cánovas, como es, el mejor Ministro que pueda tener á su lado Alfonso XII.

También varios órganos de la prensa inglesa han aprobado la decisión tomada por los Ministros de no querer aceptar la responsabilidad de que sucediera al Rey una desgracia en un país en que todo depende de la vida del Rey, y recuerdan la terrible guerra civil que estalló al ocupar el trono doña Isabel II.

Las previsiones de la prensa extranjera se han realizado, pues, como era natural que sucediese.

Hablaríamos del realizado viaje á Murcia de los Ministros Sres. Cánovas del Castillo y Romero Robledo; pero la salud pública, desde el momento en que se agrava, es cosa ya poco interesante para los que soñaron con tener el cólera por aliado contra el Gabinete, y ninguna mella haría por otra parte en el empedernido corazón de los políticos de oficio la pintura de las tristísimas escenas que en la castigada Murcia se verifican.

El gran suceso es el anunciado debate que ha de sostener el Sr. Martos contra el Gobierno en el Congreso, debate en el cual tomarán parte, según se asegura, los más caracterizados prohombres de la minoría.

Se ha pronosticado tanto acerca de esa última fase de la actual legislatura, que creemos más acertado, en vez de ponernos á discurrir con el ansia de profetas, esperar tranquilos á ser simples narradores en la crónica de la próxima quincena. Se esperan discursos estudiados y frases de fuego; pero nunca hemos creído en los maravillosos efectos de lo mucho que se dice, se repite, y con gran anticipación y pompa se anuncia y pregona á los cuatro vientos.

Las ilusiones más soñadas suelen á veces parar en una decepción que nos hiela súbitamente y petrifica.

S. V. del viaje á Murcia.



## REVISTA EXTRANJERA

**L**ABORIOSA ha sido la crisis política de Inglaterra, prueba indudable de que hay momentos muy difíciles en la vida de las naciones, días negros cuyas responsabilidades los hombres de Estado rehuyen. La nave del Gobierno, cuyo timón acaba de tomar á su cargo el Marqués de Salisbury, ha sufrido grandes averías y tiene que salvar no pocos escollos en los revueltos mares de las islas británicas.

El Ministerio dimisionario que presidió Gladstone, ha cometido desaciertos sinnúmero, triste herencia de sus sucesores. Vino Gladstone al poder favorecido, al parecer, por los entusiasmos populares y con un programa reformista que sólo ha servido para agravar los males que sobre el país pesaban. La dócil mayoría que derribó al Lord Beaconsfield se ha limitado, según una gráfica expresión del *Times*, á dar frutos parecidos á los de las orillas del Mar Muerto, que se convierten en cenizas cuando el viajero quiere probarlos.

Nadie puede en Inglaterra sentir la caída del Gabinete Gladstone. Su política interior no satisfacía á los liberales que le encumbraron, y su política exterior ha sido toda una serie de desaciertos y hasta de humillaciones para la Gran Bretaña. Ha extendido el derecho electoral, ha modificado las circunscripciones y reformado la Constitución en exclusi-

va ventaja de los enemigos de las instituciones seculares que fueron siempre tan admiradas y constituyen todavía la principal fuerza de Inglaterra. Lord Gladstone había vituperado enérgicamente la política excepcional que habían seguido los conservadores en Irlanda, y las contradictorias medidas del Gabinete liberal sólo sirvieron para aumentar la agitación, las violencias y los crímenes, provocando asesinatos como los de Lord Cavendish y de Mr. Burke. Decía Gladstone que los conservadores encaminaban su política exterior con un inmoral y altanero desdén, sin respetar los derechos y la independencia de las demás naciones; y el Gobierno liberal, oscilando siempre entre determinaciones tan arbitrarias como el bombardeo de Alejandría y sacrificando millares de vidas, ha tenido que interrumpir sus expediciones, ha visto que sus negociaciones abortaban, ha introducido la confusión en Egipto, ha creado serias dificultades en la frontera del Afghanistan y ha suscitado desconfianzas en toda Europa, siendo una amenaza constante para el concierto europeo y enajenándose las simpatías de todas las naciones.

Parécenos, sin embargo, que el Gabinete Gladstone ha caído tarde, siendo ya irremediables algunos de los males que ha causado con sus procedimientos fatales. Deseoso de triunfar en las elecciones, ha agitado á las masas, excitándolas contra la aristocracia y zapando inconscientemente las más firmes bases, sobre las que se levanta el majestuoso edificio de la monarquía inglesa.

No hay duda que el sentimiento dinástico ha sufrido. Basta leer imparcialmente la prensa de Londres para observar los crecientes vuelos de la demagogia. La Reina Victoria ha perdido algo de aquella gran fuerza política moderadora que antes impedía con una sola palabra que los partidos hostiles se devorasen mutuamente con sus intemperancias y furores, aniquilando al país, como entre nosotros se aniquila. Con razón ó sin ella, se habla de indiferencias y desdenes, y los negocios públicos se resienten, echando de menos la viveza

de simpatías de una época pasada. Con razón ó sin ella, se vituperan las volubilidades del Príncipe de Gales, su alejamiento de la política y su incansable afición á los placeres. El pueblo inglés ha perdido mucho de aquel respeto que antes en él se admiraba.

Todo esto contribuye á que creamos titánica en estas circunstancias la tarea de Lord Salisbury. Dícese que Lord Gladstone y su mayoría no harán una oposición sistemática al nuevo Ministerio, prefiriendo en la próxima lucha electoral el papel de sitiadores al de sitiados. Dícese que el Gabinete de los toríes no encontrará por ahora obstáculos en los whigs para ser un Ministerio de Negocios, un administrador simplemente. Pero esto no basta, y tiene que preparar soluciones políticas, siendo quizás el liquidador futuro de una quiebra en la que están comprometidos los más respetables y opuestos intereses de dentro y de fuera de la Gran Bretaña.

El Ministerio Salisbury vivirá más ó menos tiempo, según su acierto ó el giro que los sucesos tomen. Su existencia depende tanto del malestar del país como de las complicaciones exteriores. Frente á frente de los más graves problemas, en Egipto, en el Asia Central, en Irlanda, en Londres mismo, necesita andar con tanto tacto en las Chancillerías de la diplomacia como en el propio sitio de su residencia, si no quiere sufrir inmediatamente una desastrosa caída.

\* \* \*

Francia entera se ha conmovido con la repentina noticia de la muerte del Almirante Courbet, el valiente marino que por patriotismo calló sus padecimientos y quiso permanecer al frente de la escuadra de los mares de China hasta que la paz quedase firmada.

Han llenado los periódicos largas columnas con los hechos y los recuerdos de esa nueva víctima de las empresas coloniales. Nos lo pintan cobijado por el pabellón de mando que flotaba en el mástil de mesana del *Bayardo*, imponiendo el protectorado francés al Gobierno annamita de Hué, tomando la dirección de las fuerzas de mar y tierra en Ha-Noi, apo-

derándose de Son-Tay, bombardeando á Fu-Tcheu, destruyendo baterías y barcos chinos en el río Min, bloqueando á Formosa, apoderándose de las islas Pescadoras, y discurriendo nuevas victorias desde su invencible acorazado.

Pero en el universal sentimiento que excita la muerte del ilustre Almirante, se advierte cierta instintiva y patriótica protesta contra la política de aventuras que tantos sacrificios y tanta sangre ha costado á los franceses. Empresa fatal ha sido, en efecto, la guerra del Tong-King, en la que los sucesos han arrastrado á los gobernantes, en vez de ser éstos los directores que precavieran lo que había de acontecer en aquellas lejanas regiones.

¿Qué resulta, al fin, de tantos y tales esfuerzos? Un tratado de paz que habrían podido los franceses conseguir hace un año, al principio de la expedición, tratado que cuesta ahora más de doscientos millones y la pérdida de más de diez mil soldados, entre ellos el valiente Almirante en quien se fundaban las mayores esperanzas. No es menos sensible la pérdida de los oscuros soldados fallecidos silenciosamente, lo mismo por las balas del enemigo que por un clima implacable, que la muerte de los jefes víctimas de las tristes operaciones de una guerra cuya importancia y cuyos peligros y exigencias jamás se calcularon como era debido.

Ya tienen los franceses el Tong-King y dominan en esas soñadas plazas donde habían de ver fácil salida todas las exuberantes actividades y los estancados productos de la industria de Occidente. ¿Encontrarán allí la debida compensación todos los sacrificios hechos? ¿Producirán aquellos países, que ya se consideran costosa conquista, las ventajas que se esperaban?

Grandes intervalos de tiempo y de esterilidad absoluta han de trascurrir antes. La conquista exigirá, por de pronto, una administración muy cara, si la autoridad y las armas francesas han de ser siempre respetadas por los indígenas con sus tropas regulares y las irregulares que pueblan aquellas regiones. La conquista exigirá el sostenimiento constante de un ejército en pie de guerra, para rechazar y reprimir todos los insurreccionales conatos de un pueblo á viva fuerza sometido.

Y, apesar de todo, bien cabe sospechar con fundamento, que no será el Almirante Courbet la última víctima francesa en el Extremo Oriente.

\*  
\*\*

El Papa León XIII acaba de dirigir al Cardenal Guibert, Arzobispo de París, una carta á la que se da grande alcance, atribuyéndole la consagración y el triunfo de cierta política expansiva en los consejos del Vaticano.

Parece que en la curia romana, como en todas las reuniones humanas en las que se agitan intereses temporales, hay también partidos militantes que, con idénticas tendencias, adoptan, sin embargo, diferente conducta y discurren medios de acción opuestos. Hay en el Sacro-Colegio dos tendencias rivales, relativamente á procedimientos de conducta en las relaciones de la Iglesia con los poderes públicos: unos proclaman la eficacia de la intransigencia, y otros quieren mayor tolerancia. Hay, pues, los tradicionalistas y los partidarios de una política nueva más expansiva, que se dice armonizada con la piedad y el espíritu altamente práctico de León XIII.

El hecho es que el Cardenal Pitra, que es también un sabio que se ha distinguido por sus trabajos de lingüística, historia y literatura, tomó recientemente la defensa de algunos formalistas católicos, más ardientes que el mismo Papa, vituperados formalmente por la secretaría de Estado de Su Santidad. Dicho Cardenal quiso realizar su propósito, escribiendo al abate Browsers, director del periódico católico holandés el *Amstelbode*, una carta en la que por el cotejo del presente y del pasado resultaba una vivísima crítica contra la política pontificia. Es un hecho análogo á lo sucedido en España.

León XIII, en su carta al Arzobispo de París, contesta á las indicaciones del Cardenal Pitra, con aquella dulce serenidad con que todos sus escritos se distinguen, que cada Papa puede adoptar la actitud que juzgue más conveniente según la época y las circunstancias; que de ello es el único juez, y que para defender los derechos de la Iglesia, prefiere un tem-



*peramento sereno y tranquilo* á los procedimientos de la violencia.

Lo cierto es que el pontificado de León XIII no pudiera ser más provechoso por sus magníficos resultados en favor del catolicismo. Dígandole las Repúblicas de la América meridional, atraídas hoy por la sabia política del Vaticano; díganlo hasta los Gobiernos de grandes pueblos heréticos representados ahora cerca de la Curia romana.

Y puesto que de Roma hablamos, pasemos del Vaticano al Quirinal, para consignar que la última crisis significa solamente la derrota del último programa de política extranjera de Italia.

La experiencia enseña en todas partes que los más seductores proyectos de expansiones coloniales tropiezan y habrán de tropezar todavía con inconvenientes gravísimos que no han de reducirse siempre á la caída de un Ministro como Mancini.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

### Terremotos de Andalucía.—

*Informe de la comisión nombrada para su estudio, dando cuenta del estado de los trabajos en 7 de marzo de 1885.*

Los trabajos de la comisión nombrada por real orden de 7 de enero de 1885, son bien conocidos y estimados por su aplicación á los importantes territorios que se estudiaron; pero el aprecio que se hará de ellos en lo sucesivo estriba en las ideas consignadas acerca del más debatido y menos conocido tal vez de los problemas de la Endodinámica.

Un ingeniero de minas español, D. Casiano del Prado, de reputación europea como geólogo, decía con motivo de haber sido comisionado para estudiar los terremotos de Andalucía: «¿Qué son estos temblores? ¿qué son estos ruidos? se me preguntaba en aquellos pueblos, y yo casi no sabía qué contestar. Los físicos y los

geólogos se hacen unos á otros la mismas preguntas, y por lo que parece, todavía está bastante lejano el tiempo en que se llegue á un acuerdo sobre tan extraño fenómeno.»

Con efecto, lejano parece; pero los terremotos de Andalucía, con las víctimas que han producido, las voladuras y quiebras de rocas que han ocasionado, los manantiales termales que han hecho surgir, los peñascos que han desprendido, los hundimientos que han provocado, los pueblos que han destruído y todos los fenómenos de que han sido acompañados, ponen de manifiesto lo complejo de las acciones endógenas, cuya explicación sólo puede hallarse en la expansión accidental de los gases y vapores que se reúnen en lo interior de la tierra. Esto ha llegado á comprenderse.

Adelanto es por cierto debido á la inteligente comisión científica, que estudiando uno por uno tan diversos

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

puntos, y enlazándolos en un resultado común, ha consignado en su Memoria un resumen de cuanto se puede apetecer con respecto á la causa de los terremotos en general, según la observación que ofrecen los de Andalucía.

\* \* \*

**Porvenir de nuestros vinos comunes, especialmente los de pasto en los mercados de Inglaterra, Francia y otros grandes centros de consumo.**—*Breve Memoria escrita y presentada al Exce-lentísimo Sr. Ministro de Fomento, por el ingeniero agrónomo D. LUIS CASABONA, catedrático en el Instituto Agrícola de Alfonso XII.*

Se divide la Memoria en dos partes: la primera, propiamente técnica, se ocupa en la determinación de los principales tipos de vino común más convenientes en España para dar satisfacción al mercado extranjero, y la segunda trata de probar que, con respecto á los precios, podemos hacer también la competencia á los vinos de otros países y se proponen los medios más eficaces para salir victoriosos de esta lucha entablada en el terreno económico. Termina la Memoria haciendo resaltar la importancia de estas cuestiones y la influencia que pueden ejercer en el porvenir de la riqueza pública y en los futuros destinos de nuestra patria.

Todo esto, demostrado con abundante copia de datos, hace el trabajo del Sr. Casabona sumamente apreciable y muy conveniente para juzgar con acierto el estado de nuestra producción vinícola, y lo que podrá ser comparativamente á la extranjera de mayor aceptación.

\* \* \*

**Terremotos de Nueva Vizcaya (Filipinas) en 1881: informe acerca de ellos, seguido de unos apuntes físicos y geológicos tomados en el viaje de Manila á dicha provincia, por ENRIQUE ABELLA Y CASARIEGO, Ingeniero del cuerpo de Minas.**—*Publicado de real orden.*

Es un cuaderno en 4.º que á la instrucción científica y minuciosa en el asunto á que se consagra, reúne el interés de un libro de ameno recreo.

Después de un viaje, en que se describe con detenimiento la constitución del suelo de Nueva Vizcaya, deduciendo, en consecuencia, que el peligro que corren las poblaciones es muy remoto, mientras la intensidad de las sacudidas no aumente, como es lo racional pensar, siguen dos estados: el primero le forma el diario de los principales temblores de tierra sentidos desde julio de 1881; el segundo, las fechas de los terremotos, intensidad, duración y sacudidas en la isla de Luzón, desde julio de 1881.

Por la descripción detallada de uno de los movimientos más notables, descrito por el Sr. Abella, podrá juzgarse aproximadamente de la intensidad de los restantes.

«Yendo á caballo, dice, de Aritau á Dupax, acompañado del auxiliar facultativo D. Enrique de Almonte y algunos indios, al atravesar el barrio de Fanibong, de la jurisdicción de este último pueblo, oímos todos hacia el Norte aproximadamente un trueno tan perfectamente semejante á los de las tempestades aéreas, que levanté la cabeza para observar los nubarrones que coronaban las cimas de los montes que nos rodeaban; pero apenas habrían trascurrido unos cinco segundos, nuestros caballos se pararon, abriendo las piernas como para tomar

una posición más estable, dirigiendo á uno y otro lado sus atemorizadas miradas, é inmediatamente comenzamos á sentir un brusco y casi instantáneo movimiento vertical, seguido de otro horizontal tan considerable, que veíamos trasladarse la calzada y los terrenos adyacentes como un metro á uno y otro lado de las cabezas de los caballos, que nos servían de punto de mira ó comparación, toda vez que, en virtud de la inercia, tendían á conservarla en el mismo sitio, esponjándose al mismo tiempo el terreno, que se entreabría y cerraba de un modo continuo, durante el movimiento, en multitud de grietecillas, de uno á tres milímetros de abertura, por las cuales se sumía el agua de los charcos que en la calzada había; y todo esto acompañado del ruido especial del paso de las *ondas de movimiento* y de los arbustos y cañas de los corrales del barrio, que se bamboleaban, chocando unas con otras. Este fenómeno duraría de treinta á treinta y cinco segundos, después de los cuales todo volvió á quedar en reposo y en un silencio, sólo interrumpido por las oraciones de los indios y las pisadas de nuestros caballos, que volvieron á ponerse en marcha.»

\* \* \*

del Emperador Carlos V, y se da cuenta del modo como se representaban.

**Memoria sobre las obras públicas**

*en el año de 1882, comprendiendo lo relativo á carreteras, presentada al Excmo. Sr. Ministro de Fomento por el Excmo. Sr. D. Gabriel Enríquez, Director general de Obras públicas.— Un tomo en gran folio, de 630 páginas.*

Importante será siempre cuanto se refiera á las vías de comunicación para la prosperidad y riqueza de un

país y cuanto á ellas concierne, como el barómetro de su cultura y esperanza de mejoras positivas, que sin el fácil tráfico no podrán obtenerse; pero si á esto se añade, como en la Memoria que anunciamos, la inteligencia con que se trata el asunto, el conocimiento profundo que indica la *Reseña histórica* del estado de nuestras carreteras, es de mayor aprecio su estudio, pues si los resultados no son todo lo ventajosos que fuera de apetecer, debe suponerse que, conocido el mal por aquellos á quienes está encomendado el remedio, y con la buena voluntad manifestada en sus trabajos, éstos llegarán á felices resultados cuando las circunstancias permitan en España á los Gobiernos otra cosa que no sea defenderse de los ataques y añagazas que se les arman bajo cualquier motivo.

Muévenos á pensar así, en primer lugar, la abundancia de datos y estados que comprende el voluminoso tomo dado á luz por la Dirección de Obras públicas, bastante por sí solo para recomendar su celo y competencia, y en segundo término, que, comprendiendo el plan general de carreteras del Estado de primero, segundo y tercer orden, en fin de 1882, una red de 42.096 kilómetros, y habiéndose aumentado al plan general 735 kilómetros, si dicho plan hubiera tenido cumplido efecto, no habría por qué lamentar el resultado, antes bien, pudiera satisfacer al más escrupuloso; pero es lo cierto que en diciembre de 1882 sólo había construídos 20.981 kilómetros, y terminados durante el año 1.024, quedando en construcción 4.840; 2.537 en proyecto; en estudio, 6.976, y 4.798 sin estudiar.

Corta ha sido siempre la dotación

en los presupuestos para esta clase de obras públicas; en los de 1885-86 se consignan treinta millones para material de estudio y construcción de carreteras, además de 24 y  $\frac{1}{3}$  millones para reparación y conservación de las existentes. Cantidades que bastarán, sin duda, al objeto que se destinan.

No debe olvidarse el estudio de las carreteras, según su clasificación. Los 7.592 kilómetros de las de primer orden, casi todos se hallan construídos.

Resulta, pues, que de carreteras de primer orden se han construído en 1882 más que en 1881; kilómetros, 7.542: de carreteras de segundo orden más en 1882 que en 1881, kilómetros 107 627, y de tercer orden, 722.502.

Por último, se incluye al final del tomo que forma la Memoria, una carta, en la que se encuentran todas las carreteras de primero, segundo y tercer orden que comprende el plan general de las del Estado, marcadas respectivamente con los colores rojo, amarillo y verde.

**Colección de escritores castellanos.**—*Historiadores.*—*Estébanez Calderón (el Solitario).*—*De la conquista y pérdida de Portugal.*—*Tomo segundo.*—*Precio, 4 pesetas.*

Comprende los desgraciados años para la Península de 1663 hasta 1667 inclusive, en que se ajustó la paz, ó mejor dicho la desmembración, tan fatal á España, como semillero de humillaciones para el reino lusitano, puesto desde entonces á tutela de Inglaterra, sin esperanza de lograr nunca la suspirada independencia que juzgó conseguir apartándose del cen-

tro común señalado por la naturaleza á la raza ibérica.

Por las razones que la separación se verificó, cómo la ayudaron los enemigos constantes de España, los jefes aventureros extranjeros que tomaron parte á favor de Portugal, todo se halla explicado en este tomo con minuciosa claridad y tan perfecto lenguaje como se admira en el tomo anterior.

\* \* \*

**Colección de escritores castellanos.**—*Críticos.*—*Obras de D. Manuel Cañete.*—*Teatro español del siglo XVI.*—*Estudios histórico-literarios.*

Trátase de las obras dramáticas de Lucas Fernández, Micael de Carvajal, Jaime Ferruz, el maestro Alonso de las Torres y Francisco de las Cuevas, autores casi ignorados, por lo general, y de cuyos escritos no se había hecho una crítica razonada. Citanse con este motivo algunos datos curiosos acerca del teatro español á fines del siglo XV y primera mitad del siglo XVI; rectificanse errores añejos de críticos é historiadores; se da noticia de crecido número de obras y de autores desconocidos que florecieron bajo el cetro de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos V, y se da cuenta del modo como se representaban entonces las obras dramáticas de carácter religioso.

Pónese en claro la procedencia de la tragedia de Carvajal, llamada *Jose fina*, que parece ser la más antigua en castellano que ha llegado á nosotros, y después de eruditas investigaciones acerca de obras dramáticas de aquellos tiempos, se juzga cuáles eran los dramas verdaderamente populares y

carácter esencial del teatro antes de Lope de Vega.

Es apreciable también la noticia de los españoles modernamente desconocidos que escribieron é hicieron representar en el siglo XVI piezas dramáticas en latín.

Se manifiesta el peligro de los errores acreditados por medio de la historia literaria, y por último, después de refutar el parecer de Martínez de la Rosa, tocante al influjo de la Inquisición en el atraso del teatro antes de mediar el siglo XVI, se dan noticias auténticas concernientes al aparato escénico de las representaciones sacras.

Por lo dicho se comprende, sin esfuerzo alguno, que la obra del señor Cañete es tan rica en doctrina como indispensable en enseñanza para estudiar los progresos de nuestro teatro.

\* \* \*

**Colección legislativa de primera enseñanza.**—*Comprende desde 1.º de enero hasta 31 de diciembre de 1884.*—*Publicada por la Dirección general de Instrucción pública.*

El libro que anunciamos forma un tomo en 4.º mayor, perfectamente impreso, con anotaciones marginales, que facilitan encontrar los documentos y fechas en que se publicaron; todo, en fin, demuestra la inteligencia y esmero en su forma. En cuanto al fondo, con sólo revisar el índice por orden alfabético de las materias sobre que versan las disposiciones oficiales contenidas en el volumen, se adquiere el convencimiento de la imprescindible necesidad del libro para cuantos

á la enseñanza se consagren ó con ella tengan relación. Personal, sueldos, habitación de los maestros y maestras, higiene de los niños, sobre todo métodos de enseñanza, facultades de los profesores; programas de asignaturas, vacantes, local para escuelas, estadística de primera enseñanza, nada está olvidado, todo minuciosamente previsto.

Si los que, sin otro fundamento que preocupaciones de crítica rutinaria, se quejan del abandono en que yace en nuestro país la instrucción pública, puede que si hojeasen el libro o conocieran, aun á riesgo de convencerse, que los mal instruídos son ellos, desconociendo el prolijo esmero con que se procura la educación moral y científica desde la primera edad por el Estado, muchas veces neutralizada y aun estraviada y perdida con enseñanzas perniciosas en centros donde la acción del Gobierno carece de medios eficaces para evitarlo.

La colección legislativa de 1884 es un testimonio del constante desvelo del Ministerio de Fomento en favor de los sanos principios de la ciencia, estimulando á los profesores con justas recompensas en su carrera á no cejar un punto en su tarea respetable, preparando las imaginaciones infantiles con instrucción sólida y racional; al tiempo en que hayan de oír las perniciosas máximas del orgullo satánico de secta, revestidas quizá con hermoso y fascinador estilo, por más que no conduzca á otro paradero que al menosprecio de toda autoridad en el cielo y en la tierra y olvido absoluto de que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.—D. CH.

## ÍNDICE DEL TOMO LVII

## 15 DE MAYO DE 1885

	<i>Páginas.</i>
La materia, por D. Octavio Lois.....	5
Hacienda nacional y crédito público, por D. Anselmo Fuentes.....	21
El amigo Fritz, por D. Fernando Díez de Tejada.....	63
El Extremo Oriente (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....	74
Revista de teatros, por Ramiro.....	91
Variedades, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	99
Novelas norte-americanas: El coronel.—Mi suegra (continuación).....	104
Crónica política, por S.....	113
Revista extranjera, por A.....	119
Boletín bibliográfico.....	121

## 30 DE MAYO DE 1885

Las catacumbas, por D. A. Fernández Merino.....	129
Chicago: comercio de cereales y carnes, por D. José Jordana y Morera.....	141
Guía de la villa y archivo de Simancas (continuación), por D. Francisco Díaz Sánchez.....	150
Carta al Sr. Montaña, acerca de la defensa de su obra sobre Felipe II, por D. Miguel Sánchez.....	163
El ángel caído, por D. Rafael González Janer.....	188
Horas de trabajo, por D. José Rodríguez Mourelo.....	197
Variedades, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	214
Novelas norte-americanas: El coronel.—Mi suegra (continuación).....	223
Revista de teatros, por Ramiro.....	231
Crónica política, por S.....	242
Revista extranjera, por A.....	250

## 15 DE JUNIO DE 1885

La novela contemporánea, por D. Pedro Muñoz Peña.....	257
Carta al Sr. Montaña, acerca de la defensa de su obra sobre Felipe II, (conclusión), por D. Miguel Sánchez.....	277

La armada invencible, por D. A. H. ....	308
Guía de la villa y archivo de Simancas (conclusión), por D. Francisco Díaz Sánchez.....	321
A mi amigo X..., por D. Víctor Suárez Capalleja.....	324
Horas de trabajo (continuación), por D. José Rodríguez Mourelo....	325
Variedades, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	336
Revista de teatros, por Ramiro. ....	344
Novelas norte-americanas: El coronel.—Mi suegra (continuación)...	354
Crónica política, por S. ....	362
Revista extranjera, por A. ....	370
Boletín bibliográfico.....	376

**30 DE JUNIO DE 1885**

Adición á las cosas de Madrid, por D. Dionisio Chaulié.....	385
La novela contemporánea (conclusión), por D. Pedro Muñoz Peña..	404
Horas de trabajo (conclusión), por D. José Rodríguez Mourelo.....	423
Hipnotismo, por D. R. Álvarez Sereix.....	432
El Extremo Oriente (continuación), por D. Carlos Soler y Arqués...	438
Al dorso del retrato de C. M., por D. Manuel del Palacio.....	449
La armada invencible (conclusión), por D. A. H.....	450
Madrigales, por D. Víctor Suárez Capalleja.....	464
Granada: Sus festividades.—El Ateneo.—Certamen literario, por don Rafael González Janer.....	466
Novelas norte-americanas: El coronel.—Mi suegra (continuación)...	475
Revista de teatros, por Ramiro.....	485
Crónica política, por S.....	493
Revista extranjera, por A.....	500
Boletín bibliográfico.....	506

